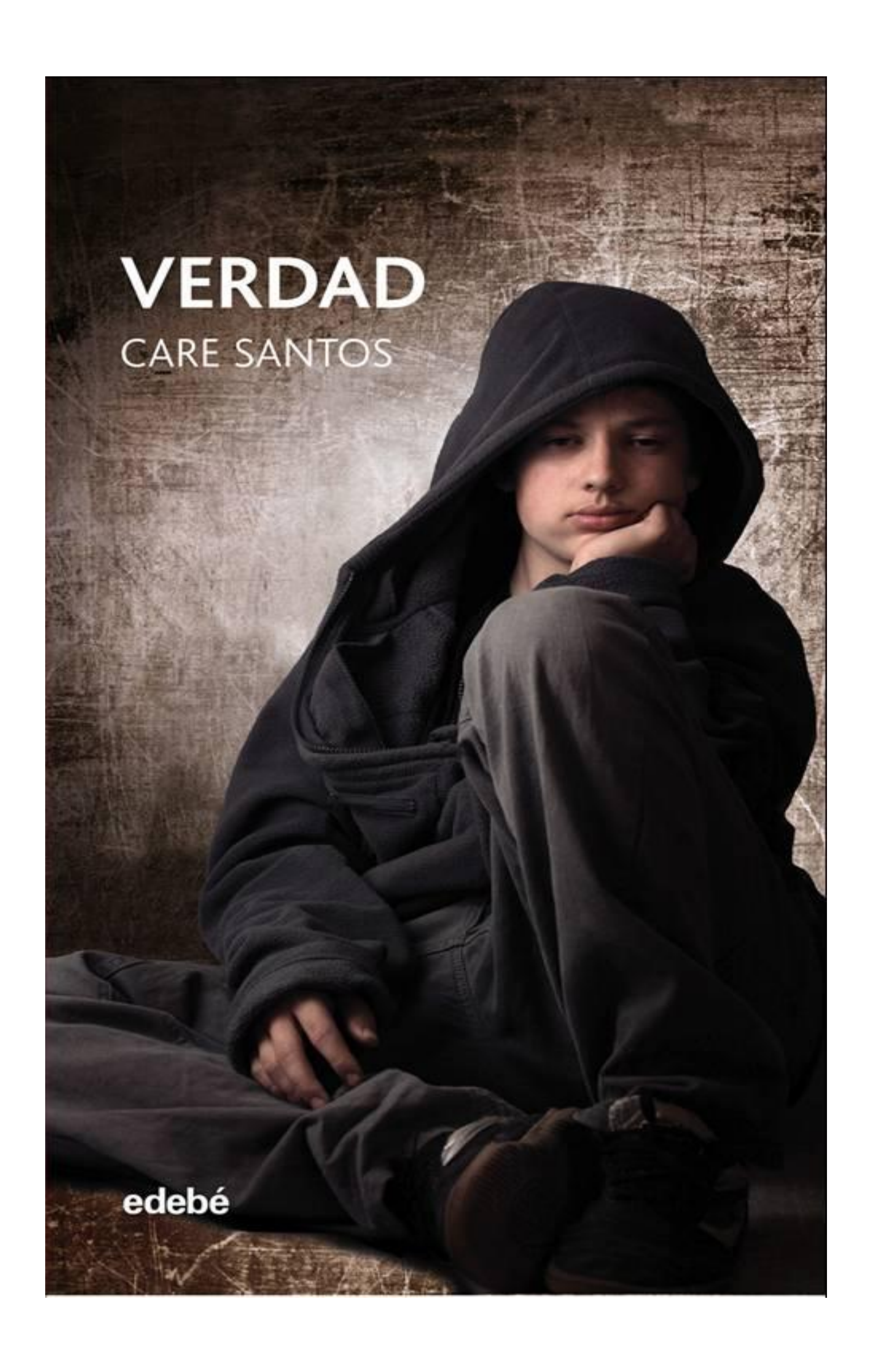

VERDAD
CARE SANTOS
edebé

***S**egún las estadísticas, la mayor parte de los menores de edad que han sido condenados por un juez a pasar una parte de su vida en una centro penitenciario no vuelve jamás a cometer ningún delito. Los psicólogos, los responsables del sistema y los políticos lo consideran un gran éxito, que ellos sin duda atribuyen a su maravillosa manera de hacer las cosas.*

De entre todos los chicos y chicas que alguna vez han estado en prisión, solo un 25,2 por ciento vuelve a delinquir. Los chicos y chicas que consumen drogas, que padecen alguna enfermedad mental o que tienen una familia horrible tienen más posibilidades de reincidir que los que no se drogan, tienen la cabeza sana y un padre y una madre normales, que se preocupan por las cosas que normalmente preocupan a los padres y a las madres. Es decir, y en resumen: si eres un pobre desgraciado que no le importa a nadie, tienes muchas más posibilidades de convertirte en un proscrito por la sociedad y terminar de nuevo en una cárcel.

Eso, según las estadísticas, claro.

También hay otros «factores de riesgo» que te pueden llevar a reincidir:

1) No tener un domicilio fijo.

2) No vivir con tu familia.

3) No ir a la escuela.

4) No tener trabajo.

5) Continuar relacionándote con amigos delincuentes.

6) Tener problemas de tipo amoroso o no tener relaciones afectivas satisfactorias.

Las estadísticas no dicen nada de lo que la gente piensa de ti cuando sales de la cárcel, de modo que me inventaré las cifras (pero os aseguro que serán tan reales como las anteriores).

Cuando sales de la cárcel (da igual lo que hayas hecho, incluso si no has hecho nada), lo que la gente piensa de ti es:

a) «Eres un delincuente y no tardarás ni dos días en volver a hacer de nuevo algo horrible (el 68,5 por ciento de la gente)».

b) «Eres un desgraciado que estaría mejor muerto que en ninguna otra parte (15,3 por ciento)».

c) «No sé quién eres ni me importa, tampoco sé qué has hecho ni por qué, pero no pienso confiar en ti por nada del mundo (16,2 por ciento)».

Lo mejor que puedes hacer es pasar de ellos, siempre y cuando ellos pasen de ti. Aunque si pasas de todo el mundo lo más probable es que tarde o temprano también termines pasando de ti mismo.

De modo que, según las estadísticas y según casi todos los que me conocen (incluyendo a mis antiguos profesores, mi familia y todos los clientes del bar de mi tía), yo soy un asesino en potencia. Un tío loco o peligroso o desequilibrado, hecho un lío o simplemente raro, que en cualquier momento puede hacer algo horrible.

Ninguno de ellos me ha preguntado qué me pasa. Nadie se ha interesado por mi versión de los hechos. Nadie ha pronunciado jamás la palabra «inocente», aunque eso es lo que soy. Lo que he sido siempre, desde el mismo día en que me detuvieron y hasta el día en que salí en libertad. Están tan ocupados juzgándome que no tienen tiempo de conocerme. Tampoco de saber la verdad.

Da lo mismo. Siempre he sido una rareza de las estadísticas. Un bicho raro que se resigna a serlo. O tal vez solo soy un tipo con mala suerte. Alguien que se levanta cada día con el pie equivocado.

I
VIDA NUEVA

Libertad

–¡Éric González Pascual!

No sé qué sentí cuando el vigilante de seguridad pronunció mi nombre. Fue raro. Miré la hora en el reloj de la sala común. Eran las cuatro y media de la tarde. Lo primero que pensé fue en Xenia. Me había dicho que estaría fuera, esperándome. Tenía muchas ganas de verla. Y, sobre todo, tenía ganas de verla en un lugar que no fuera ni el cuarto de visitas de la cárcel ni la sala donde se celebró el juicio de revisión de mi caso. Xenia salió a testificar, y también mi tía Carmen, y mi primo Marcelo y hasta Elena, la bibliotecaria. El juez decidió, «a la vista de las nuevas pruebas presentadas», que yo era inocente.

Inocente.

Un adjetivo que a partir de ahora debería aprender a utilizar, como un aparato nuevo que hace muchas cosas, pero cuyas instrucciones has perdido.

Me ahorré solo tres meses de condena. Bueno, mejor eso que nada. Por lo menos en la cárcel pude estudiar. Terminé primero de bachillerato, todo un récord en un sitio como aquel.

El caso es que el vigilante de seguridad pronunció mi nombre y Laura, mi tutora, se levantó y me dio un abrazo.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Preparado?

Sonreí. Las palabras nunca han sido mi fuerte.

—¿Tienes la lista que hicimos?

Señalé el bolsillo de mis vaqueros. Ahí llevaba la lista, en una hoja de papel muy bien doblada. Las primeras cosas que quería hacer al regresar al mundo de los buenos.

—¿Y el dinero? —bajó la voz Laura, para ser discreta.

Laura es una persona alucinante.

—Aquí —dije, y señalé el otro bolsillo.

—No lo pierdas.

—Te lo devolveré —dije, también en voz baja.

—Claro, cielo —dijo ella, y me agarró la cara entre sus manos tibias—. Llámame si me necesitas, ¿de acuerdo?

—No lo necesitaré —dije, muy seguro.

—Bueno, por si acaso —me pareció que tenía los ojos húmedos.

El mundo puede llegar a resultarte un lugar muy hostil cuando has pasado encerrado de los catorce a los dieciocho. Da igual que salgas un día radiante de primavera en que luce un sol impresionante y que fuera te esté esperando la chica a la que quieres más que a nada en el mundo. Todos los animales necesitan un tiempo de aclimatación cuando cambian de hábitat.

Me despedí de Omar y mis otros compañeros de cuarto. No eran amigos míos, pero habían sido buenos colegas. Cuando tienes que compartir con tres tíos un espacio de quince metros cuadrados (váter y ducha incluidos) que solo tiene una puerta de hierro que se cierra por fuera, aprendes a valorar la regla de oro de la convivencia, que es el respeto mutuo.

—Cuídate, tío. Disfruta de la vida y de tu piso nuevo —me dijo Omar, palmeándome el hombro—: Algún día nos papearemos juntos unas pizzas ahí fuera.

Le devolví el abrazo. Omar era un buen tío. Atraco a mano armada y lesiones graves. Era el más joven de una banda de ladrones de pisos. Ninguno de

los dos sabíamos si nos íbamos a volver a ver.

Omar era lo más parecido a un amigo que había tenido ahí dentro. Sin contar a Merche, claro. Merche fue especial. Una chica preciosa, además de lista, con un futuro lleno de incógnitas. Ojalá hubiera podido hacer algo por ella. Cuando salió, me regaló su MP3. «Para que estés menos solo», me dijo, y me dio un beso en la mejilla. No tenía a nadie fuera. No tenía estudios, ni dinero, ni un lugar al que ir. Su único patrimonio era su belleza.

Me acordé de ella, ahora que quien se iba era yo. Merche no se alegró de salir. Y yo también tenía miedo.

Recorrí por última vez el pasillo pintado de amarillo del módulo «Garbí», el mío. El lugar donde había vivido durante los últimos cuatro años. El lugar donde cumplí los dieciocho, donde terminé la ESO, donde empecé bachillerato, donde le escribí a Xenia aquella carta de amor interminable (suponiendo que fuera una carta). Un lugar con ventanas que no son ventanas, porque no pueden abrirse, con habitaciones compartidas, con baños sin puerta, con cámaras que te vigilan desde todos los rincones. Me despedí (para mis adentros) del televisor, de las mesas, del sofá desfondado, de la sala del teléfono, de los chirridos de las puertas de acero, de las cámaras de vigilancia. Conozco todo aquel mundo de memoria. Forma parte de mí para siempre, como mis genes, como el color de mis ojos, como la tristeza que me acompaña desde niño. Una parte de mí mismo se quedaba allí sin remedio.

Detrás de la penúltima puerta, otro pasillo, la zona de visitas, la habitación del vis a vis, la sala de espera, el despacho del director. Allí estaba Carlos, con cara de padre orgulloso. También él había salido para decirme adiós. Me miraba de una manera rara. Diferente. Igual los padres miran así a sus hijos. Nunca podré saberlo, porque mi padre nunca me miró de ninguna manera. Al principio Carlos me daba miedo. Iba de colega solo para que te confiaras y después era un hijo de puta. Un tío duro, un funcionario de prisiones como los que salen en las pelis.

Me preguntó si tenía claro lo que iba a hacer a partir de ese momento.

—Más o menos —dije—. Lo primero, mi piso. Luego ya veremos. No pienso volver a mi barrio —me adelanté.

—Buena decisión. Tú que puedes permitírtela —dijo él.

Hablamos de Ben. No mucho, porque a Carlos mi primo no le caía muy bien, aunque solo le vio una vez, la única en que Ben vino a visitarme a la cárcel. La última vez que le vi. Hablamos también del piso. Si tenía el piso, era gracias a Ben. Él lo había comprado para los dos, como era su sueño desde que yo era muy pequeño. Encontraría la dirección apuntada en el llavero de plástico que sujetaba las llaves: calle del Profeta, número 20. Laura me había dado instrucciones para llegar hasta allí.

—¿Quieres que te acompañe? —me había dicho mi tutora—. No quiero que estés solo el primer día.

—Me acompañarán Xenia y su madre —dije.

Y eso pareció conformarla.

—No te mezcles con indeseables —me aconsejó por su parte Carlos, aunque me lo había dicho ya unas diez mil veces—. Recuerda: frecuenta solo a aquellas personas en quienes no te importaría convertirte.

—Ya —repuse.

Le estreché la mano. Le estaba muy agradecido por todo lo que había hecho por mí. Entonces Carlos se puso solemne y soltó:

—Espero que tengas toda la suerte que te mereces, chaval. Si me necesitas —se echó a reír—, ¡qué carajo!, mejor no me necesites. ¡Así me dejas en paz!

Nos reímos. Fue un alivio. No hubiera sabido cómo responder a frases solemnes.

—Lo intentaré, *dire* —bromeé.

Carlos me acompañó hasta la salida. Miré hacia fuera. A través de los cristales distinguí a Xenia. Parecía nerviosa. Mi corazón empezó a saltar. Me sentí como nunca antes. ¿Aquello era felicidad? No tenía ni idea; no tengo mucha experiencia en ser feliz.

En la garita de la salida había una mujer vestida con el uniforme de los guardias de la prisión (nunca la había visto) que me entregó una bandeja con mis cosas. Las que llevaba en el bolsillo cuando me detuvieron: mi documento de identidad, un billete de veinte euros, tres chicles duros como piedras y mi móvil

(de la era de los dinosaurios y, claro, descargado). Fue como recuperar las migas de una vida que ya no me pertenecía.

—Buena suerte —me deseó la vigilante, mientras señalaba un papel que tenía que firmar.

Un paso más allá me esperaba Alberto. Traía la caja que me dejó Ben al morir. La herencia de mi primo. Allí estaban las llaves de mi nuevo piso de la calle del Profeta. Solo dos, sujetas a un llavero de plástico con la dirección. Supuse que una era del portal y la otra, del piso. Las llaves de mi casa. Resultaba extraño incluso pensarlo. En la caja había también una baraja de póquer. Y una maraña de cables de teléfonos (sin teléfonos). Lo guardé todo de cualquier manera en mi mochila. Todo menos las llaves, que me metí en el bolsillo. Tintineaban a cada paso mientras caminaba hacia Xenia, como una música alegre.

Crucé el vestíbulo. Oí la puerta principal del centro cerrarse a mis espaldas. Clac. Un sonido que marca el final de una época. Que separa a los delincuentes de las personas normales. El mundo de los buenos, del mundo de los malos. Había cambiado de bando. Creo que nunca me había sentido tan bien.

Miré a Xenia y eché a andar hacia ella con paso decidido.

Xenia

–Qué bien que hayas venido —susurré junto al oído de mi chica.

—No estoy sola —dijo ella, y señaló hacia un lado, donde a unos cuantos metros de distancia esperaba su madre, hablando con Alberto.

Me caía bien la madre de Xenia. Era simpática. A veces se me quedaba mirando muy fijamente, como si quisiera ver cosas invisibles.

—Dice que nos invita a merendar —dijo Xenia, otra vez señalando a su madre.

—Ah, ¿y eso por qué? Quiero decir, no quiero causar molestias —balbuceé.

—No es ninguna molestia.

Alberto se estaba despidiendo. La madre de Xenia hizo un gesto, sin dejar de hablar, que significaba «vamos» y Xenia dijo:

—Ven.

No me atrevía a agarrarle la mano. Tampoco se me ocurría nada que decirle. Las palabras nunca han sido lo mío. Prefiero mil veces escribir que hablar. Escribir te permite hablar de cosas de las que poca gente habla.

—Os dejo, chicos —se despidió Alberto, muy sonriente, mirándonos a Xenia y a mí—. Disfrutad de la merienda, que os la habéis ganado. Y a ti, Éric, te espero a las siete en la calle del Profeta.

Asentí. Alberto se había empeñado en acompañarme a mi piso para comprobar que no había problemas. Aunque Ben había muerto sin hacer testamento —la gente de veintitrés años no tiene esa costumbre—, el piso era legalmente mío. Mi primo lo había puesto a nombre de los dos, y ahora que él había muerto, yo era el único propietario.

Mientras veíamos a Alberto alejarse calle abajo, Xenia me agarró la mano y echó a andar. Me dio un poco de vergüenza por si su madre miraba, pero apreté fuerte su mano en la mía. Todo era perfecto: el color dorado del sol, la brisa agradable en las mejillas, la ciudad con el azul del mar en el horizonte.

Por un momento, pensé que todo iba a ser fácil.

Caminamos un buen rato en silencio. La madre de Xenia, unos pasos por delante; nosotros mirándonos de reojo, sin atrevernos a decir nada. Al final de la cuesta había un coche aparcado. Xenia subió junto a su madre, en el asiento delantero. Yo me acomodé atrás, al lado de mi mochila. Todo aquello era muy extraño, como estar viviendo la vida de otra persona.

Nos metimos en la circulación de las Rondas, y salimos de ellas para recorrer la calle Balmes y llegar a toda velocidad hasta la Plaza de Cataluña. Yo lo miraba todo como un marciano recién aterrizado. Solo una vez había estado en el centro de la ciudad, con mi tía Carmen, unas Navidades. Ella quería ver las luces que adornaban las calles y yo solo quería patinar en la pista de hielo que había en el centro de la plaza. La entrada costaba cinco

euros. Me dijo que era muy caro y que además patinando me podía partir una pierna, así que me compró una bolsa de comida para palomas y me dejó alimentar a las de la plaza. Eran muchas. Me lo pasé genial. Luego, regresamos a nuestro barrio, donde no había luces navideñas ni nadie las echaba de menos.

Ahora que volvía a ver la Plaza de Cataluña no me parecía el mismo lugar de mis recuerdos. Salvo por las palomas. Las palomas seguían allí, y también las personas que las alimentaban. Me pareció que había mucha gente, pero la madre de Xenia no dejaba de repetir lo
contenta que estaba de no haber encontra-
do apenas tráfico. Entramos en el *parking* del centro comercial. Xenia y su madre parecían saber muy bien adónde íbamos y para qué. Yo me dejaba llevar, feliz y confiado.

Solo al bajar del coche me di cuenta de que Xenia estaba muy seria. También me pareció que tenía algo raro en los ojos. ¿Había llorado?

Entonces su madre dijo:

—Voy a hacer unas compras, Xenia. Te espero donde hemos dicho a la hora que ya sabes.

Nada de todo aquello me sonó raro. Xenia asintió. Entonces la madre se acercó a mí y me besó en las mejillas. Decidida, como muy profesional. Y dijo:

—Cuídate mucho, Éric.

Se esfumó taconeando muy deprisa.

Xenia la observó marchar, petrificada. Entonces me atreví a agarrarle de nuevo la mano. La tenía fría como un pedazo de hielo.

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿Has llorado?

—No quiero hablar aquí —contestó, con un hilillo de voz, y fue una de esas respuestas que te hielan el corazón—. Subamos a la cafetería.

Caminó hacia una puerta lateral, hasta el lugar donde estaban los ascensores. Esperamos en silencio a que llegara alguno y se abrieran las puertas. Iba lleno de gente. Yo no hacía más que mirar a Xenia, a ver si adivinaba lo que sus palabras aún no me habían dicho. Solo sabía que no era nada bueno.

La cafetería era un lugar luminoso, moderno, con un enorme ventanal y vistas a la plaza. Conseguimos una mesa junto a una de las ventanas. El cielo se veía mucho más azul desde esa altura. Era mucho más bonito de lo que puedo describir. Y Xenia era aún más bonita que el cielo.

Xenia miraba la carta fingiendo interés. Pidió un sándwich Club y una naranjada. Yo pedí lo mismo, aunque no tenía hambre.

—Si mi madre se entera de que no he comido nada, me mata —dijo.

En cuanto se fue el camarero, volví a agarrarle la mano por encima de la mesa. Entonces comenzó a llorar. Me asusté. Supongo que me di cuenta de que, fuera lo que fuera, era grave.

—Por favor, dime qué te pasa.

Se enjugó las lágrimas, me agarró las dos manos y apretó con fuerza. De repente, dijo:

—No puedo verte más.

Y de nuevo se le escaparon las lágrimas.

—¿Cómo? ¿Qué significa? ¿Hasta cuándo no…?

Xenia añadió:

—Esta es nuestra última vez.

Adiós

Después de lo que Xenia me acababa de decir, ninguno de los dos teníamos hambre. Apenas tocamos la comida de los platos. Mientras mordisqueábamos unas pocas patatas fritas y sorbíamos despacio las naranjadas, tuvo lugar la conversación más triste e incomprensible de mi vida.

—¿Qué ha pasado? ¿Ya no me…? —no sabía cómo decirlo. El amor también

necesita su práctica—. ¿Sales con otra persona?

Xenia se echó a reír. Su risa me encanta. Está muy guapa cuando se ríe.

—Tú estás tonto —fue su respuesta.

Me quedé desconcertado. Añadió:

—Son mis padres.

A nuestro alrededor había un montón de gente de todo tipo. Gente feliz, que compartía su tiempo. Gente apresurada que comía algo antes de continuar con su actividad frenética. Grupos de amigas de la tercera edad, que merendaban con calma. A mí todo me resultaba rarísimo. Le había perdido el tranquillo a la vida.

Xenia me agarraba una mano mientras con la otra comía sus patatas. Eso me hacía sentir un poco más tranquilo.

—Mis padres no quieren que vuelva a verte —aclaró.

Sentí alivio. La buena noticia era que ella me seguía queriendo. La mala, que sus padres no.

Xenia habló de nuevo:

—Mi madre me ha dejado venir para que pudiera despedirme. Aunque me ha costado bastante convencerla.

Sándwiches con patatas de despedida. Qué original.

—Me ha dado una hora y media.

—¿Y luego qué pasará? ¿Te transformarás en un ratón? —bromeé.

Xenia sonrió a medias, con tristeza.

—Tenemos que pensar algo, Éric. Rápido.

—¿Pensar algo? ¿Para qué?

—Lo que sea. Te mandaré cartas de las de antes a tu piso. Quiero decir, cartas escritas

a mano, con sello y todo eso. Ahora me van a controlar el ordenador mucho más que antes. No sabes lo histéricos que se ponen cuando hablamos de esto. Hablan de ti y no entienden nada. Están convencidos de que vas a volver a ver a tus amigos y a tu familia, y que no habrá servido de n…

—Oye, escúchame. Tus padres tienen razón.

—¿¡Qué!?

—Tus padres tienen razón en preocuparse. Soy yo quien debe convencerlos. Tú ya has hecho suficiente.

Meneaba la cabeza, como si pensara que yo también estaba equivocado.

—¡No te conocen de nada! —iba a romper a llorar otra vez.

—Precisamente —dije—. Estas cosas llevan su tiempo. Les demostraré que pueden confiar en mí. Conseguiré un trabajo, seguiré estudiando, ahorraré para comprarme un coche. ¿Sabrás tener un poco de paciencia conmigo?

Xenia abrió unos ojos enormes.

—Pues claro, Éric.

Nos besamos. Despacio, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas. Las lágrimas se habían desvanecido.

En el fondo, comprendía muy bien a sus padres. Estaba pensando: «Si yo tuviera una hija como Xenia, tampoco la dejaría ir con un tipo como yo». Y más adentro, la negra voz de mi conciencia murmuraba: «Se cansará de esperarte y encontrará a alguien mejor que tú, más interesante, más listo, más guapo. Las chicas como ella no van con gente de tu barrio, idiota».

En ese momento sonó el móvil de Xenia. Era su madre.

—Tengo que contestar —dijo.

Contestó con la voz rota.

—Por favor, un cuarto de hora.

Por su cara entendí cuál era la respuesta.

—Vale —respondió, antes de colgar.

Dejó el móvil sobre la mesa y me dirigió una mirada de desesperación.

—Tengo que irme —dijo.

Nunca tres palabras habían sido más terribles.

Palomas

Hay noticias a las que necesitas acostumbrarte. Como al paisaje después de un terremoto.

Besé a Xenia por última vez al pie de unas escaleras mecánicas, en la planta baja del centro comercial, al lado de la sección de sombreros.

—Busca mis cartas en tu buzón —me susurró.

Luego, ella montó en otra escalera y la vi alejarse hacia abajo, como si se fuera a un infierno en el que en realidad me quedaba yo.

Salí a la calle como un zombi. Caminaba sin ver, sin darme cuenta de nada. Hay veces en que tus pensamientos gritan tan fuerte que no te permiten reparar en nada más. Crucé la calle, me dirigí al centro de la Plaza de Cataluña, al mismo lugar donde estuve de niño, con mi tía, aquella tarde en que yo quería patinar y ella no quería gastar dinero.

De pronto vi que las palomas seguían allí. ¿Serían las mismas? No tengo ni idea de cuánto tiempo vive una paloma, pero habían pasado diez años desde aquella tarde. Diez años igual son una eternidad para una paloma. Bueno, la verdad es que también son una eternidad para mí.

Me senté en un banco y contemplé a mi alrededor. Había gente alimentando a los pájaros, tomándose fotos. No solo extranjeros. Adultos y niños. Todos

parecían felices, como si aquellos pajarracos urbanos tuvieran ese poder. El poder de la felicidad. Pensé: «¿Dónde duermen las palomas cuando se hace de noche?».

Estuve allí un buen rato, observando las aves y a los humanos, imaginando sus vidas, sus casas, a sus familias. De pronto me di cuenta de que en los árboles no había ninguna paloma durmiendo y que era tarde. La señora del puesto de semillas lo había recogido todo y se marchaba. Yo también decidí marcharme.

No tenía ni idea de cómo iba a vivir sin Xenia, pero por lo menos tenía un lugar adonde ir. Eso me dio un motivo para moverme, para marcharme de allí.

A veces, encontrar un motivo para moverse significa encontrar un motivo para continuar viviendo.

Lista

Por el camino repasé las cosas que tenía apuntadas en mi lista. La llevaba en el bolsillo, doblada en cuatro. Crujía. La hice con la ayuda de Laura. Fue ella la que me fue diciendo las cosas que debía hacer primero,
y me ayudó a separar las cosas urgentes o muy urgentes de las solo importantes.

Mi lista era más o menos así.

Cosas muy urgentes: apuntarme al paro, devolver mi móvil a la vida (es decir, comprarme una tarjeta o algo similar), encontrar un trabajo.

Cosas urgentes: comprarme un móvil decente, comprarme algo de ropa.

Cosas importantes: intentar recuperar el carné de la biblioteca, sacar algún libro, averiguar quién mató a Ben.

Lo último lo añadí sin la ayuda de Laura. Hay gente que puede vivir sin saber la verdad. Gente que no se formula preguntas. Yo no soy de esos.

Ahora también tendría que trazar un plan para recuperar a Xenia. Cumplir con mi lista me ayudaría.

En ninguna parte estaba escrito «buscar un lugar donde dormir». No es que no fuera importante. Es que pensaba que eso ya estaba resuelto.

Qué idiota.

Ben

Esto es lo que todo el mundo sabe de la muerte de Ben: se metió donde no le llamaban y alguien decidió quitárselo de encima. En mi barrio, nadie se extraña de una cosa así. No fue la primera vez, ni será la última. La droga mueve mucho dinero. La gente mata por dinero.

Esto es lo que yo sé de la muerte de Ben: hubo una timba de póquer esa misma noche, en el bar de Carmen. Los Medina le esperaron a la salida y lo arrastraron al descampado de los aviones, donde lo mataron. Kevin, a quien llamábamos la bola de grasa, estaba con él, pero se cagó de miedo y se piró.

Esto es lo que yo sé de Ben: era pendenciero, pero respetaba a los Medina. Al principio de su carrera, había trabajado para ellos. Incluso era amigo de un tal Horacio, el hijo pequeño del capo, don Nicolás. Horacio Medina era un pirado de los coches y de las chicas guapas, y un habitual de las timbas de póquer que Ben organizaba en el bar de mi tía. No tengo ni idea si jugó la noche que mataron a Ben, aunque lo más probable es que no, porque ya hacía tiempo que estaban peleados. Se pelearon porque Ben era demasiado ambicioso para trabajar para ellos; quería su propio negocio. La ambición lo mató. Aunque no era idiota. Sabía muy bien con quién estaba tratando. Era meticuloso, siempre tenía previsto un plan B, no cometía errores. Si murió como un perro en el descampado de los aviones, fue porque alguien lo traicionó.

Setenta

Setenta euros. Toda mi fortuna. Un billete azul y uno naranja. El azul que llevaba encima cuando me detuvieron. El naranja que me había prestado Laura. «Si

necesitas más, llámame», me dijo. Asentí, aunque en realidad no pensaba hacerlo. No quería pedirle dinero a Laura ni a nadie. Quería ganarlo yo, demostrar que era capaz de hacerlo. Ser capaz de vivir mi propia vida.

Cambié los veinte euros azules para comprar un billete de metro. El hombre con camisa blanca que me lo vendió me aconsejó que me llevara mejor una tarjeta de diez viajes.

—Sale mucho más a cuenta —dijo.

Una tarjeta de diez viajes valía casi diez euros.

—Prefiero un billete sencillo —contesté.

Se encogió de hombros y me lo entregó. Necesitaba también comprar una tarjeta para el teléfono. Y tenía que comer algo. No quería pedirle dinero prestado a nadie. Si Ben estuviera aquí, todo sería distinto. A Ben podía pedirle dinero y no pasaba nada. Ni siquiera me lo prestaba. Me lo daba y ya está, como si fuera su hermano pequeño.

Mi teléfono, por ejemplo, siempre lo pagó Ben. Igual que mi comida y mi ropa y el gimnasio (cuando le dio por que tenía que hacer taekwondo con su amigo Marcelo, que también es algo así como mi primo, pero sin serlo). Ben era muy desprendido con el dinero. A veces, demasiado. En las timbas de póquer era capaz de perder cantidades impresionantes. Y también de ganarlas, si estaba en racha.

A veces Ben decía que éramos hermanos. A mí me gustaba mucho. En realidad, no éramos ni primos, aunque todo el mundo lo pensaba. Es un asunto complicado de explicar, como todos los rollos de familia.

Más o menos sería así. El tío Anselmo es el hermano mayor de mi padre. La primera mujer de mi tío Anselmo se llamaba María y tenía un hijo, Ben. Mi tío Anselmo le dio sus apellidos y le crio como a un hijo propio. Del padre verdadero nunca se supo nada. Luego María murió y tío Anselmo se casó con mi tía Carmen, que tenía tres hijos (dos chicas y Marcelo). A las chicas nunca llegué a conocerlas. A Marcelo sí, porque era el mejor amigo de Ben y mi profesor de taekwondo. Nada de eso tiene que ver con la familia, ya lo sé. Ben solía decir que si para llevarte bien con alguien necesitas pensar que es de tu familia, en realidad no te llevas bien con él.

Ben era un tío listo.

Y yo llegaba tarde a mi cita con Alberto.

Escalera

El mundo es un lugar extraño. Te das cuenta cuando llevas cuatro años sin pisarlo.

Caminé deprisa, asustado, como si fuera un animal de un hábitat distinto. Encontré pronto la
calle, y el número. Laura me había apuntado todo lo que tenía que hacer: «Salir en la estación de Diagonal», «en el cruce con Mayor de Gracia, tomar Córcega (a la izquierda)», «subir por
Torrent de l'Olla hasta Tordera», «caminar por Tordera unos cien pasos y doblar a la izquierda». La fachada era la más vieja y fea de todas. Un portal que no llamaba la atención, con una puerta de hierro negro y cristal. «No se admite correo comercial», leí. El rótulo estaba escrito a mano, pegado por la parte de dentro.

Eran más de las ocho y media, pero Alberto no estaba. ¿Se habría cansado de esperarme? ¿Habría entrado en el edificio? Le esperé un rato en la calle, mirando a todos lados por si le veía aparecer, y al fin decidí entrar. Saqué mis llaves del bolsillo; probé con la más estrecha. La puerta de hierro se abrió sin oponer resistencia. Ante mí, una escalera oscura de escalones muy empinados y paredes pintadas de algún color feo y desgastado. Solo tres buzones, aunque únicamente en uno se podía leer un nombre. Era de mujer. No había ni rastro de ascensor. La escalera era de hierro fundido, vieja, oxidada. Todo estaba sucio, descuidado.

La verdad, me imaginaba otra cosa, pero era mejor que la cárcel y mucho mejor que volver a mi barrio.

Subí los tres pisos casi a tientas. En el segundo descubrí que podía encender la luz de la escalera apretando un interruptor, aunque la situación solo mejoraba un poco, porque las bombillas apenas iluminaban. Llegué al tercer piso muerto de la curiosidad. Una puerta oscura, también antigua, pero pintada. Aquello comenzaba a mejorar.

Antes de que pudiera probar la llave, oí risas que venían del interior de mi casa. Era una voz femenina. Se reía como si le estuvieran haciendo cosquillas.

Reparé en que no era una, sino dos. Dos chicas, las dos alegres. Parecían estar pasándolo bien. También había una voz masculina, o puede que dos. Presté atención, pero no se distinguía bien. De vez en cuando, las chicas emitían un chillido agudo, o un gemido, no sé. También se oía un tintineo de cristales, como si estuvieran brindando. Y más risas, y más chillidos, y más voces masculinas. Alguien se lo estaba pasando en grande ahí dentro.

No me corté un pelo y traté de abrir la puerta. La llave entró con dificultad en la cerradura; sin embargo, no conseguí hacer que girara. No se movía ni un ápice. Lo intenté varias veces hasta que me di por vencido. Tardé unos minutos en comprender lo que estaba ocurriendo: alguien había cambiado la cerradura.

Mientras tanto, los chillidos, los gemidos y las risas habían cesado. Dentro del piso percibí un silencio tenso, expectante. Ahora ellos también trataban de escucharme a mí. Decidí fastidiarles la noche, fueran quienes fueran, y llamé al timbre. Esperé. No pasó nada, salvo que el silencio se hizo más profundo. ¿Tal vez tenían miedo?

Llamé otra vez, dos veces, con insistencia. Me pareció oír ruidos dentro del piso. Como si mis timbrazos levantaran un revuelo. Ahora ya me quedaba claro que los había asustado. ¿Tal vez porque lo que hacían allí dentro no era legal? Por desgracia, tengo alguna experiencia en este tipo de cosas. Una voz femenina preguntó:

—¿Dónde está mi ropa?

Y otra dijo:

—Mierda, mierda, mierda.

Decidí esconderme. Subí un piso más, hasta el descansillo por donde se salía a la azotea a través de una pequeña portezuela. No había luz (o no funcionaba), así que esperé a que se apagara la bombilla de abajo y lo hice conteniendo la respiración.

Escuché algunos ruidos más: un «flop», como de nevera al cerrarse; los tacones de las chicas sobre el suelo; voces que hablaban en susurros. Luego, se abrió la puerta, al principio solo un poco. Escuché una respiración. Alguien se asomaba al rellano, miraba por si había alguien.

—Despejado —anunció una voz de varón—. Podéis salir.

—¿Seguro? —preguntó una voz femenina.

—No hay nadie —dijo de nuevo la voz masculina.

En cuanto salieron, la puerta del piso volvió a cerrarse. Con doble vuelta de llave.

Las chicas debían de ser tres, por el ruido que armaron sus zapatos de tacón al bajar por la escalera. Ya no se reían. Una de ellas dijo:

—A ese gordo asqueroso deberíamos cobrarle el doble.

Y las otras dos soltaron una risita cómplice, maliciosa.

—O el triple —dijo otra.

La puerta del portal se cerró con un golpe seco y ya no se oyó nada. Dentro del piso, el silencio del cobarde.

Me quité la mochila y me puse cómodo. Decidí quedarme allí, en el rellano de la azotea. No podía tumbarme por falta de espacio, pero si permanecía sentado, podía estirar las piernas. No estaba tan mal. Era un buen lugar para vigilar. Igualmente, no tenía adónde ir. De Alberto, ni rastro. ¿Se habría olvidado de nuestra cita? Era raro; Alberto es la persona más responsable que conozco. Pensé que la noche iba a ser larga.

Pasaron unos pocos minutos antes de que volviera a escuchar que la puerta de mi piso se abría. Una respiración. Fuerte, tal vez asustada. Alguien escrutaba la oscuridad del mismo modo que yo permanecía atento al silencio.

Cuando la puerta se cerró, yo cerré los ojos.

«Dicen que, a oscuras, el sentido del oído se agudiza», pensé.

Y me dispuse a comprobarlo.

Largo

Nunca intentéis dormir en una escalera. Es lo más incómodo del mundo. Yo lo intenté, por lo menos durante la primera hora. Cuando vi que era imposible, me dediqué solo a escuchar. Puse mucha atención. Clasifiqué los ruidos que se oían dentro del piso de Ben (es decir, mi piso).

La cosa sería más o menos así.

Ruidos de máquinas: un ordenador al encenderse (ya sabéis, esa musiquita tonta), el zumbido de un motor (¿la nevera?), el campanilleo de un mensaje que entra en un teléfono móvil que alguien se ha olvidado de silenciar; luego, solo vibraciones.

Ruidos de cosas: un grifo, mucha agua —como si alguien se empeñara en limpiar algo a fondo—, una puerta que chirría, un interruptor, la ventana al abrirse y al cerrarse.

Ruidos de personas: varias conversaciones en susurros (por teléfono, supuse). No identifiqué ni la voz ni las palabras. Sí me di cuenta de que estaba alterado. Podía sospechar parte de sus motivos.

De pronto escuché el tintineo de unas llaves en mitad de la noche. Alguien abría el portal de la calle. No se preocupó en absoluto de no hacer ruido. La puerta se cerró estrepitosamente. Comenzaron a subir la escalera unos pasos firmes, amenazadores. Ni muy despacio ni muy deprisa. Rítmicamente, sin parar en los descansillos ni encender la luz. Al llegar a la puerta de mi piso, se detuvieron. Solo unos segundos, para observar, para pensar. Luego, continuaron el ascenso.

En aquella planta no había pulsador de la luz. Únicamente vi una sombra que se acercaba. La de un tío grande como un armario. No pude verle la cara. Se detuvo frente a mí y me ordenó:

—Largo.

No me moví. No hice nada.

—¿Eres sordo? —dijo.

—No —dije.

—Vamos, fuera —insistió.

Como continué sin hacer nada y sin hacerle caso, pasó a la acción: me agarró de la camiseta y me levantó del suelo sin dificultad. Comenzó a arrastrarme escaleras abajo. Apenas tuve tiempo de recoger mi mochila. Si no me caí, fue porque él me sujetaba con un brazo que parecía de hierro. Cuando pasamos por el rellano del primer piso, me pareció que un par de ojillos brillantes nos observaban con curiosidad a través de una rendija de la puerta. El armario abrió la puerta de la calle y me lanzó afuera de un empujón. Caí de rodillas sobre el pavimento.

—Pírate y no vuelvas —dijo, antes de añadir—: La próxima vez te daré una paliza y te dejaré tirado delante de la policía con medio kilo de cocaína en la mochila. ¿Entiendes, capullo? ¿Quieres volver al trullo cagando leches?

No esperó mi respuesta. La puerta se cerró con su golpe habitual.

Alguien estaba observando la escena desde la ventana del tercer piso. Para asegurarse de que me largaba, supongo. Me quedé un momento ahí, mirando hacia arriba, pero no vi a nadie, salvo una persiana que bajaba a toda prisa.

Caminé hasta la plaza más cercana. No tenía árboles, ni plantas, ni arbustos, ni columpios, ni nada, excepto una fuente pública, una chimenea solitaria, un mural que ocupaba toda una pared lateral y dos bancos. Me senté en uno de ellos a pensar, a tranquilizarme. No había podido verle la cara a mi agresor. Solo sabía que era grande como un armario y que llevaba unas botas vaqueras de color rojo, muy cantonas. Fue lo último que vi después de que me lanzara a la calle y cerrara la puerta.

Tardé un buen rato en sentirme un poco mejor. Después, poco a poco, me fue entrando sueño. Me tumbé en el banco y me guardé las inútiles llaves de mi casa dentro de mis calzoncillos. Es algo que aprendí de Ben y que nunca le he contado a nadie. «Guarda lo que más aprecias donde la gente normal no se atreve a buscar», decía, con una sonrisilla pícara. Es un buen consejo. Poca gente imagina que llevas las llaves de casa escondidas en la bragueta.

Me dormí abrazado a mi mochila. Allí estaba todo lo que tenía en el mundo. ¿Todo? No. También tenía mi amor por Xenia.

Querido Éric:

Tengo tanto que contarte que no sé por dónde empezar. Es la noche más triste de mi vida. No puedo dormir. Pienso en ti todo el rato. A estas horas (son más de las cinco de la madrugada) debes de estar en la cama de tu piso de Barcelona, contento de estar allí, puede que durmiendo. Puede que también estés pensando en mí, a pesar de la emoción de tu vida nueva.

Ojalá estuviera ahí contigo. Ojalá no nos separara nada.

Voy a contarte lo que ha ocurrido esta tarde después de besarnos. Mi madre me esperaba en el aparcamiento, con una arruga dibujada en el centro de su frente, contando los minutos que pasaban de la hora que me había indicado. El primer tramo hasta casa hemos ido en silencio, pero al llegar a un semáforo ha soltado el volante, me ha mirado y ha dicho:

—Sé que ahora no lo entiendes, Xenia, pero cuando seas mayor te darás cuenta de que no había otra opción.

No he contestado. Igual se ha desanimado. Al llegar a casa, otra perorata:

—Sé lo mucho que te duele separarte de él y que ahora piensas que es el amor de tu vida, pero todo eso pasará. Algún día conocerás a una persona más parecida a ti, te gustará y…

—Perdona, mamá, tengo que ir al baño —he dicho, mientras me desabrochaba el cinturón y salía del coche.

Ha fruncido los labios, como hace cuando algo le sabe mal. A lo mejor se ha dado cuenta de que está metiendo la pata. No puedo creer que se comporte de ese modo.

He ido directa a la ducha, a llorar sin que me vieran. Me he quedado un rato encerrada, sin ganas de hacer nada. He dicho que no tenía hambre (era cierto) para no ver el ordenador en la cocina ni sus caras de «hemos hecho lo mejor para ti». Me he acostado a las diez menos veinte. ¡Aún era de día! Sabía que no podría dormir, pero necesitaba pensar en ti y estar sola. Bueno, en realidad necesitaba no estar con ellos.

He pensado mucho. He llegado a algunas conclusiones. Por ejemplo: no debería haberte dejado marchar. Tendría que haberme ido contigo. No importa adónde. No soporto la idea de no verte más. Tengo que hacer algo. Y lo haré.

Te quiero.

Xenia

Currículum

Me despertó una pregunta formulada con voz dulce:

—¿Has dormido en este banco?

Al abrir los ojos, me encontré a una niña rubia, con coletas y patinete, que me miraba asombrada. No debía de tener más de seis o siete años.

—Sí —le dije.

—¿Está muy duro? —preguntó.

—Un poco.

—¿No tienes cama?

Antes de que pudiera contestarle, su madre la agarró de la mano y tiró de ella para alejarla de
mí.

—¡No hables con extraños, Noa! —la regañó.

—No es un extraño, es un señor sin cama —protestó ella, mientras se alejaba a la fuerza.

Me senté en el banco. Me dolía un poco la espalda, pero aquella breve conversación con Noa me había puesto de un extraño buen humor. Además, hacía buen día. Cantaban los pájaros y, a lo lejos, rugían los coches en las calles cercanas. Me lavé la cara en la fuente de la plaza. Me quedé un rato observando el grafiti de la pared. La mayoría de las criaturas que aparecían en él eran monstruosas. Las había con tres cabezas, con antenas, con forma de chupete y de helado, todo mezclado con bailarinas de flamenco, actores en blanco y negro o un grupo de alumnos en clase. Lo mejor eran los colores, muy alegres, en contraste con la fealdad de la plaza. Precisamente lo que aquel lugar tan aburrido necesitaba, aunque no podía dejar de pensar en quién lo habría pintado y qué ideas tan raras tenía en la cabeza.

El rugido de mis tripas me recordó que tenía un hambre feroz. Un hambre que no recordaba desde mis años de primaria, cuando me hice famoso en el colegio por robarle el bocadillo a una compañera de clase.

Decidí buscar un supermercado donde comprarme algo para desayunar. Fue fácil. Encon-
tré el negocio de un paquistaní donde, además de un paquete de galletas y un batido de cacao, compré una tarjeta de prepago para mi teléfono. La pedí solo de llamadas (mi cacharro antediluviano no tenía conexión a Internet ni Whatsapp ni

nada de nada), pero me dijeron que no tenían. Compré la más barata. Valía 12,5 euros. Apunté en un papel mi nuevo número. En cuanto consiguiera recargar el aparato, le mandaría un mensaje a Laura y otro a Carlos. También necesitaba contactar con Alberto y saber qué había pasado.

Me senté en una plaza y me zampé el desayuno casi sin respirar. Después conté el dinero que me quedaba: 53,15 euros. Necesitaba encontrar un trabajo lo antes posible. Y para lograrlo, lo primero que debía hacer —me lo había dicho Laura— era apuntarme al paro.

Laura también había buscado dónde quedaba la oficina más cercana. Me hice un lío con los nombres de las calles, pero llegué cinco minutos después de que abrieran. Había un montón de gente, y me tocó sacar un número y esperar mucho rato. Aproveché para ir al baño, lavarme los dientes y cambiarme de camiseta. También para conectar mi móvil de la Edad de Piedra en el primer enchufe que encontré.

Cuando por fin llegó mi turno, una señora con el pelo azul me pidió que rellenara un formulario. Nombre, apellidos, fecha de nacimiento, número de documento de identidad, dirección. Aquí dudé un momento, pero escribí calle del Profeta, número 20, tercero. Nivel de estudios terminados: primero de bachillerato. Le entregué el papel. Sin terminar de leerlo, dijo:

—Tendrás que redactar un currículum.

—¿Un currículum?

—Puedes hacerlo desde casa, a través de la página web. Servirá para que la gente conozca tu experiencia laboral.

—En realidad, no tengo mucha experiencia laboral —dije.

—Algo habrás hecho en tus —consultó el papel— dieciocho años. Algo que puedas poner en el currículum.

Pensé en sus palabras y en qué podía poner: «Encubridor de asesinos», «Amigo de traficantes», «Cómplice de jugadores de póquer profesionales», «Inocente encarcelado», cosas así.

En lugar de eso, dije:

—Estoy estudiando.

—¿Qué estudias?

—En septiembre empezaré segundo de bachillerato.

—¿Estás ya matriculado?

—Sí.

Lo había hecho solo unos días antes. El instituto tenía clases nocturnas y no quedaba muy lejos de allí.

—Entonces, ¿es tu primer trabajo? —preguntó ella.

—Sí —contesté.

—¿Has hecho algún taller de formación profesional?

—He trabajado tres años en un taller de montaje de bicicletas.

—¿Bicicletas?

Ya sabía que no era gran cosa, pero era lo único que nos enseñaban en la cárcel. Solo a los internos de nivel 3. Es decir, a los chicos buenos. La mujer del pelo azul tomó nota.

—¿Alguna otra cosa?

—No.

Frunció los labios.

—Te recomiendo que te apuntes a alguno de los cursos de formación profesional que ofrecemos. La mayoría son gratuitos. Es difícil conseguir un empleo sin formación.

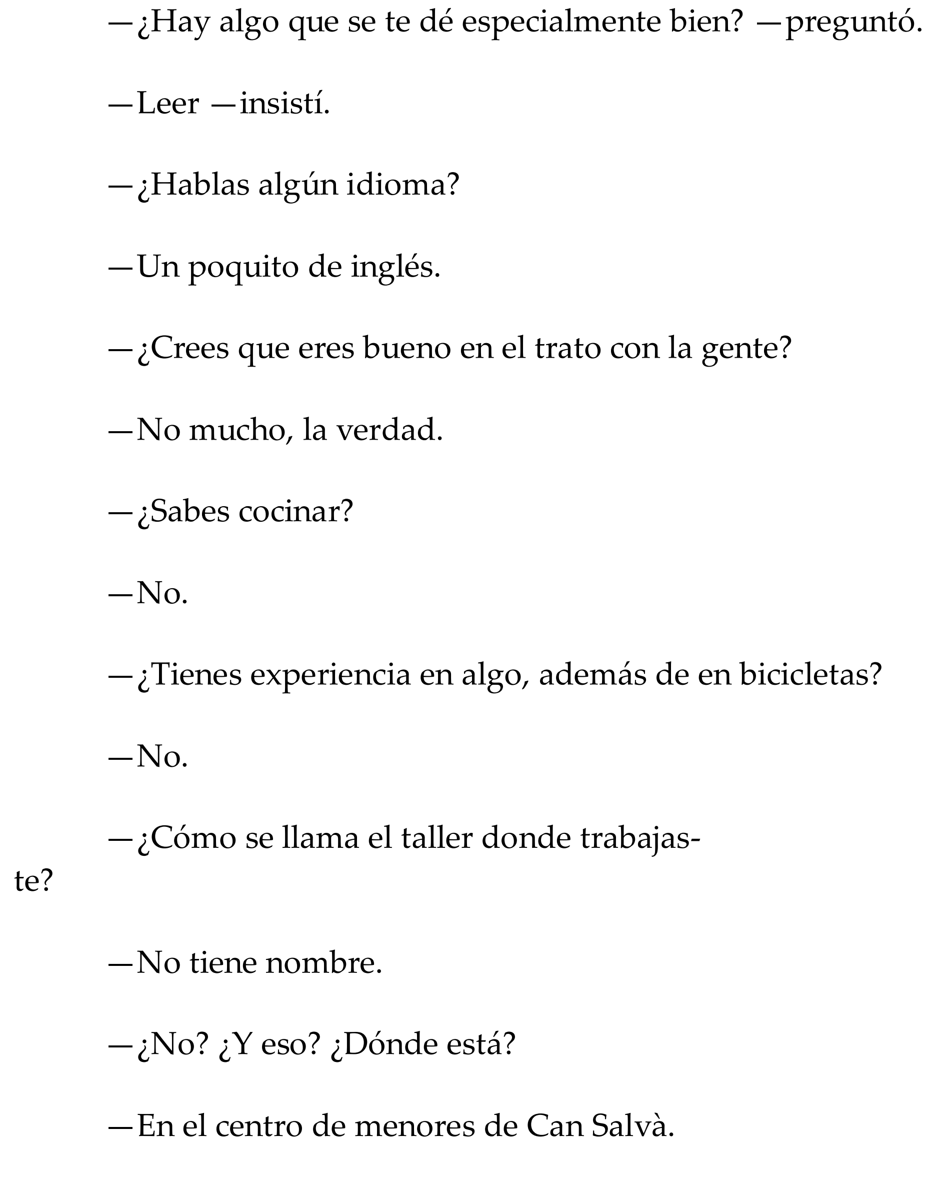
—Quiero ir a la universidad.

—¿Qué quieres estudiar?

—Literatura.

Otra vez frunció los labios con disgusto, como si la literatura no sirviera para nada. Me dieron ganas de preguntarle si le gustaba leer. También de contarle cuántas cosas había aprendido en los libros, empezando por ser feliz. Qué diferente sería si nunca hubiera leído nada.

Qué horrible sería el mundo si nadie inventara las historias que nunca podremos vivir. Eso es la literatura: la posibilidad de ser aquello que no serás nunca en otra parte.



—¿Hay algo que se te dé especialmente bien? —preguntó.

—Leer —insistí.

—¿Hablas algún idioma?

—Un poquito de inglés.

—¿Crees que eres bueno en el trato con la gente?

—No mucho, la verdad.

—¿Sabes cocinar?

—No.

—¿Tienes experiencia en algo, además de en bicicletas?

—No.

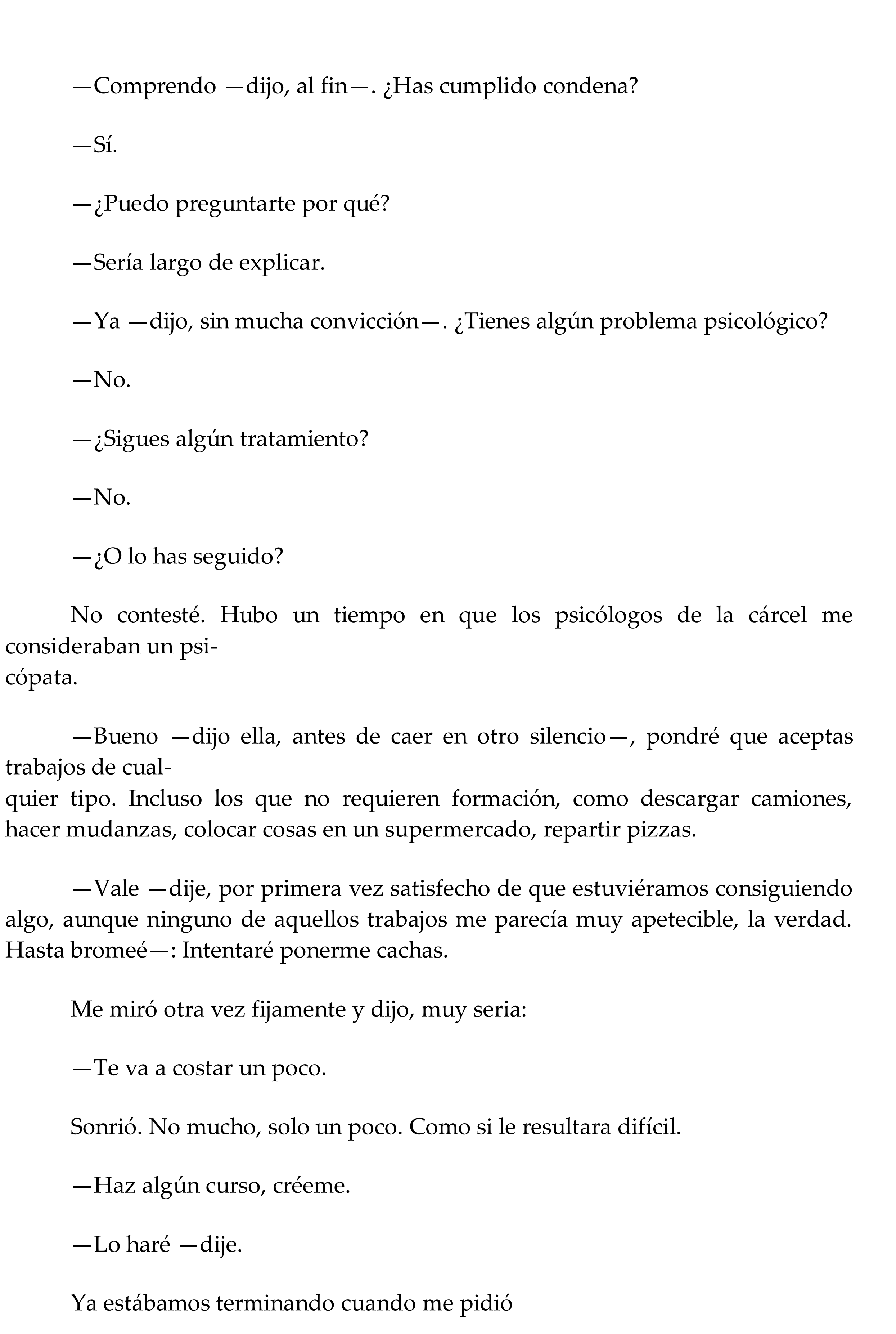
—¿Cómo se llama el taller donde trabajaste?

—No tiene nombre.

—¿No? ¿Y eso? ¿Dónde está?

—En el centro de menores de Can Salvà.

Me miró fijamente por encima de las gafas, como para verme mejor. Como si de pronto fuera más interesante. Seis o siete segundos de silencio, para comprender.



—Comprendo —dijo, al fin—. ¿Has cumplido condena?

—Sí.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Sería largo de explicar.

—Ya —dijo, sin mucha convicción—. ¿Tienes algún problema psicológico?

—No.

—¿Sigues algún tratamiento?

—No.

—¿O lo has seguido?

No contesté. Hubo un tiempo en que los psicólogos de la cárcel me consideraban un psicópata.

—Bueno —dijo ella, antes de caer en otro silencio—, pondré que aceptas trabajos de cualquier tipo. Incluso los que no requieren formación, como descargar camiones, hacer mudanzas, colocar cosas en un supermercado, repartir pizzas.

—Vale —dije, por primera vez satisfecho de que estuviéramos consiguiendo algo, aunque ninguno de aquellos trabajos me parecía muy apetecible, la verdad. Hasta bromeé—: Intentaré ponerme cachas.

Me miró otra vez fijamente y dijo, muy seria:

—Te va a costar un poco.

Sonrió. No mucho, solo un poco. Como si le resultara difícil.

—Haz algún curso, créeme.

—Lo haré —dije.

Ya estábamos terminando cuando me pidió

el documento de identidad. Dejé el pequeño pedazo de plástico sobre el mostrador. El de la foto no parecía yo, sino más bien mi hermano pequeño. Ella lo tomó y comenzó a apuntar mis datos.

—No puedo darte de alta —se interrumpió, devolviéndome el carné—. Esto está caducado.

No tenía ni idea. Estaba deseando marcharme de allí.

—¿Y qué hago? —pregunté.

—Volver cuando lo hayas renovado.

—¿Y no puede apuntarme, mientras tanto? Necesito encontrar un trabajo urgentemente.

—Claro, cariño, como todo el mundo —contestó, dejando el expediente a un lado—. Vuelve con el documento válido y te daré de alta enseguida. Mientras tanto, puedes pensar en lo que pondrás en tu currículum y a qué cursos te vas a apuntar. Ha sido un placer conocerte, Éric, de verdad. Espero que te vaya bien —se volvió hacia la fila y gritó—: ¡El siguiente!

La entrevista más absurda e inútil de mi vida había terminado.

Resurrección

Por lo menos algo bueno tuvo todo aquel tiempo perdido en la oficina de empleo: mi móvil resucitó. Le coloqué la tarjeta. Pulsé la tecla ON. En la pantalla parpadeó una luz blanca y el aparato me saludó con el mismo tararí-tararí de siempre. Como si el tiempo no hubiera pasado.

Lo primero que hice fue mandarle un mensaje a Alberto:

Hola, Alberto, soy Éric.
Este es mi número nuevo.

Ayer llegué un poco tarde.
Me extrañó no verte allí.

Los siguientes fueron para Laura y Carlos. El mismo texto:

Hola, soy Éric y vuelvo a tener móvil.

Apunta mi número nuevo, que es…

Solo me faltaba Xenia. Me pregunté si debía mandarle un mensaje o no. No quería causarle problemas. Pero a la vez me moría de ganas de saber de ella.

Llevo pensando en ti desde que nos separamos. Te quiero.

Borra este mensaje inmediatamente.
No quiero causarte problemas.

No había hecho más que enviarlo cuando entró una llamada. Mi vieja

melodía de *Star Wars* me recordó a Ben. A él le molaba.

Por aquel entonces, yo no recibía muchas llamadas. Ahora tampoco esperaba ninguna. Descolgué convencido de que sería un error.

—Menos mal que me has enviado tu número, chaval —reconocí la voz de Alberto. Sonaba como si no estuviera en la oficina—. ¡Estaba muy preocupado! No tenía modo de avisarte. Llamé a la madre de Xenia, pero no me contestó. Perdóname por no presentarme ayer. Y hoy tampoco voy a poder. Lo siento mucho.

No supe qué decirle. Me quedé sin palabras. Decepcionado, sorprendido. Colgado. Necesitaba hablarle a Alberto de lo que me estaba pasando. Él sabría qué había que hacer, seguro. El silencio le extrañó.

—¿Hola? —preguntó Alberto—. ¿Estás ahí?

—Sí, sí, claro.

—No sabes lo mucho que lo siento, chaval. Ya sé que te dejo tirado, pero seguro que podrás apañártelas sin mí cuarenta y ocho horas, ¿verdad? —no esperó a que contestara, parecía tener mucha prisa—. Si no fuera algo importante, ya sabes que no… Mira, no voy a tener secretos contigo: ha muerto mi madre esta madrugada, de un ataque repentino al corazón, así que tengo que ocuparme de un montón de cosas desagradables. Soy hijo único y mi padre está hecho polvo y, además, es muy mayor. En un par de días estaré de vuelta y nos pondremos con todo. La muerte siempre nos sorprende en el peor momento, chaval. Tú estás bien, ¿verdad?

Me quedé petrificado. Me sentí fatal por haberme cabreado con él ni que fueran cinco segundos. Preferí no preocuparle con mis cosas, de momento. Nunca había dado un pésame. Creo que no lo hice muy bien.

—Lo siento —balbuceé, y logré añadir—: No te preocupes por mí.

—Gracias por entenderlo, tío.

Igual no lo entendía del todo. Me pregunté qué sentiría yo cuando muriera mi padre. Prefería no contestar a mi propia pregunta. A veces es mejor no tratar de saber las respuestas a algunas preguntas.

Un segundo antes de colgar escuché que entraba un mensaje. Cuando revisé la pantalla, me dio un vuelco el corazón: era de Xenia. Lo abrí a toda prisa. Lo leí casi temblando. Enseguida comprendí que había cometido un grave error al tratar de comunicarme con ella. A partir de ahora, tendría que aprender a refrenar mis impulsos. El mensaje decía así:

Hola, Éric. Soy la madre de Xenia.

Este ya no es el número de mi hija.

Te ruego que no intentes contactar más con ella.

Saludos.

Anuncio

SE NECESITA REPARTIDOR
MÁXIMO 20 AÑOS
INDISPENSABLE TENER REFERENCIAS

El anuncio colgaba de la puerta de una frutería en la calle Siracusa. Entré sin dudar.

—¿Vienes por el anuncio? —me preguntó un señor con bata azul que estaba tras el mostrador.

Asentí.

—¿Traes referencias?

—No, pero puedo conseguirlas.

Hacía ruiditos guturales, como si rumiara cada respuesta.

—¿Has trabajado en alguna tienda?

—No —contesté, deseando que no me preguntara de dónde era. Me pareció interesante añadir—: Es mi primer trabajo.

—¿Y qué has hecho hasta ahora?

—Estudiar. Quiero ir a la universidad —expliqué, pensando que le gustaría saberlo, pero no reaccionó.

—Ajá. ¿De dónde vienes exactamente?

—No soy de este barrio.

—Es un trabajo pesado. Repartir pedidos a nuestros clientes. Se necesita fuerza —explicó.

—Puedo hacerlo.

Me miraba de arriba abajo, parecía dudar.

—El horario sería por las mañanas —continuó—. Cuatro horas o hasta que se terminen los pedidos. Te pagaría 250 euros.

—¿Me haría un contrato? —pregunté.

Me dispensó una mirada irónica, como si fuera a echarse a reír.

—Claro que no.

Era una porquería de trabajo y un sueldo de miseria. A pesar de todo, estaba dispuesto a aceptarlo. Él me observó como si su mirada pudiera atravesarme y de pronto me preguntó:

—¿No habrás estado en la cárcel?

Me dejó desconcertado. ¿Se me notaba? ¿O era él, que tenía un instinto especial? No quise mentirle. Una mentira es siempre un mal principio.

—Sí —dije—, pero mi caso es un poco especial.

—Ya —tono de desconfianza—. Yo no quiero líos. No contrato a expresidiarios. Márchate.

—Bueno, en realidad, yo no… Si me deja que le explique…

No me dejó terminar:

—He dicho que te marches.

Lo dijo en un tono que solo admitía la rendición absoluta. Me fui mientras él me miraba, como para asegurarse.

Lección aprendida: de ahora en adelante, mejor no ser tan sincero.

Pelos

Para renovarse el carné de identidad son necesarias dos fotografías, me dijo el poli que atendía la cola. Dijo que podía hacérmelas en una tienda que quedaba frente a la comisaría. Tuve que aguardar mi turno, porque había dos personas esperando para lo mismo. Cuando me tocó, el fotógrafo señaló un rincón y me dijo:

—Ahí tienes un espejo, por si quieres peinarte.

—Estoy bien así —contesté, aunque ni siquiera me había mirado.

El hombre me lanzó una mirada de desprecio:

—Bueno, allá tú.

Me daba lo mismo salir despeinado en la foto. Además, no tenía peine.

El hombre me hizo pasar a un cuarto donde había un taburete, me pidió que me sentara y que me apartara el pelo de la cara. «Son las normas», dijo. Salí horrible, como siempre. El hombre me entregó las fotos en un sobre de cartulina gris. Era tan pequeño que me lo guardé en el bolsillo de los pantalones, para no perderlo. Me costaron 6,90 euros. Mi fortuna seguía menguando a gran velocidad.

Cuando regresé a la comisaría, el mismo poli de antes me dijo:

—Te puedo dar hora para mañana a las nueve y veinte.

—¿Mañana? ¿No puede ser hoy?

—Imposible, chaval —meneó la cabeza—. No tenemos ni un hueco libre. Tienes suerte de que pueda ser mañana.

—¿Y no puede hacer una excepción? —pregunté.

Se encogió de hombros, por toda respuesta.

Salí de la comisaría desanimado. Si se me daban tan mal las cosas más fáciles, ¿cómo iba a resolver las difíciles?

Me senté en una parada de autobús, necesitaba pensar. No tenía ni idea de cuál debía ser mi siguiente jugada. Como si de pronto estuviera disputando una partida cuyas reglas desconocía. Saqué mi dinero y lo conté. Me quedaban 46,25. Lo peor era que volvía a tener hambre. Tendría que aguantarme un poco. No podía arriesgarme a quedarme sin dinero.

Decidí volver a la calle del Profeta. A vigilar mi portal. No tenía nada mejor que hacer. Supongo que necesitaba respuestas. Algo que contarle a Alberto cuando volviera. Él sabía que el piso lo compró Ben y que quería que fuera para mí. También sabía cómo funcionan las leyes. Las leyes son complicadas. A veces no sirven para lo que la gente necesita.

Mientras esperaba mirando hacia la puerta cerrada, me puse a pensar en todo tipo de cosas. Es lo que le pasa al cerebro: cuando no tiene nada que hacer, se raya.

¿Y si Ben se había jugado el piso en una de sus timbas de póquer y lo había perdido? Me dijo que lo compró después de una noche de suerte. Lo pagó al contado, en billetes nuevos de quinientos, una semana después de la mejor timba de su vida. «Lo que fácil llega, fácil se va», solía decir mi tía, hablando de las partidas clandestinas en su bar.

Pensaba estas cosas cuando vi que llegaba alguien. Era una anciana de pelo blanco. Tenía los pies hinchados, metidos en un par de babuchas de cuadros. Resollaba, parecía muy cansada por el esfuerzo. Arrastraba un carro de la compra. Se detuvo frente al portal, con las llaves en la mano, respirando con dificultad. Debía de ser la vecina del primero. Me dio lástima y me ofrecí a ayudarla. Me puse frente a ella y pregunté:

—¿Quiere que la ayude?

—¿Por qué? —tono hosco, desconfiado—. ¿Qué quieres?

—Nada. Solo ayudar.

—¿Eres cliente del chico gordo?

—¿Qué chico gordo?

—El de arriba. El de las putas.

—¿Cómo?

—Soy vieja, pero no tonta —espetó ella, que parecía muy enfadada—. Todas esas chicas… Vienen varias veces a la semana. Arman mucho ruido. No puedo dormir —se santiguó, miró al techo, como si allí estuviera Dios, dándole la razón. Luego me miró y continuó—: No me gustáis nada. Ni tú ni tu amigo. Sois unos sucios. ¡Mira qué pelos llevas! ¡No quiero tener nada que ver con gente que no se peina! —entró en el portal y comenzó a subir con mucha dificultad la escalera—. ¡Un día voy a llamar a la policía!

Arriba, en el tercero, una ventana se cerró de golpe. Alguien volvía a estar espiando. Solo que ahora imaginaba quién podía ser. Y comencé a sentirme tan

cabreado como la anciana antipática del primero. O puede que más.

Ella tampoco iba muy bien peinada, por cierto, pero eso no tiene nada que ver.

Carmen

Me instalé en la plaza de la chimenea y los murales multicolores, para llamar tranquilamente. A este paso, me fundiría el saldo del teléfono en un solo día. Marqué el número del bar de mi tía, que se llama como ella y que está en la Avenida Once de Septiembre, la arteria principal de mi barrio. El lugar donde Ben perdió y ganó las mayores fortunas de su vida. El último lugar que pisó antes de matar y de que lo mataran.

El teléfono sonó varias veces antes de que contestara una voz femenina apresurada y un poco ronca. La reconocí al instante.

—¿Tía? —voces, platos, el chisporrotear de la cocina, una tele encendida, las risas de los habituales de la partida de dominó: el ruido del bar me devolvió al pasado. El silencio de mi tía reflejaba su sorpresa. Añadí—: ¿Tía? Soy Éric.

—¡Éric, cariño! ¡Qué alegría más grande! —gritaba tanto que tuve que apartarme el teléfono del oído—. ¿Dónde estás? ¿Ya has salido?

No supe qué decir. No se me dan bien estas cosas. Sin embargo, me alegré de oírla.

—Necesito hablar contigo, tía.

—Claro, cariño, ven cuando quieras.

De fondo escuché la voz de un cliente que quería que le cobraran. Y la voz de los jugadores de dominó que celebraban una partida. Y la música que anunciaba la predicción del tiempo.

—Oye, tía, ¿te acuerdas del piso que compró Ben en Gracia?

—¡Huy, cariño!, tengo el bar lleno de gente.

—Es solo un momento. ¿Te acuerdas o no?

—Bueno…, sé que lo compró. Se dijo en el juicio, ¿no? Conmigo no hablaba. Ya sabes cómo era Ben. Además, no me gusta hablar de esto por teléfono.

—No quiero volver al barrio.

—¿No quieres volver? ¡Anda, pues menuda tontería! Aquí tienes a tu familia. A tu gente. ¿Adónde vas a ir, si no?

«Tu familia», «tu gente». Se supone que son personas a quienes deseas volver a ver. Yo no deseaba volver a ver a nadie, salvo a mi tía. Siempre y cuando no me dijera lo que tengo que hacer. Pregunté:

—Tía, ¿tú sabes dónde está Kevin?

—¿Kevin? ¡Ah, sí! ¿El gordito? ¿El amigo de Ben?

—Ese.

—¡Huy, hace un montón que no le veo! Para mí que se fue del barrio.

—¿Y sabes adónde?

—¿Yo qué voy a saber? Además, me da igual. Nunca me gustó ese chico. No sé qué hacía tu primo con él.

«Yo tampoco», pensé.

—¿Y Marcelo? —pregunté.

Marcelo era la segunda persona de mi barrio a quien deseaba ver. La segunda y última. La voz de mi tía sonó triste solo de escuchar el nombre de su hijo:

—Otro desaparecido… —dijo.

—¿No sabes dónde está?

—En algún lugar de Barcelona, supongo. Ya no viene nunca.

Marcelo siempre fue un misterio. Una de esas personas que no sabes qué tiene por dentro. Puede ser muy bueno o muy malo, porque nunca lo sabes con certeza. Aunque a mí siempre me pareció un tío legal. Demasiado legal para quedarse en el barrio. Por eso se largó. Le entendía bien. Y le envidiaba.

—¿Ya no trabaja en el gimnasio dando clases de taekwondo?

—Qué va. Hace mucho que lo dejó.

Pase que hubiera dejado el barrio, pero no podía haber dejado el taekwondo. Marcelo era bueno. Bueno de verdad. Un fuera de serie. Para haber sido alumno suyo, no se me pegó nada. Pero es porque yo era un alumno pésimo.

Pensé que Marcelo había conseguido lo que Ben soñaba: irse del barrio para no volver. Tal vez por eso lo había hecho.

—¿Cuándo se fue? —pregunté.

—Pues sería más o menos cuando lo de Ben.

«Lo de Ben», una bonita manera de no decir «cuando Ben murió» o, mejor, «cuando asesinaron a Ben». La gente mayor de mi barrio es especialista en no llamar a las cosas por su nombre.

Tía Carmen recuperó su tono jovial de siempre y dijo:

—Anda, Éric, cariño, no hagas tantas preguntas y ven a ver a tu tía. ¿Te acuerdas de mis bocadillos de tortilla? Te cambio uno por un millón de besos.

«Te cambio uno por un millón de besos». Hay frases que son capaces de condensar una parte de tu infancia. Me recordé tras la barra del bar, las pocas veces que Ben me llevaba con él, besando de puntillas a mi tía Carmen en la mejilla una y otra vez. Dar un millón de besos habría sido muy cansado, pero ella se agachaba un poco para que yo le diera treinta, cuarenta, cincuenta besos. Después, me preparaba una merienda que solía ser lo mejor de la semana, o del mes. Mientras me comía sus deliciosos bocadillos de tortilla, le oía decirle a Ben, murmurando: «Este niño no puede estar en estos ambientes tuyos, es demasiado pequeño». Ben le contestaba con un gesto, quitándole importancia. Yo fingía que no me daba cuenta de lo que hablaban.

Nada más pensar en los bocadillos de tortilla que me preparaba mi tía Carmen, mi estómago lanzó un quejido de nostalgia (y de hambre).

—Bueno, ya veré —respondí.

—Oye, ¿has llamado a tu padre? —preguntó mi tía—. Pregunta mucho por ti.

«Otra novedad», pensé, mientras emitía un sonido gutural que no significaba nada.

Mi tía insistió:

—¿Tú tampoco piensas ir a ver a tu padre? ¡Sí que estamos buenos!

Pasé de explicarle a mi tía los motivos que tengo para no querer visitar a mi padre. Por ejemplo: que nunca se comportó como un padre, en realidad. Que lo único que se le daba bien cuando yo era pequeño era abandonarme. Que si no hubiera sido por Ben, yo no habría llegado a mayor. En fin, mi padre no es mi tema de conversación favorito.

—Lo siento, tía, tengo que colgar —mentí.

Era la hora de comer. Entré en un supermercado, me compré una bolsa de patatas fritas, una chocolatina y una naranjada. Regresé al banco de la plaza y me lo comí todo en menos de cinco minutos. Me quedaban 41,70.

Dorayakis

Podría haber llamado a Laura o a Carlos. Podría haberles pedido ayuda, pero algo me lo impedía. ¿Orgullo? ¿Vergüenza? No sé. Solo llevaba en libertad veinticuatro horas. Aún pensaba que podía apañarme sin molestar a nadie.

Las cosas no estaban saliendo como yo había previsto, pero solo tenía que esperar a que regresara Alberto y todo se arreglaría. Quería intentar valerme por mí mismo, ni que fuera una sola vez. Tenía dieciocho años,

ya no era ningún crío.

Me pasé la tarde dando vueltas por el barrio, observando a la gente. Las calles estaban muy animadas. Vi un espectáculo de malabarismo en la Plaza del Diamante. Eran un chico y una chica más o menos de mi edad, vestían ropa de colores y llevaban rastas en el pelo. Al acabar su actuación, pasaron el sombrero entre el público. Dijeron que era para la casa okupa del barrio. Cuando la chica se acercó a mí, le pregunté:

—¿Podría dormir en vuestra casa solo una noche?

Ella exageró una mueca y dijo:

—Chungo, tío, con el calor estamos a tope.

No les dejé nada en el sombrero y me miró mal.

En la calle Perill vi otro anuncio de trabajo en la puerta de un bar. Buscaban un camarero. Entré y pregunté por el dueño. Le dije que venía por el anuncio. Esta vez ni siquiera hubo preguntas. Me miró de arriba abajo y dijo:

—Ya está cubierto, lo siento.

Una manera como otra de decir: «No me gustas, lárgate». No pasa nada. Estoy acostumbrado.

Me tiré un buen rato sentado en la Plaza del Sol. Vi que Laura me había contestado al mensaje. Decía:

Recuerda todo lo que hemos hablado.

Llámame si me necesitas. Un beso, cielo.

Laura me llama «cielo» desde el día que me conoció. Era raro al principio, pero me acostumbré enseguida. Ahora me encanta que lo haga. A lo bueno es fácil acostumbrarse. Es la única del mundo que me llama así.

A pesar de que pensé en llamarla y contarle lo que me estaba ocurriendo, decidí no hacerlo. Era viernes y Laura ya debía de estar en casa, con su hija, disfrutando del fin de semana. No quise molestarla. La excusa perfecta para no tener que reconocer ante ella mi fracaso.

Hasta me alegré de que Carlos no conteste a los mensajes a menos que se trate de una cuestión de vida o muerte.

Estaba anocheciendo cuando descubrí un puesto de comida japonesa en una esquina de la plaza. «*Dorayakis* a 2 euros», rezaba un cartel. Me acerqué y miré las fotos con mucha curiosidad. Conozco a mucha gente a quien le encanta la comida japonesa, pero yo no la había probado nunca. Aquello parecían pastelitos y tenían un aspecto delicioso.

—¿Qué es un *dorayaki*? —pregunté.

La mujer que atendía el mostrador me observó con expresión de extrañeza. Me preguntó:

—¿Tú no veías *Doraemon*?

—¿*Doraemon*? —repetí, desconcertado.

—¡El gato cósmico, amigo de Nobita! —no tenía ni idea de qué me estaba hablando—. ¡Los *dorayakis* son su comida favorita!

Pedí dos. Los gatos me caen bien. Incluso los gatos cósmicos.

—¿Los quieres rellenos de *anko* o de chocolate? —preguntó la mujer.

Encargué uno de cada, aunque no sabía qué era el *anko* y me daba vergüenza preguntarlo. Pagué los cuatro euros (me quedaban 37,70) y ella me entregó dos pastelitos redondos, tibios y blandos, que olían a gloria.

—Creo que eres la primera persona que conozco que no sabe quién es *Doraemon* —añadió entre risas—. ¡Buen provecho!

Igual tenía que ponerme un poco al día. Ver la tele, leer los periódicos, enterarme de qué es lo que le gustaba ahora a la gente. Saber qué había hecho el mundo en mi ausencia.

Los *dorayakis* estaban buenísimos. Me los comí mientras me perdía por el laberinto de calles pequeñas que llevaban a la del Profeta. Traté de adivinar qué es el *anko*, además de una pasta dulce y de color marrón oscuro que está muy rica, pero no me recordaba a ningún sabor de los que he probado en mi vida.

Cuando por fin llegué al portal de mi piso, ya anochecía. Miré hacia arriba: había luz en la ventana. También en el primero, donde vivía la anciana antipática.

Como no tenía nada mejor que hacer, me medio escondí entre la penumbra del portal de enfrente y decidí convertirme en espía durante un rato.

Ángel

Fue una noche muy provechosa. A eso de las nueve y media vi llegar a un par de tíos que vestían de negro. Llamaron al timbre cuatro veces, con timbrazos cortos. Una cabeza se asomó por la ventana del tercero. Tres segundos después, la puerta se abría con un zumbido. Las dos sombras negras entraron en el portal y salieron al cabo de unos veinte minutos, tras mirar hacia ambos lados de la calle, como para asegurarse de que no los veía nadie.

Un poco más tarde de las diez llegaron dos chicas. Eran jóvenes, guapas, vestían faldas muy cortas y zapatos de tacón. Llamaron una sola vez. De nuevo la cabeza se asomó a verlas, antes de abrir la puerta. Esta vez estuve atento y creí distinguir los mofletes hinchados de la bola de grasa de Kevin, aunque era muy difícil estar seguro.

Las chicas tardaron en salir más que los colegas de antes. Por lo menos, una hora. Salieron en silencio, pero, ya en la calle, una de ellas dijo:

—Te juro que ha sido la última vez.

Se alejaron taconeando deprisa.

No habían hecho más que marcharse y apareció otro tío. Un hombre mayor, de pelo gris. Hizo lo mismo que los anteriores. Llamó cuatro veces. Se abrió la ventana, se asomó el de siempre y la puerta se abrió. Diez minutos más tarde, el tío estaba en la calle otra vez, se palpaba algo que llevaba en un bolsillo, como para asegurarse de que estaba a buen resguardo. Se alejó con la cabeza gacha y como si tuviera prisa.

No llevaba allí ni dos horas y ya sabía que mi piso era un centro de distribución de droga, muy frecuentado por camellos y por prostitutas, cuando llegó otra persona. Iba a ser el descubrimiento de la noche. Era un chaval joven, más que yo, muy delgado, alto. Estaba muy borracho. Se le notaba porque no conseguía caminar derecho y necesitaba apoyarse en la pared para mantener el equilibrio. Lo que más me llamó la atención fue su camiseta. Era gris, con un dibujo central de la cabeza negra de Darth Vader y la frase: «I'm your father». Molaba un montón.

Se detuvo frente al portal, miró el número un par de veces, sacó el móvil del bolsillo y marcó.

Me oculté un poco más en la penumbra del portal y aproveché para mirarle bien. Le conocía del barrio. De críos habíamos coincidido en el gimnasio de Marcelo, y en varias de las exhibiciones de taekwondo que organizaba el gimnasio. Él tenía mucho más nivel que yo, pero solo en taekwondo, porque en los estudios era un auténtico desastre. Un inútil, que solo sabía repetir curso una y otra vez o faltar a clase. No conseguía recordar su nombre, pero tenía muy claro su apellido: Medina. Era uno de los nietos del gran capo. Uno de los herederos jóvenes. Una esperanza de futuro.

Estaba tan borracho que no se daba cuenta de que su tono de voz era demasiado alto.

—Oye, no quiero subir tres putos pisos. Baja tú —dijo, con un tono de voz que sonó autoritario.

Me puse en alerta. Una oportunidad de verle la cara al habitante de mi piso y de confirmar mis sospechas.

—¡Te he dicho que bajes! —ordenó.

Estaba claro que el chaval era un Medina. No sé dónde les enseñan a ser tan soberbios y a tratar a los demás como si valieran menos que ellos.

—Pues no bajes, pero échame el material por la ventana.

Al otro lado, alguien debió de decirle que hay cosas que requieren más discreción.

—¡No estoy gritando! —gritó de pronto.

Se abrió la ventana. Apareció de nuevo la cabecita, pero esta vez parecía estar más nervioso. Le dijo, medio en susurros y medio levantando la voz:

—¿Estás loco o qué? ¡Ponte debajo de la ventana!

El pequeño de los Medina hizo caso. Enseguida le cayó un paquete desde el cielo. Un paquete compacto como un ladrillo, del tamaño de un cubo de Rubik, que sonó «plof» al caer en sus manos.

—Lárgate —añadió la voz desde arriba, antes de cerrar la ventana.

El borracho continuó la conversación a través del teléfono:

—¿Solo esto? Me prometiste más. ¡Oye! ¡No vuelvas a decir que soy demasiado joven! ¡Tú no eres mi padre, gilip…! ¡No me digas lo que tengo que hacer! Soy mayorcito. Estás ganando una pasta gracias a mí, ¿no? ¡Tendrías que besarme los pies!

Gritaba cada vez más, mientras se alejaba, trastabillando, con el teléfono pegado a la oreja. Pensé que podía seguirle, pero no me pareció nada interesante. Estaba tan borracho que lo más probable era que se quedara dormido en el primer lugar tranquilo que encontrara.

Justo antes de perderle de vista, recordé su nombre: Ángel. Ángel Medina Angulo. Siempre le llamaban por sus dos apellidos para que recogiera sus medallas. No había competición en la que no ganara alguna. Subía al podio y nos dirigía a los demás una mirada de desdén. Con ocho años ya era un soberbio insoportable. Una de esas personas que nunca se conforman con lo que tienen, que siempre quieren más. Un Medina de los pies a la cabeza.

Pizza

Seguía en el portal en penumbra, donde llevaba un buen rato sin pasar nada, y comenzaba a aburrirme. Estaba pensando en marcharme de allí cuando apareció un repartidor de pizzas montado en un ciclomotor rojo. Sacó del maletero una pizza de tamaño familiar y llamó al timbre una sola vez y sin ni quitarse el casco. Se abrió la ventana del tercero y volvió a repetirse la escena que ya me sabía tan bien. Tres segundos después sonó el zumbido de la puerta.

Pensé que era mi oportunidad. Salí del portal y fingí que acababa de llegar a casa.

—La pizza la ha pedido mi colega. Si quieres, la subo yo —señalé la escalera y me reí un poco—. Son tres pisos.

Lo pensó dos segundos.

—¿De verdad no te importa? —se le veía aliviado—. Me harías un gran favor.

—Tengo que subir igual —mentí otra vez.

—Entonces, vale —dijo, entregándome la caja caliente y una bolsa con dos latas heladas—. Las Cocas son de regalo. Son 22,50.

No había pensado en ese pequeño detalle. Pagar la pizza. Saqué el dinero de la mochila y se lo entregué. Mis ahorros acababan de disminuir a 15,20 euros. Esperaba que valiera la pena.

Sin esperar a que el motorista se marchara, cerré la puerta y comencé a subir. Había luz en el tercero y alguien en el portal. Debió de notar algo raro, o tal vez oyó la moto largarse, porque intentó entrar en casa y cerrar la puerta antes de que yo llegara al rellano. Fui un poco más rápido que él. Conseguí verle un momento. Una nariz achatada, redonda y roja como un tomate. Los ojillos de rata. Las manos rollizas, con dedos como salchichas. El flequillo grasiento. Kevin. Ya no había duda.

Pasé de llamar al timbre. Aporreé la puerta con la palma de la mano. Varias veces.

—Sal, gilipollas. Cuéntame qué estás haciendo en mi casa.

Estuve ahí cinco minutos, apaleando la puerta e insultándole. No salió. Siempre fue un cobarde.

Me senté en un escalón y abrí la caja de la pizza. Llevaba pollo, atún, piña, roquefort, *pepperoni* y salsa de pesto. Solo al guarro de Kevin se le ocurre echar todas esas cosas sobre una misma masa. A pesar de todo, no me supo tan mala. Será que tenía mucha hambre. La devoré enterita a la salud del gordo, me bebí las dos latas y lo dejé todo tirado en el rellano, justo frente a su puerta.

Luego bajé la escalera, me fui a mi banco de la plaza y me pasé un buen rato mirando el móvil. Ninguna llamada, ningún mensaje. Pensé en Xenia, en qué estaría haciendo, en si pensaría en mí. Guardé el teléfono en la mochila y me la puse bajo la cabeza, como si fuera una almohada.

Había luna llena. No se veían bien las estrellas. Pensé: «Menos mal que hace calor». Me sentí la persona más desgraciada del mundo.

Me guardé las llaves en el escondrijo de siempre y me dormí enseguida.

Dolor

Me despertó una punzada de dolor. En el vientre. Tan intensa que me cortó la respiración. Caí de bruces contra el suelo.

Antes de que pudiera abrir los ojos, el dolor regresó. Otra vez, y otra. Al compás de otro. Alguien se estaba encarnizando conmigo sin dejar siquiera que me despertara.

Aún era de noche. Tenía tierra en la boca y en los ojos. Intenté mirar quién me pegaba, pero solo pude distinguir la misma sombra grande como un armario del día anterior. Y las botas. Rojas, vaqueras, de piel. No era mucho. Cuando tienes algo más importante que hacer (por ejemplo, tratar de sobrevivir a una paliza), no te queda mucho tiempo para la observación.

El último puntapié fue en la cara y por un momento hizo que el mundo desapareciera de mi campo visual. Luego llegó otro en la tripa, que me hizo

retorcer de dolor. Me palpé la mejilla y descubrí mi mano manchada de sangre. Intentaba levantarme, pero a cada intento me doblegaba otro golpe, más fuerte que los anteriores.

Pensé: «Voy a morir igual que Ben». Y me rendí, un segundo antes de cerrar los ojos.

Advertencia

Cuando desperté, el mundo seguía donde siempre, y yo estaba en él. Más magullado y dolorido, pero respiraba. Frente a mí, los monstruos de colorines del mural de la plaza parecían una broma. Más cerca, los ojos de Noa, mi amiga de las coletas y el patinete, que me miraban.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

Se me había secado un poco la herida de la cara, me dolía el estómago, la espalda. Me levanté. No tenía nada roto.

—Me he caído del banco —dije.

—Tienes sangre.

—Estoy bien.

—¿No te duele?

—Un poco.

—Tienes que ir al médico —dijo—. Te pondrá un líquido marrón y una tirita.

Creo que sabía de qué hablaba.

En ese momento la madre, que estaba distraída hablando por teléfono, me vio y se llevó un buen susto. Agarró de la mano a su hija y la alejó de mí sin despegar la oreja del aparato.

—Adiós —se despidió Noa, agitando la mano.

Conseguí llegar hasta la fuente y lavarme la cara. Me dolía mucho la mejilla derecha. Tenía la ropa hecha un asco. Sucia y llena de sangre.

Entonces me di cuenta de que mi mochila no estaba. No había nada en el banco. Ni tampoco debajo, ni más allá, ni en ninguna parte.

Aquellos desgraciados se habían vengado de mí.

Creo que solté varias de las palabrotas más gordas que me sé, y traté de lanzar una patada contra la fuente, pero me dolió demasiado como para repetir. También me eché a llorar; solo un minuto. Nadie lo notó. Ben se cabreaba si me veía llorar. Decía que los problemas no se lloran: se resuelven.

Me alivió encontrar las llaves dentro de mis calzoncillos. Ben seguía teniendo razón: era un buen escondrijo. Revisé mis bolsillos, por si me quedaba alguna moneda. Solo encontré las fotos de carné, metidas en el sobre de cartulina gris, y una bolsita de plástico transparente llena de un polvo blanco, que no había visto nunca. Sobre la bolsa alguien había escrito con rotulador rojo: «Primer aviso».

Me costó casi una hora aceptar que solo podía hacer una cosa. No me quedaba más remedio. Bebí un buen trago de agua de la fuente. Abrí la bolsita blanca (era cocaína) y eché el polvillo blanco por el desagüe. Me despedí de los monstruos del mural y de la chimenea solitaria, pero no para siempre. Luego me puse en camino hacia el barrio donde nací.

Querido Éric:

Hoy ha pasado una cosa horrible.

Mis padres tienen una estrategia de control minuciosamente planificada: no decir a qué hora piensan volver para que yo no pueda organizar ningún plan de fuga. Papá suele venir a comer, pero nunca dice a qué hora. Cuando salen, no dicen si tardarán tres horas o media. Sin embargo, hoy se han despistado. Mi madre ha dicho que almorzaba fuera y mi padre ha dicho que tenía una reunión a la una y que llegaría un poco tarde. Eso significaba que de diez a dos, como mínimo, tenía cuatro maravillosas horas de libertad en que nadie podía controlarme.

Antes de salir, mi madre me ha preguntado qué pensaba hacer hoy. Me ha hecho repetirlo tres veces, para asegurarse. Le he dicho que igual más tarde me iba al gimnasio y que el resto del tiempo vería alguna serie en la tele. Ojalá no estuviéramos en verano; durante el curso todo sería más fácil. A mi madre mis respuestas le han parecido bien y me ha dejado tranquila.

En cuanto ha cerrado la puerta, he comenzado a arreglarme para venir a verte. A las diez y veinte ya estaba en el metro. Con la bolsa del gimnasio, para disimular, y muy nerviosa. Dos transbordos, hasta Fontana. Llevaba todo apuntado. Calle del Profeta, 20. Me moría de ganas de estar ahí.

Mientras subía por las escaleras mecánicas de la estación, me ha entrado una llamada de mi madre. No he contestado. Cuando voy al gimnasio nunca contesto, porque tengo el móvil en la taquilla. «Luego le diré que estaba en la piscina», he pensado, mientras me guardaba el teléfono en el bolsillo. Entonces he visto a mi madre, de pie al otro lado de las puertas automáticas de la estación, con el teléfono en la mano y cara de estar muy cabreada.

He comprendido en el acto lo que ha ocurrido: pueden rastrear mi móvil. Saben dónde estoy en cualquier momento. Son peor que la policía.

Nada más verme mi madre me ha dicho: «Que sea la última vez que intentas mentirme».

Hemos vuelto juntas a casa. Me sentía como una idiota, con la bolsa de deporte a cuestas. Al llegar me he encerrado en mi cuarto, pero la he oído llamar por teléfono. Hablaba con su jefe acerca de las vacaciones. Le pedía un favor, con voz lastimera, como si fuera muy grave o muy necesario. El jefe se lo ha concedido, claro. Mi madre lleva treinta años trabajando en la misma empresa. Nunca le niegan nada.

Cuando mi padre ha llegado a casa, ella le ha dado la noticia, con tono de alivio, como una heroína que acaba de salvar al mundo de un desastre nuclear: «Me he cambiado las vacaciones. A partir de mañana, me quedaré en casa. Así podré estar con Xenia».

II
BARRIO VIEJO

Aviador

Caminé todo el día. No podía ir muy deprisa, porque me dolía todo. Tampoco podía tomar el metro, porque no tenía ni un céntimo. Además, no tenía prisa por llegar. Paré varias veces. Bebí agua de muchas fuentes. No comí nada. Pensé muchas veces que no llegaría. La gente se me quedaba mirando. Debía de parecer un zombi recién salido de la tumba. Pero no me rendí, ni les hice caso. Lo importante siempre es continuar, aunque parezca imposible, hasta el final.

Llegué al barrio cuando comenzaba a anochecer. «Mucho mejor —me dije—, así llamaré menos la atención». No quería que nadie me reconociera, ni encontrarme con nadie, ni hablar con nadie. Me habría gustado ser invisible.

Cuando atravesé el río, pensé: «Ya no hay vuelta atrás». Cuando vi desde lejos la explanada de los aviones, me dije: «Aquí fue». Los lugares convocan recuerdos sin que tú puedas hacer nada por evitarlo. Yo odio todos los recuerdos que tienen que ver con este lugar. Me habría gustado que también ellos fueran invisibles.

Llegué a la barriada de Las Palmeras. Es un grupo de casitas bajas, que no parecen de mi barrio. Detrás de las cortinas que se vislumbran a través de las ventanas, vive gente normal. Ben y yo vivíamos allí. Una vez Ben me compró una bicicleta, que yo dejaba en la entrada, hasta que alguien me la robó. Nunca estas calles fueron mejores que sobre mi bicicleta nueva.

Desde lejos, vi luz en nuestra casa. El único lugar que alguna vez consideré mi hogar. Me pareció que había cortinas rosas en las ventanas. Me pregunté quién viviría ahora allí. Aparté estos pensamientos a propósito. La nostalgia no sirve para nada, Ben siempre lo decía.

A medida que dejé atrás la carretera y me fui acercando al corazón del barrio, las calles comenzaron a animarse. En la Avenida Once de Septiembre había niños jugando al balón, grupos de mujeres sentadas a la puerta de sus casas, que callaban cuando me veían, coches aparcados junto a la acera con la música a todo volumen y, dentro, dos o tres tíos haciendo sus negocios, señoras que pasaban junto al coche y apretaban el paso. Todo estaba como siempre, como si en aquel lugar el tiempo no hubiera transcurrido. El único diferente era yo. Me sentía como un aviador que acaba de accidentarse en mitad de un desierto, a mil millas de toda civilización.

Cuando entré en el bar de mi tía, casi no me quedaban fuerzas. Estaba dolorido y exhausto. En el bar había bastante gente. Madres jóvenes con sus bebés en un cochecito. Los habituales enfrascados en sus partidas de dominó. Los borrachuzos de siempre acodados en la barra frente a una copa de coñac barato. La tele puesta, y las noticias informando
de los fichajes millonarios de los clubes de fútbol.

Mi tía no me vio entrar, pero alguna de las madres jóvenes ahogó un grito al verme, asustada por mi aspecto. Entonces mi tía reparó en mí. Primero no me reconoció. Luego, se llevó las manos a la boca.

—¡Virgen Santísima, Éric! ¿Qué te ha pasado?

Salió de detrás del mostrador secándose las manos en el delantal a toda prisa y me ofreció una silla. Creo que si no lo hubiera hecho, me habría caído allí mismo. Me trajo un vaso de agua, que me bebí como si llevara semanas sin probarla.

—¡Virgencita, Éric! ¿De dónde sales, criatura? ¿Qué te pasa?

—Nada, tía. Solo estoy cansado —dije—. ¿Puedo dormir aquí?

No se atrevió a decirme que no.

—Claro, claro…

¿Noté un ligero resquemor en su voz? No estoy seguro.

—Ven por aquí —dijo.

El bar de mi tía está comunicado con su piso a través de una escalera estrecha que queda entre la barra y la entrada de la cocina. Me ayudó a subir sin

dejar ni un segundo de invocar a sus santos y a sus vírgenes. Me instaló en la habitación que había sido de mi prima, un lugar cursi donde todo era de color rosa, con un montón de peluches por todas partes (casi todos de color rosa). Mi tía me trajo una pastilla y un vaso de leche. Apartó la colcha (también rosa) y me ayudó a quitarme las zapatillas. Me tumbé sin desvestirme sobre las sábanas. Estaba agotado.

—Descansa, cariño —dijo mi tía, antes de cerrar la puerta—. Mañana tienes que contarme muchas cosas.

«Mañana tienes que contarme muchas cosas» no era precisamente un buen plan, pero estaba tan cansado que me dormí sin pensar en nada. Salvo en Xenia. Xenia siempre ocupaba mis últimos segundos de consciencia. La antesala de los sueños.

Rosa

Cuando por la mañana miré a mi alrededor, descubrí dos cosas: que el rosa me da dolor de cabeza y que no recordaba el nombre de ninguna de mis primas. De pequeño apenas había tenido trato con ellas. No esperaba tampoco tenerlo de mayor. ¿Qué podía decirle a alguien que duerme en un lugar donde lo único que no es rosa son los cristales de las ventanas? No esperaba tener con ellas ninguna conversación, no habría sabido ni por dónde empezar. De hecho, lo único que esperaba era marcharme del barrio cuanto antes. Recordé las palabras que Ben me había dicho tantas veces: «Este lugar es un vertedero, Ric. Algún día nos marcharemos de aquí».

La persiana estaba levantada y entraba un sol insolente. No tenía ni idea de qué hora era. Hacía calor. Me senté en la cama. Miré a mi alrededor. Había una lámpara rosa con flecos rosa. Una jirafa rosa. Muchos osos de peluche, todos de color rosa. Un cuadro donde se veía un unicornio rosa. Una alfombra rosa. Cortinas rosas. En el armario, un póster de Stephanie de *Lazy Town* con su vestido rosa y su peluca rosa. Empezaba a marearme cuando vi que sobre la silla (cuyo respaldo también era rosa) reposaban un par de toallas y una botella de gel de ducha. Me lo tomé como una invitación de mi tía a adecentarme un poco. Al levantarme, reparé en lo mucho que me dolían los golpes. Me fijé en que había

media docena de cajas de cartón apiladas en el suelo, junto al armario. Estaban cerradas con cinta adhesiva. Un misterio.

Apenas me acordaba de cómo era el piso de mi tía. De niño había estado allí un par de veces, como mucho. A pesar de todo, encontré enseguida el cuarto de baño y me encerré a disfrutar de mi primera ducha en libertad. No era como yo la había imaginado, pero no pintaba nada mal.

Me pasé un rato frente al espejo, mirándome las marcas del cuerpo. Me habían salido cardenales en el abdomen, y en el costado, pero en general la cosa no me pareció tan grave. Lo peor era la cara, claro, porque también es lo que todo el mundo ve. Estaba un poco hinchada. Una herida vertical a medio secar y un color entre el morado y el amarillo decoraba mi mejilla derecha. «Bueno —pensé—, por lo menos no es rosa».

Entré en la ducha y dejé que el agua corriera sobre mi cuerpo. Me enjaboné un par de veces. Me lavé el pelo. Igual me pongo pesado, pero ducharse es genial. Sobre todo cuando llevas dos días sin poder hacerlo y más de cuatro años sin poder disfrutarlo.

Quien no haya estado nunca en la cárcel no puede imaginar lo que es ducharse en una celda que compartes con otros tres tíos en un baño sin puertas ni nada que te tape por completo. Quien no haya estado nunca en la cárcel no puede imaginar que, cuando te privan de la libertad, te quitan también algo que los seres humanos valoramos por encima de casi todo: la intimidad. Recordadlo si alguna vez se os pasa por la cabeza cometer algún delito. Hay cosas que no se explican en ningún instituto, pero que son indispensables.

Me vestí otra vez con mi ropa (daba un poco de vergüenza ponerse la camiseta ensangrentada, pero era peor no ponerse nada) y mis zapatillas de deporte viejísimas. Me miré en el espejo. Estaba hecho un asco. Pensé en qué diría Xenia si me viera ahora. Prefería no saberlo. Me pregunté si alguna vez volvería a verla. Intenté pensar en algo bueno, para animarme un poco. Pase lo que pase, siempre hay que tratar de animarse. Fue fácil: el desayuno. Bajé la escalera del bar saltando. Intentando disimular la cara de dolor.

Desayuno

Mi tía ya estaba tras la barra, con su delantal de flores y su sonrisa de siempre. En cuanto me vio, me dijo:

—Siéntate, te voy a preparar un buen desayuno.

Se metió en la cocina y dio algunas órdenes. Miré disimuladamente: había un hombre delante de los fogones. Mi tía cortaba el pan. Escuché que alguien batía huevos. El olor de la tortilla me recordó que llevaba muchas horas sin comer. También me recordó el millón de besos; mi tía tras la barra, diez años más joven, contando, y yo de puntillas, besándola en las mejillas y contando también.

El reloj grasiento que presidía el mostrador, adornado con una marca de refrescos, marcaba las ocho menos cuarto. A esa hora ya había algunos clientes en el bar. Habituales de todas las mañanas, con su periódico, su tostada y su café con leche. Los profesores de un colegio cercano, con cara de sueño, hablando de trabajo. Y acodados en la barra algunos de los de carajillo o coñac. Hombres de cara rojiza, barba de un par de días, camisa blanca y el cinturón abrochado casi en el pecho. Uno de ellos me miraba fijamente, con cara de pocos amigos. No parecía nada contento de verme.

Cuando mi tía salió con un bocadillo de casi dos palmos, que olía de maravilla, le dijo al hombre:

—Es mi sobrino. Ha vuelto.

No dijo de dónde. ¿Él lo sabría? Tal vez, pero la cárcel no se nombra.

—¿Qué te pongo de beber? —me preguntó mi tía—. ¿Una cerveza?

—Mejor una naranjada, gracias.

Mi tía sonrió con dulzura. Metió hielos en un vaso. Dejó el vaso frente a mí, junto a la botella. Preferí beber directamente del gollete. Me miraba de una manera que me daba vergüenza.

—¡Cómo has crecido, criatura! —exclamó, con los ojos húmedos—, y qué delgado estás.

El hombre de mi derecha permanecía atento a todo. Me incomodaba su presencia.

Me zampé medio bocadillo sin pronunciar palabra. Sabía igual que los de mi infancia. Los sabores son casi un viaje en el tiempo. Solo después de recuperar fuerzas me atreví a decir:

—Tía, necesito que me ayudes.

Mi tía es de ese tipo de personas que no lleva nada bien tener que cambiar sus planes.

—Bueno. Veremos si puedo —dijo, por si acaso.

—Necesito un poco de dinero.

Frunció los labios, en una mueca de contrariedad. La tía Carmen y el tío Anselmo siempre han tenido fama de agarrados. Mi padre decía de ella: «Tu tía es buena persona mientras no tenga que rascarse el bolsillo». Los años que pasaron sin hablarse fue por culpa del dinero.

—¿Necesitas mucho? —me preguntó.

—Lo que puedas prestarme. Te lo devolveré.

—Sí, seguro —me ofendió el tono de desconfianza—. ¿Tienes líos?

—Nada grave —contesté, aunque ella no aparentaba estar muy dispuesta a creerme—. Voy a buscar un trabajo. Uno normal. Y pienso seguir estudiando.

Mi tía me miró como si estuviera ablandándose.

—Siempre has tenido mucha cabeza —dijo, y repitió—: ¿Cuánto necesitas?

—No lo sé. Lo que puedas, de verdad.

—Tengo que consultarlo con tu tío —dijo, tal vez para quitarse el problema de encima.

Mi tío trabaja en Mercabarna. Se va muy temprano y llega muy tarde. De pequeño pensaba que era como mi madre, que se había largado.

—Necesito comprarme un móvil —añadí, para que comprendiera que realmente necesitaba el dinero.

—¿Un móvil?

—Tenía uno viejo, pero me lo han robado.

Entraron un par de clientes y pidieron dos cafés. Mi tía comenzó a prepararlos, de espaldas a mí.

—Oye, ¿por qué no miras en las cosas de Ben? —dijo.

—¿Qué cosas de Ben?

—¿Has visto las cajas que hay en el cuarto de Andrea? Son las cosas de tu primo. Lo que sacamos de su casa de Las Palmeras antes de que tu prima se instalara allí.

—¿Mi prima vive en la casa de Ben?

—Ya no es la casa de Ben. Ahora es la casa de Andrea y de su hijita, mi nieta.

—¿Andrea no tiene marido?

—Tenía uno, pero se largó hace tiempo y no le volvimos a ver. Era un caradura, a saber qué estará haciendo. Se divorciaron.

Cuánta información de golpe. Así que mi prima se había casado, divorciado, era madre y vivía en casa de Ben. Ah, y se llamaba Andrea. Por lo menos, ya sabía su nombre. De quien yo quería saber era de Marcelo, pero me supo mal preguntar.

Mi tía añadió:

—Si en las cajas de Ben hay algún teléfono, puedes quedártelo. Pero tendrás que buscarlo tú mismo. Yo no quiero

revolver en sus cosas.

Aprovechando que mi tía acababa de entrar en la cocina y que nos habíamos quedado so-
los en la barra, el hombre del carajillo se acercó a mí y pronunció unas pocas palabras junto a mi oído. Eran roncas y apestaban a alcohol:

—Ojalá vuelvas pronto a la cárcel, desgraciado.

Dejó una moneda sobre el mostrador y se fue con paso lento, como si fuera el dueño del barrio. Se detuvo a medio camino de la puerta, porque justo en ese momento la televisión informaba de una noticia de última hora. Una noticia que nos afectaba a todos.

Noticia

«Esta madrugada ha sido encontrado flotando en el mar bajo el puente del Maremágnum el cuerpo sin vida del joven de dieciséis años Ángel Medina. El macabro hallazgo lo ha efectuado alrededor de las seis de la mañana una pareja del barrio que había salido a practicar deporte. Fuentes de la investigación han confirmado que se trata de uno de los integrantes más jóvenes del famoso clan de la droga de El Prat, y que el cadáver llevaba encima una importante cantidad de cocaína. Se desconocen por el momento las causas de la muerte, aunque la policía no descarta ninguna hipótesis, desde el accidente fortuito, al ajuste de cuentas entre bandas rivales. Según testigos presenciales, el difunto joven fue visto anoche a las puertas de algunas discotecas del complejo de ocio, donde podría haber estado vendiendo sustancias estupefa-
cientes».

El periodista entrevistó a la pareja que había encontrado el cuerpo. Eran un hombre y una mujer de unos cincuenta años. Se les notaba afectados.

—Era tan joven… —decía ella.

Cuando el periodista les preguntó si podían aportar más información, si se habían fijado en algún otro detalle, él añadió:

—En lo primero que me he fijado es en que llevaba una camiseta del malo de *Star Wars*.

Tras ellos se distinguía el puente del Maremágnum acordonado por la policía, los coches de los agentes con las sirenas encendidas, un par de ambulancias y una nube de curiosos que observaba la escena y hacía muecas estúpidas a la cámara.

Mi tía Carmen negaba con la cabeza y susurraba:

—Siempre igual… A saber en qué andaría metido ese pobre chico.

Uno de los hombres de la partida de dominó opinó:

—Eso no puede ser. Medina no pone a trabajar a nadie con menos de dieciocho. Ese chaval iba por libre.

Nadie le contestó. En mi barrio hay ciertas cosas de las que es mejor no opinar. Aunque sepas. Especialmente, cuando sabes. Por eso subí las escaleras en silencio, disimulando.

Cajas

Todavía conmocionado por la noticia que acababa de escuchar, y preguntándome si Kevin tendría algo que ver con ella, volví a la habitación rosa para buscar tesoros entre las cosas de Ben. No me pareció un juego divertido.

En la primera caja había ropa: camisas, sudaderas, un par de americanas, pantalones, varios pares de botas y de zapatillas de deporte. También un cinturón, varios calzoncillos, un par de billeteros (vacíos), un paraguas plegable, cuatro pares de gafas de sol nuevas y de marca (parecían carísimas). A Ben le gustaban la ropa cara y las cosas buenas.

También encontré algunos artilugios: unas pesas de gimnasio, una maquinilla para quitarse los pelos de la nariz, una báscula de cocina, un altavoz, un puño americano, una navaja plegable…, pero ni rastro de ningún teléfono. También había cartas de póquer (tres barajas), varias carpetas llenas de papeles (no

las abrí), la ropa y las protecciones de taekwondo (incluido el cinturón negro) y un montón de botes con potingues de baño (colonias, cremas, espumas de afeitar, champús, hasta varios cepillos de dientes). Nunca me había dado cuenta de lo tristes que son las cosas de un muerto.

Con la cuarta caja llegó la sorpresa. No eran cosas de Ben. Eran mis cosas. Las que tenía en su casa mientras vivía allí y que abandoné cuando me detuvieron. Allí estaban mis pantalones, mis camisetas de *Dragonball*, mi bote de gomina (yo quería parecerme a Ben hasta en los pelos de punta), mi cazadora de piel (regalo de Ben), mis dos pulseras de cuero, mi gorra de *Star Wars* y mis zapatillas de deporte. Todo me venía pequeño, hasta las pulseras. Era como si hubiera abierto la mochila de un niño. Me quedé un rato mirando las prendas, sorprendido. No era consciente de haber crecido tanto.

Al fondo de la caja estaba lo mejor: mi carné de la biblioteca y el ejemplar de *El principito* que nunca pude devolver. Me encantó encontrar el carné (que estaba más que caducado y tenía récord de penalizaciones) y el libro. Fue como recuperar la única parte de mí que continuaba gustándome. Me entretuve un buen rato ojeando el libro. Fue una recomendación —la última— de Elena, la bibliotecaria. «Está lleno de ideas interesantes, dale una oportunidad», me dijo, porque yo pensaba que no iba a gustarme y lo encontraba una tontería para niños. Por supuesto, estaba equivocado. Ese libro me hizo pensar en muchas cosas. A veces pensar es un deporte de riesgo.

Antes de bajar, me probé unos pantalones de Ben. Unos vaqueros negros, nuevos, de marca. Me venían un poco anchos, pero eran más o menos de mi talla. Me probé también una de sus camisas vaqueras. Me miré al espejo. No me podía creer que me sentara bien su ropa. Así vestido parecía otra cosa. Alguien con más personalidad. Más seguro de sí mismo. También me parecía un poco a Ben (eso me gustaba). Las botas no pude aprovecharlas: eran dos números menores que el mío. Me llevé los cuatro pares de gafas de sol. Escondí el libro de Saint-Exupéry en uno de los bolsillos laterales.

Así, disfrazado de Ben, bajé de nuevo la escalera del bar. Mi tía dio un respingo al verme.

—Caray, ¿tú quién eres? —bromeó.

—¿Dónde está el resto de las cosas de Ben? —pregunté.

—¿Qué cosas?

—No sé, su bicicleta estática, su tele, su cadena de música, el sofá reclinable…

—Ah, todo eso se quedó en la casa. Donde vive tu prima.

«Menuda lotería le tocó a mi prima con la muerte de Ben», pensé, y debo reconocer que me daba envidia porque todas aquellas cosas en algún momento también habían sido mi casa.

—No había teléfonos —informé, e imaginé que los que no fueron usados en mi juicio como pruebas también se los habría quedado mi prima.

Mi tía se encogió de hombros.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó.

No quise decírselo. No lo hubiera entendido.

—Ven un momento —dijo, y me hizo un gesto para que pasara tras el mostrador.

Mi tía cruzó la cortina de tiras de plástico de la cocina, y yo la seguí. Una vez dentro, muy misteriosa, se sacó algo del bolsillo del delantal. Un billete de cincuenta euros.

—Toma —me dijo, poniendo el dinero en la palma de mi mano—. Que tu tío no se entere.

—¿Por qué? ¿Él no quiere…?

—Tú, hazme caso —me interrumpió.

—Muchas gracias, tía. Te prometo que te los devolveré.

—¡Sí! —rio ella—, ¡con intereses!

En ese instante entró el cocinero. Bajito, moreno, con gorra, esquinado, de pocas palabras, con cara de estar cabreado con el mundo.

—¿Te acuerdas de Hussam? —me preguntó mi tía.

Nos saludamos con un par de ruidos guturales. Ambos nos teníamos vistos desde hacía tiempo. Pensé que nunca le había oído la voz. Mi tía me lo aclaró, en un susurro, mientras él se cambiaba en el baño del fondo:

—Es sirio, apenas entiende nada de español —dijo mi tía—. Solo sabe decir «tortilla», «chistorra», «lomo con queso» y cosas así. Todo cosas de comida. Y eso que lleva aquí más de cinco años. Es increíble esta gente lo cerrada que es.

—Gracias otra vez, tía —le di un beso en la mejilla, como cuando era pequeño.

No se lo esperaba y pegó un respingo. En mi barrio la gente adulta se besa poco.

Trueque

En primer lugar fui a visitar a un viejo conocido. No sabía su nombre, solo que tenía una ferretería en la calle Cuenca. Era un tipo pequeñito, moreno, casi calvo, que siempre llevaba un mono de mecánico y un palillo asomando por la comisura de los labios. Era amigo de todos los chorizos del barrio (y de los barrios colindantes). Vendía móviles tirados de precio. Móviles robados, claro, pero eso más valía no pensarlo.

—La última vez que te vi no llegabas al mostrador, chaval —dijo, sin alegría—. ¿Ya te han soltado?

No contesté. Había estado allí muchas veces, de crío, con Ben. Le había visto negociar. Dicen que lo que has aprendido de pequeño va contigo para siempre.

—Tú dirás qué necesitas —dijo el hombre.

—Un teléfono.

—¿Algún modelo en particular?

—Uno que esté bien.

—¿Cuánto puedes gastarte?

—Poco.

Levantó las cejas, resopló. El palillo se movió entre sus fauces.

—Empezamos mal —mascculló.

Dejé sobre el mostrador los tres pares de gafas de sol de marca (me reservé unas para mí). Él soltó otro bufido; me miró ladeando la cabeza.

—¿Y qué quieres que haga con esto?

—Venderlas. Son gafas buenas y están nuevas. Mira, estas tienen la etiqueta y todo.

Las miró de mala gana, fingiendo que no tenía interés. Estrategias comerciales. Se lo había visto hacer otras veces.

—¿Dónde las has mangado? —preguntó.

No dije nada.

—Está bien —refunfuñó—, pero además me das treinta euros.

—Veinte —regateé.

—Treinta y te vendo una tarjeta.

—Veinticinco con tarjeta incluida.

Negó con la cabeza mientras decía:

—Ni hablar. ¿Y entonces qué saco yo? Tengo que ganarme la vida.

No sabía mucho de los negocios de aquel hombrecillo. Pero sí lo suficiente para saber que mi oferta era interesante. Él casi nunca perdía nada.

Recogí las gafas e hice como que me largaba. Como si realmente pensara o

pudiera hacerlo. Estrategias comerciales. Fingir desinterés siempre despierta interés.

—¡Eh, eh, eh, chaval! ¡Espera! —me detuvo.

Me di la vuelta como a cámara lenta.

—Está bien —dijo, a regañadientes—. Las gafas y veinticinco euros y te llevas móvil y tarjeta.

Dejé de nuevo las gafas sobre el mostrador.

—Aquí no —añadió—. Vamos dentro.

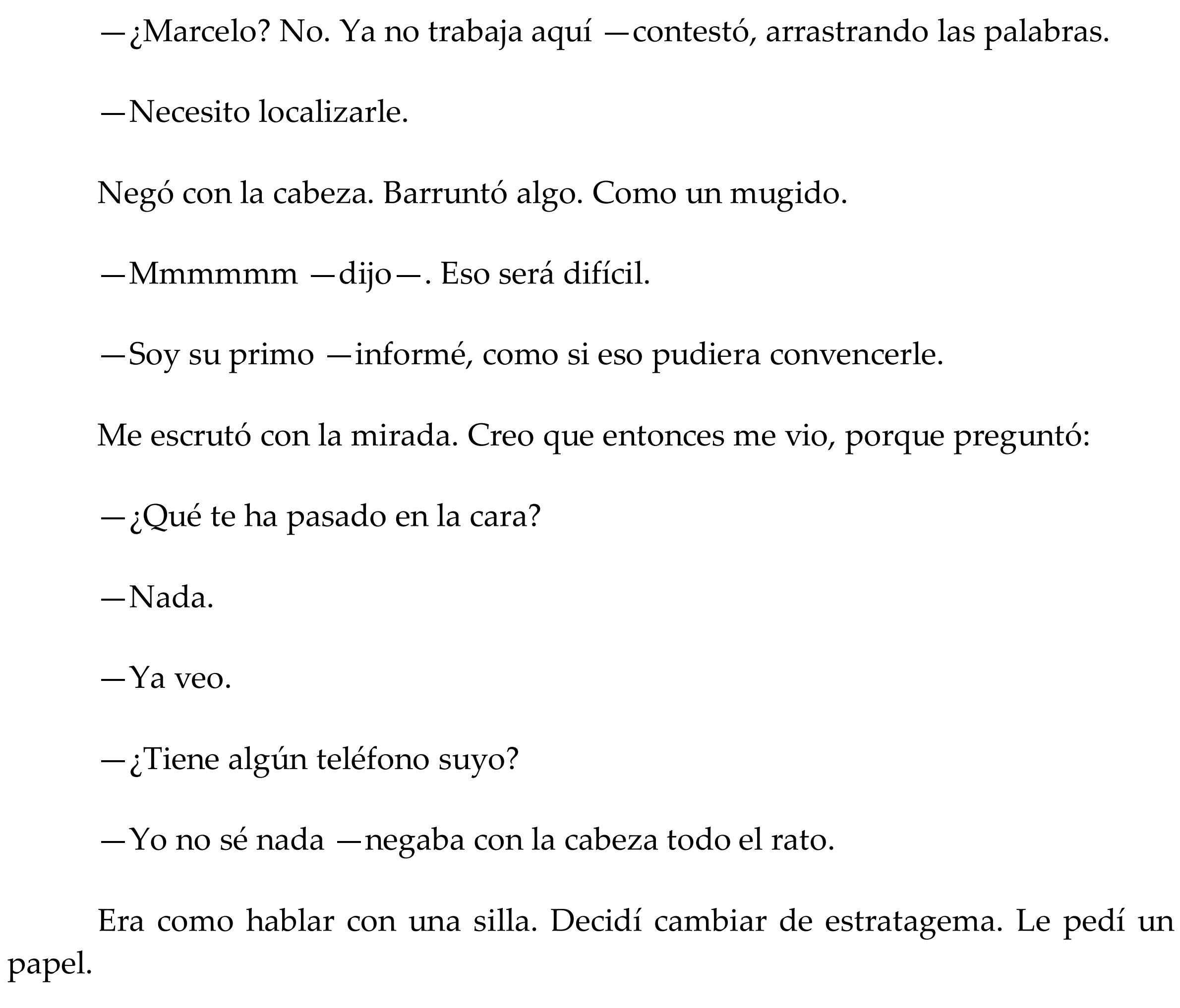
Atravesé la puerta que conducía al almacén, un lugar al que nunca antes había entrado. Yo siempre esperaba fuera, con Kevin, observando a los clientes que iban a comprar clavos y cinta aislante y preguntándome quién de ellos era un chorizo de móviles. Nunca logré saberlo.

La transacción fue rápida. La parte más ardua de un negocio siempre es llegar a un acuerdo. Cuando salí de allí, volvía a tener móvil. Esta vez era un móvil de verdad. Por lo menos de algo me servía haber regresado al barrio.

Yom Chi

Mi siguiente parada fue el gimnasio Yom Chi. «Judo, Aikido, Jiu-Jitsu, Karate, Taekwondo». Allí es donde Marcelo intentó hacer de mí un deportista (sin éxito) y donde tuvo alumnos tan distinguidos que terminan muertos a los dieciséis años bajo el puente del Maremágnum. También fue el lugar al que Xenia llegó convencida de que Marcelo y yo éramos la misma persona. El lugar donde me odió y donde dejó de creer en mí, aun sin conocerme. Otro lugar al que no me gustaba volver.

No esperaba que estuviera abierto. Empujé la puerta y pregunté por Marcelo al señor viejo que hacía sudokus detrás del mostrador de recepción. Era el mismo señor viejo de cuando yo era pequeño, aunque puede que ahora fuera más viejo



que antes.

—¿Marcelo? No. Ya no trabaja aquí —contestó, arrastrando las palabras.

—Necesito localizarle.

Negó con la cabeza. Barruntó algo. Como un mugido.

—Mmmmmm —dijo—. Eso será difícil.

—Soy su primo —informé, como si eso pudiera convencerle.

Me escrutó con la mirada. Creo que entonces me vio, porque preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada.

—Ya veo.

—¿Tiene algún teléfono suyo?

—Yo no sé nada —negaba con la cabeza todo el rato.

Era como hablar con una silla. Decidí cambiar de estratagema. Le pedí un papel.

—Si algún día habla con Marcelo, ¿podría darle mi número y decirle que le estoy buscando?

—Yo nunca hablo con…

—Solo por si acaso.

Se encogió de hombros. Le apunté en el papel mi teléfono y mi nombre. Si le hubiera pedido el favor a una silla, habría salido más convencido.

Biblioteca

La biblioteca no está en mi barrio. Normal: quienes la construyeron sabían que aquí no tendría mucho éxito. Aunque no queda lejos. Es un edificio moderno, de cristal y acero, con grandes puertas transparentes y rampas por todas partes. Por dentro, luz, libros, silencio. Me gusta todo de este lugar. En especial, el silencio. El silencio es una especie en peligro de extinción, y lo peor es que muy poca gente nos damos cuenta.

—Vengo a devolver un libro —dije a la chica de la mesa de la entrada.

Sentía un poco de vergüenza. Le entregué el ejemplar de *El principito*. Consultó algo en el ordenador.

—¿Lo tienes desde hace más de cuatro años? —preguntó, impresionada.

Creo que me ruboricé. Recordé una frase del libro: «Cuando uno enrojece significa *sí*», y no dije nada. Los lectores necesitamos menos palabras para entender las cosas.

Iba a disculparme cuando la chica preguntó:

—¿Tienes el carné?

Le entregué la pequeña cartulina plastificada.

—Está caducado —dijo, comprobando mis datos—. ¿Quieres que te lo renueve?

—Sí, claro —dije, mientras pensaba: «Por lo menos así cumpliré alguno de los puntos de mi lista».

Esperaba una regañina o algo por el estilo. Como en el colegio. En lugar de eso, ella preguntó:

—¿No te llevas ningún libro?

Me dejó tan descolocado que solo pude negar con la cabeza. No pensaba que pudiera. Cuando te penalizan, no puedes llevarte libros en mucho tiempo.

—¿Puedo? —pregunté.

—Te han quitado la penalización —me explicó ella, y sonrió—. Debes de caerle bien a alguien.

Seguro que había sido Elena, mi amiga bibliotecaria. Antes trabajaba allí, en aquel mismo mostrador. Luego la destinaron a las oficinas centrales del servicio de bibliotecas públicas o a algún sitio que sonaba igual de aburrido. Recordé el primer libro que me recomendó y que gracias a él conocí a Xenia. Pensé que tenía que escribirle un *mail*, llamarla o presentarme en su trabajo para agradecerle todo lo que había hecho por mí, que iba mucho más allá de las recomendaciones de lectura.

—Aquí tienes tu carné nuevo, espero que lo disfrutes —me lo guardé, sonreí y ya me iba cuando ella me retuvo—: Oye…, ¿puedo pedirte algo? Acabamos de crear la página de Facebook de la biblioteca. ¿Te importaría entrar y dejar en el muro la opinión sobre algún libro que hayas leído? Estamos empezando, nos vendría bien tu apoyo.

Peticiones como esa habrían hecho partirse de risa a mis compañeros de la cárcel.

—Claro —dije—. ¿Qué tengo que hacer?

Me apuntó la dirección en un papelito, señaló la sala de ordenadores, junto a la rampa que llevaba a la sala de lectura.

—Para conectarte a Internet, tienes que escribir tu número de carné. La contraseña es tu primer apellido.

Parecía fácil. En la nueva sala de ordenadores había un montón de usuarios y ningún lugar libre. Tuve que esperar unos cuantos minutos a que me tocara. Cuando por fin quedó uno, seguí las instrucciones de la nueva bibliotecaria. Lo primero, revisé mi correo electrónico. Por si acaso Xenia había conseguido burlar la

vigilancia de sus padres. No tenía ningún mensaje suyo, como imaginaba, pero me dio mucha tristeza comprobarlo. Los demás eran casi todos de publicidad. Excepto uno. Me lo mandaba el servicio de bibliotecas, y llevaba como asunto la palabra «Interesante». Lo abrí. Era un anuncio. Uno muy raro. Decía:

Se busca joven dispuesto a leer en voz alta

a domicilio, 2 horas cada tarde.

Se paga bien. Interesados llamar a…

Apunté el número de teléfono. Suponiendo que aquello fuera un trabajo, era el más extraño que había visto en mi vida. Aunque era también el primero para el que me sentía totalmente cualificado. Busqué en el mensaje alguna pista del remitente. ¿Quién podía conocerme tan bien como para saber que aquel trabajo estaba hecho para mí? Otra vez conocía la respuesta.

Pulsé «Responder» y escribí una sola palabra: «Gracias».

Luego tardé un buen rato en crearme un perfil de Facebook. Por una vez en mi vida, no mentí. Nombre: Ric. Edad: 18. No tenía ninguna foto mía, así que dejé eso pendiente. Un mensaje me anunció: «Has creado tu perfil. Ahora puedes empezar a publicar».

Entré en la página del servicio de bibliotecas. Tenía más de siete mil seguidores. Era un lugar genial, donde la peña escribía sus opiniones sobre los libros que les gustaban y los demás podían comentar. Escribí de un tirón:

La primera vez que hojeé El principito, la novela más famosa de Antoine de Saint-

Exupéry, me pareció un libro tonto para niños. No lo hubiera leído sin el consejo de una buena amiga (que además es bibliotecaria). Por suerte, me lo llevé y lo leí de un tirón (es cortito). Trata de un aviador que ha tenido que aterrizar en mitad de un desierto y allí conoce a un niño extraño que en realidad es un ser de otro planeta. Todo parece un poco raro, pero verdaderamente la historia no lo es en absoluto. Trata de lo que todos deseamos, aunque no se lo digamos a nadie: un lugar donde vivir (aunque sea pequeño), alguien a quien querer (por ejemplo, una rosa) y motivos para vivir (aunque sean un poco aburridos, como limpiar volcanes todas las mañanas). En resumen, trata de las cosas realmente importantes de la vida, que suelen ser invisibles. Es un libro que hace pensar y que te transforma por dentro. Y quien crea que lo que acabo de decir es cursi debería pensar en lo que desea en el fondo de su corazón.

Lo leí dos veces para asegurarme de no decir nada estúpido y pulsé la tecla «Publicar». Al instante mi comentario apareció en la página, al lado de mi nombre y de mi foto sin foto. Tres segundos después, ya tenía catorce «me gusta». Un momento más y apareció un comentario: «Gracias por tu opinión, Ric. Esperamos volver a verte pronto por aquí».

Lector

Nada más salir de la biblioteca, marqué el número de teléfono del anuncio raro y me ofrecí.

—¿Lees bien en voz alta? —me preguntó una voz masculina.

—Sí.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—¿Te consideras una persona paciente?

«Menuda pregunta más rara», pensé. Aunque estaba seguro de la respuesta:

—Sí.

Aquel dato pareció gustarle, pero tardó un poco en contestar (igual estaba tomando nota de mis respuestas):

—¿Te gusta leer?

—Mucho.

—¿Lo consideras una de tus aficiones favoritas?

—Sí.

De hecho, lo consideraba mi única afición.

—¿Cómo te llamas?

—Éric.

—¿A qué te dedicas, Éric?

—Estoy estudiando. El curso próximo empezaré segundo de bachillerato —dije, como si todo en mi vida fuera fácil.

—Perfecto —una pausa, tres segundos—. Nos gustaría conocerte. ¿Tendrías la amabilidad de desplazarte hasta nuestra casa para una prueba?

Aquel hombre hablaba como el personaje de una novela antigua.

—Claro —dije.

—Toma nota de la dirección, por favor.

La dirección que me dio estaba en el barrio de la Bonanova, en la zona alta de la ciudad. Alta no solo geográficamente.

—Perdone —me atreví a decir—, ¿podría decirme en qué consiste el trabajo?

—Ya entiendo que puede parecer un poco extraño —hizo un ruido gutural, ¿algo parecido a una risita?—. En realidad, se trata exactamente de lo que dice el anuncio. Tendrías que venir hasta aquí cada tarde y leer en voz alta durante dos horas. De lunes a domingo, con muy pocos días de descanso. Por supuesto,

cobrarías por ello.

Todo aquello no podía ser más raro. Me moría de la curiosidad.

—¿Y para qué tendría que leer en voz alta? —pregunté.

El hombre hizo una pausa y me sonó cansado cuando contestó:

—No se trata de para qué, sino para quién. Para alguien que lo necesita, claro. Y con quien esperamos que entables una buena amistad. No obstante, todo eso te lo explicaremos mejor cara a cara, Éric. Por supuesto, también concretaremos las condiciones económicas, a pesar de que estoy convencido de que en ese aspecto no será difícil llegar a un acuerdo. ¿Podríamos vernos esta tarde a las siete?

Fingí que necesitaba consultar mi agenda para comprobar si estaba libre.

—Ningún problema —dije.

—Bárbaro. Entonces, te esperamos esta tarde, Éric. Te ruego la máxima puntualidad.

Colgó sin esperar a que yo me despidiera. Y yo me quedé pensando en qué tipo de personas dicen «bárbaro» y «te ruego la máxima puntualidad». Desde luego, ninguna de las que había conocido hasta ahora.

Asesino

En el mundo hay dos tipos de personas: personas que mejoran tu vida y personas que la empeoran. En mi vida había muchas del segundo grupo y muy pocas del primero. En el primero, por cierto, también estaban mis escritores favoritos.

Pensaba en estas cosas mientras recorría el camino que separaba la biblioteca de la comisaría de la policía de mi barrio. Allí me conocían, claro, pero me daba igual. Todo el mundo tiene que renovarse el carné de identidad. Después tocaría volver a la oficina de empleo. Tenía que tachar las cosas más urgentes de mi lista.

Solo así conseguiría avanzar.

De pronto noté que alguien me seguía. Sus pasos sonaban a mi espalda como un eco de los míos. Al principio, solo fue un pensamiento inoportuno; luego, una sospecha. Me volví a mirar, pero no vi a nadie. Caminé más deprisa, crucé la calle: a varios metros de distancia vi que alguien hacía lo mismo. Me dio miedo.

Había dos personas en la parada del autobús. Eso me tranquilizó. Esperé a que llegara el vehículo sin dejar de mirar a todos lados. Pagué un billete sencillo y me devolvieron cambio de cinco euros. Ya no contaba cuánto dinero me quedaba. En el último momento apareció un tío corriendo. Su cara me sonaba de algo: redonda, barba de tres días, pelo rubio peinado hacia atrás. Llevaba una chupa de cuero y vaqueros.

Yo me había sentado en la última fila. Desde niño me ha gustado esa fila. Se sentó a mi lado sin decir palabra. Esperó a que el bus arrancara. De pronto su manaza me agarró la rodilla, clavó los dedos no sé cómo, y apretó. Sentí un dolor horrible. Pegó su boca a mi oreja y dijo en un susurro:

—Si no te vas pronto, te pasará lo mismo que a tu primo. ¿Te enteras?

Me reprimí las ganas de gritar de dolor. Nadie nos estaba mirando. A nadie le interesa lo que pasa en la última fila del bus. Estábamos llegando a una parada.

—Contéstame, asesino —dijo.

Asentí. No sé de dónde saqué valor para balbucear:

—Pero yo no soy un…

Apretó más. Grité de dolor. Él pareció darse por satisfecho y me soltó la rodilla. Volví a respirar. Se levantó, me dirigió una última mirada de odio, y dijo:

—Pronto. Aquí sobras.

Bajó del bus de un salto. Me quedé mirando cómo se alejaba. Él también me miraba a mí. Ya había recordado quien era. Era el hermano de Marta Villanueva.

Marta

Marta Villanueva era una pesada. Estaba colada por Ben y todo el mundo lo sabía. Le escribía unos poemas horrorosos, que colgaba en Facebook y que daban mucha vergüenza. Le enviaba mensajes de amor. Le llamaba, le dejaba mensajes desesperados en el contestador. A veces hasta le perseguía por la calle o se hacía la encontradiza para decirle lo mismo de siempre: que estaba loca por él, que quería ser su novia. Era patética.

A Ben no le gustaba Marta. Le agobiaba que se comportara de esa manera. Me había pedido muchas veces que hablara con ella, que le dejara las cosas claras. Marta iba a mi clase, aunque era mayor que yo, porque había repetido curso. Me buscaba siempre para preguntarme cosas de Ben. Algunos colgados de mi clase creían que estábamos liados. Vero, por ejemplo. Vero estaba colgada de mí, y no soportaba a Marta. Se había montado su propia película en la cabeza. Las personas nos montamos unas películas increíbles y luego nos amargamos la vida pasándolas una y otra vez. Y mira que yo le había dicho mil veces a Vero que no estaba liado con Marta ni lo estaría jamás. También le había dicho a Marta mil veces que dejara en paz a Ben, que no le cabreara, que Ben no sentía nada por ella y que, si seguía así, todo iría
a peor. No me hizo caso. Estaba convencida de que, si insistía, Ben acabaría por enamorarse de ella. Pobrecilla.

La tarde antes de morir, Marta colgó en Internet una foto suya desnuda y dijo que lo hacía por Ben. Todo el mundo la vio, todo el mundo imaginó cosas que no eran verdad, todo el mundo hablaba de eso. Ben no soportaba que la gente hablara de él, y mucho menos de sus cosas privadas, y menos aún si todo era mentira. Se cabreó de verdad. Cuando Ben se cabreaba, daba miedo.

Aquella noche Marta murió. La atropellaron en el descampado de los aviones. Varias veces. Es increíble, pero en realidad no murió de eso, sino de un fuerte golpe en la cabeza que se produjo un poco más tarde. El golpe de gracia. Lo hizo Ben, que aquella misma noche había estado jugando al póquer y había tenido mucha suerte. Estaba borracho o simplemente se había vuelto loco, yo qué sé. Entonces la enterraron, el gordo y él, en una fosa que cavamos entre los tres.

Unos días más tarde, cuando la poli encontró el cuerpo, Ben me pidió que dijera que había sido yo quien mató a la pobre chica. Ensayé mucho, para no equivocarme. Lo hice bien. Me condenaron por asesinato en primer grado. Después de que Ben murió, revisaron mi caso y resultó que soy inocente.

Pero de eso la gente de mi barrio no se ha enterado. Los familiares de Marta Villanueva tal vez no quieran enterarse.

Carné

Era una especie de milagro que aún conservara las fotos de carné. También, que en la comisaría de mi barrio alguien hubie-
ra anulado la cita en el último momento y hubiera un hueco a las doce y media. Me tocó esperar un rato, pero no me importó. Aproveché para poner a cargar mi teléfono nuevo y para pensar en mis cosas. En el hermano de Marta Villanueva, por ejemplo. Me habría gustado hablar con él, contarle la verdad.

Cuando me tocó el turno, me preguntaron dónde estaba mi anterior documento y dije que lo había perdido (mejor no hablar de robos con la policía). También me preguntaron qué me había pasado en la cara. Dije que me había caído de la cama y me miraron con cara de «tú te crees que somos imbéciles». Sin embargo, no formularon ninguna otra pregunta. Me tomaron las huellas dactilares y me hicieron firmar encima de una cartulina rara. Luego, me pidieron que esperara a que me llamaran para entregarme mi carné.

En lugar de llamarme, me hicieron pasar a un despacho. Uno de muebles oscuros y feos. Sentado tras la mesa había un poli viejo de uniforme. Debía de ser un sargento o algo así. Me pidió que me sentara. Tenía mi carné nuevo en la mano.

—¿Para qué has vuelto al barrio? —me preguntó, en un tono neutro.

—Para visitar a mi tía. Me iré pronto.

Me miró fijamente, pensando.

—Estamos al corriente de lo de la revisión de tu caso —dijo el sargento, jugando entre

los dedos con mi carné—, solo quería recomendarte que tengas cuidado. Aquí no le caes bien a la gente. Comenzando por los Medina. Creo que tu decisión de marcharte es la más acertada.

—Lo sé —dije y añadí—: Gracias por el consejo, de todos modos.

Me guardé mi carné nuevo y me largué de allí fingiendo que no pasaba nada.

Clan

Mi barrio solo sale en las noticias cuando se habla de droga. Traficantes, alijos incautados, camellos, topos, ajustes de cuentas, policías corruptos y capos superpoderosos. Esas son las cosas que la gente conoce de nosotros.

Mi barrio tiene sus propios jefes y hasta sus propias leyes. Los jefes son los Medina, un clan familiar que se dedica al tráfico de drogas y que aquí son superfamosos.

El capo es el abuelo, que se llama don Nicolás. Fue él quien comenzó con el negocio hace más de cuarenta años. Todos dicen de él que es un hombre tranquilo, a ratos amable, que nunca levanta la voz, pero a quien todos obedecen. Está en prisión desde hace unos cuantos años, condenado por tráfico de drogas y por asesinato. Sin embargo, desde allí sigue dirigiendo a toda la banda de la misma manera que cuando estaba en libertad. Don Nicolás lo controla todo, tiene amigos en todas partes, además de muchísimo dinero y muy pocos escrúpulos. Algunos aseguran que ha matado a mucha gente, en realidad a todos los que interferían en sus planes. Aquí todo el mundo dice que le respeta, pero mienten. En realidad, le temen.

El clan de los Medina lo forman tres de los hermanos de don Nicolás, dos cuñados, seis hijos y todo un rebaño de nietos y sobrinos. Deben de ser más de treinta personas, y están bien organizados. Una vez me contaron que antes en el barrio había otra familia de traficantes. Los dos capos eran muy amigos, además de rivales. Por eso llegaron a un acuerdo para repartirse el negocio. Hasta que don Nicolás decidió que todo iba a ser para él y comenzó a expulsar a los demás por la fuerza. Terminó en la cárcel, pero comenzó a ganar muchísimo dinero.

Desde entonces, cada vez que alguno de los miembros del clan Medina entra en alguna parte, todo el mundo calla para mirarle. Los temen, pero también los admiran.

Los Medina llevan una vida alucinante. Coches caros, chicas guapas, ropa de marca, fiestas por todo lo alto, todo tipo de caprichos. Dicen que una vez don Nicolás entró en una tienda de baños y compró treinta *jacuzzis*. Mandó enviar uno a cada miembro de la familia. Algunos tenían pisos pequeños y tuvieron que instalar el *jacuzzi* en el salón. También dicen que la familia principal tiene una mansión impresionante en la sierra de Collserola y que es allí donde celebran sus juergas nocturnas. Dicen que en esas fiestas siempre hay mucha droga, mucho alcohol, muchos políticos, muchas prostitutas y unas timbas de póquer donde se ganan y se pierden auténticas fortunas. Muy poca gente ha tenido el privilegio de ser invitado.

Algunos dicen que todo eso son leyendas. Otros callan porque así se lo ha pedido alguno de los miembros del clan. Todo el mundo acata las normas de los Medina. Todo el mundo los teme. Todo el mundo, menos Ben.

Ben no tenía miedo de nada ni de nadie. Podría haber trabajado para los Medina, porque una vez le ofrecieron ser uno de sus vendedores, pero no quiso. Les dijo que no y comenzó a vender por su cuenta; al principio en la calle, en la plaza al lado de la biblioteca, en un lugar algo apartado, para que los Medina no le descubrieran. Más tarde montó su propio negocio. No sé dónde compraba la droga, pero de vez en cuando se iba al aeropuerto y volvía con un paquete debajo del asiento. La preparaba en la cocina de su casa, con ayuda de la bola de grasa. Luego, la vendían en el bar, durante las timbas de póquer, o en la calle, pero solo a clientes conocidos. Pasado un tiempo, amplió sus puntos de distribución: se metió en la zona de discotecas, comenzó a construir una red de distribuidores. En el barrio se comentaba que la droga de Ben era más pura, menos peligrosa que la de sus competidores. Algunos clientes comenzaron a preferir a Ben. Era listo mi primo. Se lo montaba bien. Su único defecto fue infravalorar a sus enemigos.

Él sabía que se estaba metiendo en un terreno peligroso, pero solía decir que el negocio era lo bastante grande para todos, y quitaba importancia a las amenazas que comenzaban a llegarle.

Nicolás Medina debió de dar la orden desde la prisión. No sé quién se encargó de ejecutarla. Todos los Medina son altos y fuertes. Todos parecen capaces de cargarse a un tío a golpes. No hubo investigación ni culpables. Una de las

especialidades del capo de los Medina, todo el mundo lo sabe, es comprar a la policía. Decirles lo que tienen que averiguar y lo que mejor no. No debe de costarle mucho, porque dos de sus
nietos son policías nacionales. No hubo detenidos, nadie fue a la cárcel. El asesinato de Ben salió en las noticias medio minuto antes de que todo el mundo se olvidara de él.

Todo el mundo menos yo.

Trato

La comisaría está en una calle muy céntrica. Cuando salí de allí, pensando en mis cosas, recorrí la Plaza del Ayuntamiento y caminé en dirección a la estación. Las calles estaban muy concurridas y brillaba un sol muy alegre. Hacía calor. Quería coger el metro y volver a la oficina de empleo donde la mujer del pelo azul estaba esperando a que le llevara mi carné recién renovado. Con un poco de suerte, podría estar allí antes de que cerraran la oficina y ya sería oficialmente una persona que busca su primer trabajo (y también podría tachar otra de las cosas más importantes de mi lista).

No se me había ocurrido que alguien pudiera tener otros planes para mí.

No vi a los dos tíos con gafas de sol y camisetas negras que esperaban enfrente de la estación hasta que estuve demasiado cerca. A su lado aguardaba un Mercedes AMG blanco con el motor en marcha, conducido por otro tío con ropa negra y gafas de sol. Parecían los malos de una peli de acción, solo que nadie habría contratado jamás a unos actores tan feos. Cuando me di cuenta de que no me quitaban la vista de encima, ya era demasiado tarde. Intenté dar la vuelta y desandar mis pasos, pero se montaron en el coche, me adelantaron, se subieron a la acera en un derrape de lo más peliculero, abrieron la puerta trasera y una voz salió del vehículo para ordenarme:

—Sube.

Ya he contado por qué no es buena idea desobedecer las órdenes de los Medina. Me subí al coche, claro. Arrancamos enseguida.

—No hagas nada raro. Somos colegas, ¿entiendes? Socios —dijo el que se sentaba a mi lado, el más feo de los tres.

—Yo no soy socio de nadie —contesté, antes de mirar por la ventanilla solo por no mirarlos a ellos y sus caretos horrorosos.

Recorrimos las calles del barrio en silencio. Vistas así, a la luz del sol y desde el asiento de un coche de lujo, no parecía un lugar tan horrible. Estábamos al lado de la zona industrial. Atravesamos las vallas que la delimitan, pasamos frente a varias naves, hasta el final de la calle. Nos detuvimos delante de la puerta de un almacén sin rótulo, con pinta de abandonado. Uno de los feos mandó un mensaje desde su móvil y tres segundos después la puerta comenzó a subir. Entramos antes de que lo hiciera del todo y enseguida comenzó a cerrarse tras nosotros, como si nos hubiera engullido.

Por un segundo me pregunté si volvería a salir de allí vivo. A los tres les habría gustado saber que estaba asustado. Me esforcé en disimular por no darles esa satisfacción. Por eso y por Ben. No podía dejar de pensar en él, en que quizás esos caretos deformes era lo último que había visto antes de morir.

Salimos del coche y caminamos por la nave hasta una escalera metálica que estaba al fondo. La nave estaba vacía, y era bastante inhóspita. En lo alto de la escalera había una puerta. Los feos llamaron tres veces con los nudillos y una voz ronca dio su permiso para que abrieran. Entramos a un ambiente totalmente distinto: paredes pintadas, muebles, una gran mesa de despacho de algún estilo pasado de moda, cuadros que parecían buenos, y tras el escritorio, como un político o un importante hombre de negocios, un hombre con chaqueta, corbata y los mismos rasgos físicos de todos los Medina: grande, moreno y feo. Debía de tener unos cuarenta y muchos años.

—Has crecido, chavalín —me dijo, nada más verme, haciendo un gesto con la mano a mis acompañantes para que esperaran fuera—. Entra, entra, hombre, no te quedes ahí. Siéntate. ¿Me recuerdas?

No tenía ni idea de quién era. Es más, habría jurado que no le había visto en mi vida. Él se encargó de sacarme de mi error.

—Fui amigo de tu primo. Bueno, de Ben —se corrigió, sin duda porque sabía que Ben y yo no éramos familia—. Más que eso: fui algo así como su mentor, su

maestro. Le enseñé a jugar al póquer. ¿Nunca te lo dijo?

No creía ni media palabra. Aunque hubiera podido ser verdad. Igual lo era. Ben no era muy bueno escogiendo a sus amistades.

—No —dije.

—Ben y su soberbia. Creía que no necesitaba a nadie, que todo lo podía hacer solo —sonrió, como si fuera una buena persona—. En realidad, todos necesitamos a alguien alguna vez, ¿verdad, Ric? ¿Te importa que te llame Ric?

En realidad sí me importaba, pero no contesté. Por otra parte, si me llamaba Ric, tal vez no me estaba mintiendo. Pocos me conocían por el nombre que me puso Ben. Igual era verdad que había sido su amigo.

—Tengo entendido que eres muy listo —dijo, recostándose en el asiento y mirándome como un padre orgulloso habría mirado a su hijo— y que necesitas un trabajo. ¿Es así?

—Sí a las dos cosas —dije.

Sonrió. Le hacían gracia mis respuestas. Me pareció que era una buena señal. Que tal vez su intención no era matarme. O, por lo menos, aún no.

—Bien. Porque tengo un trabajo para ti.

—Yo solo sé montar bicicletas —contesté.

Se echó a reír como los malos de las películas. Como un endemoniado.

—¿Bicicletas? —dijo, sin dejar de reír—. Tienes gracia, chavalín. Aunque no es mala idea, como tapadera, lo de las bicicletas. Podemos pensarlo. No, no —se puso serio—. Lo que yo necesito es un representante.

Me molestaba muchísimo que me llamara «chavalín», pero, por supuesto, no tenía modo de impedírselo.

—¿Representante?

—Un vendedor.

—No me interesa —me apresuré a decir.

—Espera un momento. Escucha mi oferta. Tú tienes buenos contactos. Conoces a gente de la cárcel. Consumidores de confianza, ¿verdad? ¿Cuántos de tus compañeros de prisión están enganchados a algo?

—Algunos —reconocí.

—Estupendo. Puedes visitarlos cuando salgan, ¿verdad? Incluso mientras están dentro, para írtelos trabajando. Nadie sospechará de ti. Pero también quiero otra cosa. Quiero que vendas en las discotecas donde va la gente de tu edad. Gente joven. Necesitamos nueva clientela, abrir nuevos mercados. Cuanto más enganchados, mejor. Que aguanten bastantes años antes de morirse de sobredosis. Que podamos exprimirlos bien, y nos hagan ricos.

Todo aquello me daba náuseas. Él también.

—Yo paso —insistí.

—Oye, que aún no has escuchado mi oferta. Es buena de verdad. Iremos al cincuenta por ciento. ¿Qué me dices? ¡No le ofrezco esto a nadie! A los vendedores novatos como tú, como mucho les doy el veinte —hizo una pausa para mirarme, pero no vio ninguna reacción por mi parte y continuó—. ¿Ves qué fácil? ¡Ya tienes trabajo!

Abrió un cajón, sacó un paquete de bolsitas llenas de polvito blanco. Me pareció que eran iguales a la que apareció en mis pantalones después de la paliza.

—Aquí tienes un poco de material, para empezar. Hay cuarenta gramos. Mil euros para ti y otros mil para mí. No es mucho, pero por algo se empieza. Tengo la corazonada de que vas a ser un buen fichaje, chavalín.

Sentí que algo allí no encajaba. Pregunté:

—¿Por qué yo?

—¡Porque eres el primo de Ben! Y porque me caes bien. No puedo evitarlo.

—¿Te caigo bien? —era lo más raro que había oído.

—Sí. Igual tengo mis motivos. Quiero que seamos amigos, Ric.

—No me conoces de nada.

—¡Tonterías! Te conozco desde que eras un crío —hizo una pausa, como si de pronto su memoria le hubiera traído ciertos recuerdos a la cabeza—. Por cierto, tú debías de conocer a mi sobrino Ángel, ¿verdad?

Me acordé de la camiseta: «I'm your father», de la noticia en televisión, de los gritos en mitad de la calle.

—Claro —dije—. Íbamos al mismo gimnasio.

—Entonces sabrás que ha muerto.

—Lo vi en las noticias —no quería meter la pata.

—Estamos desolados. Era tan joven, tenía un futuro tan prometedor. La verdad es que no entendemos qué ha podido pasar. Mi padre siempre ha protegido a los jóvenes de la familia. Y Ángel era un chico tan deportista, tan sano, tan noble… Su abuelo está destrozado —añadió, y su tristeza y su extrañeza parecían sinceras.

Al instante, recuperó su expresión anterior e insistió:

—Así que no me digas que no sabes de qué va el negocio. De niño eras la sombra de Ben. Te estamos esperando desde que entraste en la cárcel, chavalín. Vas a ser muy bueno.

—Yo no soy como Ben —contesté.

—Sí, lo sabemos —sonrió—, y por eso te estamos ofreciendo trabajo. Si fueras un traidor como tu primo, no te habría hecho venir. Pero yo creo que tienes madera. En parte, ese también es mi trabajo, ¿sabes? Como el de los ojeadores que van por ahí fichando futuros *cracks* del fútbol. Tú serás nuestro mejor fichaje, chavalín, estoy seguro.

El corazón me latía a mil por hora. La rabia de tener que permitir que aquel asesino insultara a Ben. La impotencia de no poder negarme a lo que me estaba

ofreciendo y encima tener que ser amable con él.

—De verdad que te lo agradezco mucho —dije, apartando la bolsa con la droga y utilizando un tono amable—. Pero yo veo las cosas de otra manera.

Dio un puñetazo a la mesa. Se estaba cabreando. No debía de estar muy acostumbrado a que le dijeran que no.

—¡No me jodas, tú! —comenzaba a perder la paciencia—. En este barrio nadie ve las cosas de otra manera. Además, por si no lo has entendido —se puso mucho más serio, me miró a los ojos y sentí que un escalofrío recorría mi columna vertebral—, esta oferta es de las que no pueden rechazarse.

Hasta una rana lo habría entendido: no tenía elección. Mi silencio le hizo sonreír.

—¡Perfecto! —exclamó—. Me alegro de que te unas a nosotros. Ben estaría orgulloso de ti. Antes de traicionarnos era el mejor, ¿sabes? Habría llegado muy arriba si no hubiera sido tan imbécil. Tú lo harás por él.

«Lo dudo», pensé, mientras el corazón me latía de rabia y de odio.

—¿Quién lo mató? —pregunté de pronto.

La pregunta nos sorprendió a los dos (también a mí, que no pensaba ser capaz de formularla). Él se quedó quieto, como congelado, observándome. Yo sentía que el corazón me latía ahora en la garganta. Estaba aterrorizado.

—¿Por qué te interesa saberlo?

—Yo le quería.

—Entonces no te preguntes quién lo mató, sino por qué —dijo él, con mucha calma—. Quién le delató. Quién le engañó fingiendo que era su mejor amigo cuando, en realidad, ya trabajaba para mí. Si lo piensas un momento, todos los caminos te conducirán a la misma rata obesa.

Acababa de confirmarme lo que yo sospechaba desde hacía mucho tiempo.

Que mi odio hacia Kevin estaba más que justificado.

Horacio Medina prosiguió, con un tono paternal insufrible:

—Te voy a dar un consejo, chavalín. De los que no le doy a casi nadie. Nunca formules preguntas cuya respuesta solo va a complicarte la vida.

Empujó la bolsa con la droga hacia mí. Se me cayó en el regazo.

—Lárgate —ordenó—. Ven a verme dentro de una semana y cuéntame cómo van tus negocios.

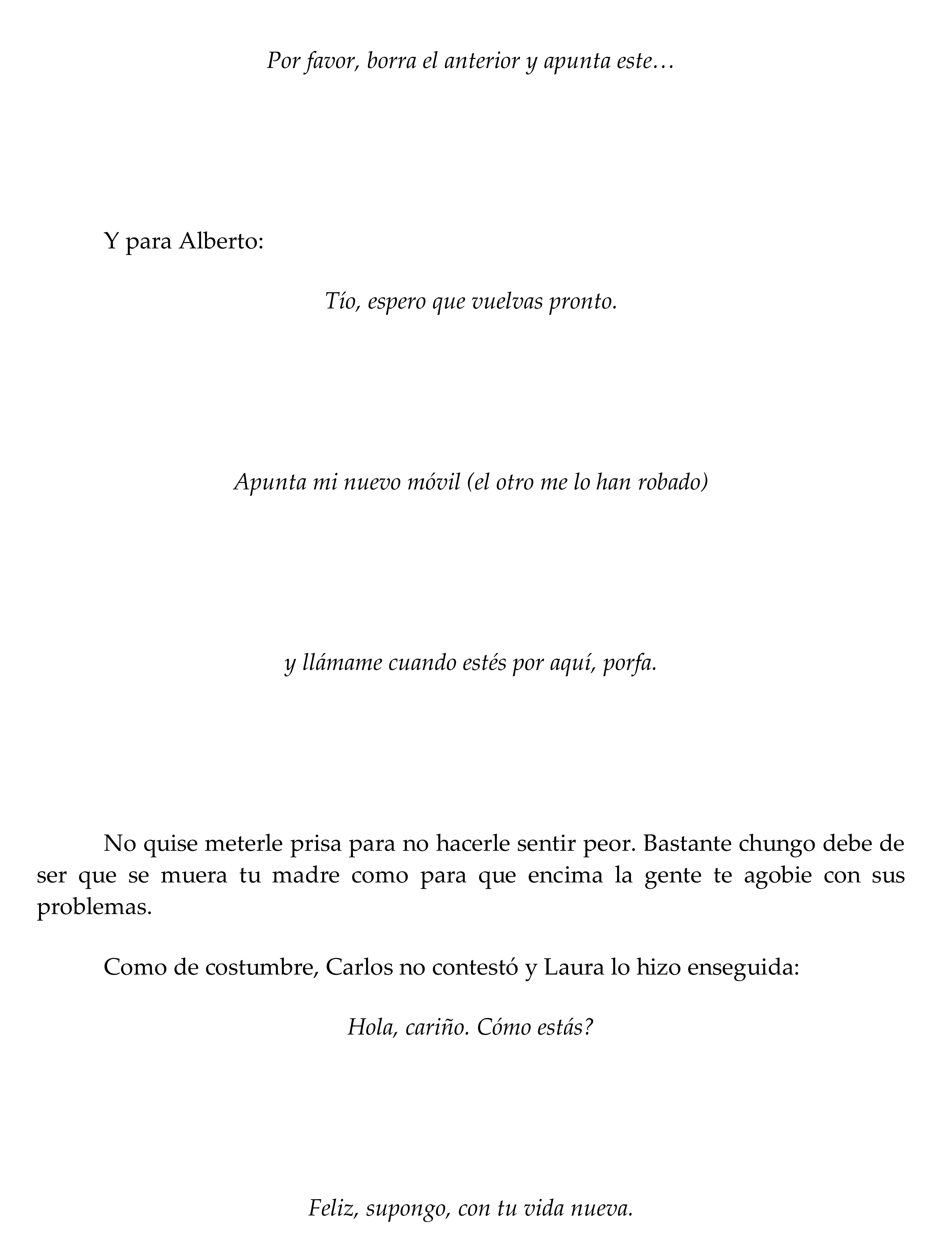
Miré la bolsa con la droga. Pensé en Xenia. En Ben. En mí. En los mil euros. Me la guardé en la mochila.

Twitter

Cuando salí de la nave industrial, eran casi las cuatro. Tardé más de una hora en llegar a casa de mi tía y me encerré en mi cuarto. Necesitaba enchufar el móvil y esconder la droga en algún sitio seguro. Elegí un osito de peluche de mi prima. Era de color rosa, como todo allí, con las palabras «Pink» y «Sweety» escritas en las plantas de los pies. Le rajé la costura de la espalda, metí el paquete con los cuarenta gramos de cocaína entre la gomaespuma del interior y lo cosí de nuevo, con cuidado de que no se notara. Me costó mucho y quedó fatal. Lo dejé en su sitio, con los otros peluches. Parecía un buen escondrijo mientras esperaba a hablar con Alberto y le preguntaba qué debía hacer. Seguro que él me daría la mejor solución.

Me tumbé en la cama y me concentré en mi móvil nuevo. Era mi primer teléfono como Dios manda (quiero decir, con Internet, Whatsapp, Facebook y todas esas cosas), así que me pasé un buen rato aprendiendo cómo funcionaba y configurando las diferentes aplicaciones. También envié mensajes a los mismos de siempre. Para Carlos y Laura:

Soy Éric otra vez. Tengo otro número de móvil.



Por favor, borra el anterior y apunta este…

Y para Alberto:

Tío, espero que vuelvas pronto.

Apunta mi nuevo móvil (el otro me lo han robado)

y llámame cuando estés por aquí, porfa.

No quise meterle prisa para no hacerle sentir peor. Bastante chungo debe de ser que se muera tu madre como para que encima la gente te agobie con sus problemas.

Como de costumbre, Carlos no contestó y Laura lo hizo enseguida:

Hola, cariño. Cómo estás?

Feliz, supongo, con tu vida nueva.

Disfrútala a tope!

Seguro que te irá muy bien! Un beso.

Estuve pensando un rato en qué contestarle. ¿Y si le contaba la verdad? ¿O era mejor una mentira tranquilizadora? ¿Para qué me serviría la verdad? ¿Sirve alguna vez de algo? ¿Cuántos de nosotros decimos siempre la verdad? ¿Hay alguien que no mienta nunca, bajo ninguna circunstancia? ¿Qué efectos iba a provocar la verdad en Laura? ¿Qué efectos provoca en cada uno de nosotros?

Decidí enviarle un emoticono, la mejor manera de decir algo sin que el otro sepa qué le estás diciendo: elegí la carita sonriente.

Ella me contestó enseguida: la mano cerrada con el pulgar en alto.

También entré en la página de Facebook de la biblioteca. Nadie había escrito ningún comentario debajo de mi entrada sobre *El principito*. Tampoco tenía mensajes. Normal: a quienes no existimos nadie tiene nada que decirnos.

Me abrí un perfil en Twitter. Decidí no utilizar mi nombre. Me llamé AviadorEnElDesierto, en honor al libro de Saint-Exupéry. Elegí la foto de un avión caza bimotor P-38 Lightning, parecido al que pilotaba el escritor cuando desapareció misteriosamente a finales de la Segunda Guerra Mundial. Como presentación, mi cita favorita del libro: «Lo esencial es invisible a los ojos».

Estuve un rato buscando personas y cosas y pulsando la opción «Seguir». Busqué todo lo que se me ocurrió: mi viejo instituto, grupos musicales, asociaciones ecologistas, la policía nacional, la biblioteca de siempre… Luego comencé a buscar conocidos. Kevin no tenía perfil. Tampoco Xenia (sus padres no

la dejaban). En cambio, encontré el de Alberto, y le seguí. Después busqué a Ángel Medina Angulo y le encontré. Su última actividad era el retuit de un chiste malísimo de esos que circulan por las redes. Lo había hecho dos noches atrás, justo un poco antes de que yo le viera gritando en la calle del Profeta. Me pasé un buen rato curioseando en sus fotos y sus mensajes. Si antes pensaba que era un imbécil, después de leer toda la basura que había colgado en Twitter, pensaba que era un imbécil al cuadrado. Allí había de todo: chistes de mal gusto, fotos de mujeres desnudas, insultos a cualquiera que no pensara como él, *selfies* frente al espejo enseñando pectorales…, todo aliñado con unas faltas de ortografía que daban una vergüenza horrible.

Me había hartado ya de tanto perder el tiempo con aquel idiota cuando una foto llamó mi atención. Había sido tomada una semana antes en una fiesta o algo parecido. El texto decía: «Mirar k vien me lo monto xampan piza y tias guenas». A un lado de la imagen, varias copas vacías. En el suelo aparecía la esquina de una caja de pizza familiar. En primer plano a la derecha había una barriga como una montaña, que solo podía ser del seboso de Kevin.
Un poco más allá, dos piernas peludas rematadas por dos pies huesudos y feos (adiviné que eran los de Ángel). Más allá, centrando la imagen, se veían tres chicas. Las tres rubias, las tres guapas, las tres desnudas. Solo una sonreía y posaba, complacida de que la estuvieran fotografiando. Las otras dos parecían molestas. Una tenía el ceño y los labios fruncidos en una expresión de enfado, como si estuviera regañando al fotógrafo. La tercera se tapaba los pechos con las manos, y no parecía estar pasándolo nada bien. Estaba como fuera de lugar. En realidad, era una foto horrible. Una foto tomada por una persona horrible.

Antes de darme cuenta de todos los detalles que acabo de describir, había reparado en algo mucho más importante. Lo más importante, de hecho. Yo conocía a una de las chicas. La que se tapaba los pechos. La que parecía fuera de lugar. Era Merche, mi amiga de la cárcel, la que me regaló el MP3 para que no me sintiera tan solo, la que tantas veces me había confesado lo mucho que temía el destino que le esperaba una vez que estuviera en libertad. Merche era preciosa, además de lista y buena persona, pero no tenía a nadie fuera. Nadie que cuidara de ella.

«¿A qué crees que acabaré dedicándome, corazón? Los tíos me miran y solo piensan en una cosa, es como si lo llevara escrito en la cara».

Ahora me daba cuenta de que el destino no había sorprendido a Merche en absoluto. Y me dieron ganas de llorar solo de imaginar a Kevin y a Merche juntos.

Desierto

El 30 de diciembre de 1935 el aviador Antoine de Saint-Exupéry sufrió un accidente en el desierto del Sáhara. Después del aterrizaje forzoso, descubrió que no tenía ni idea de dónde se encontraba (tal vez a mil millas de toda región habitada). También se dio cuenta de que apenas tenía comida. Solo algunas uvas, dos naranjas y un poco de vino. En unas pocas horas, comenzó a sufrir una severa deshidratación causada por el calor del desierto, que le produjo alucinaciones visuales y auditivas. Tal vez en una de esas alucinaciones se le apareció un pequeño príncipe vestido de manera rara, como si acabara de llegar de otro planeta, y le dijo:

—Por favor, dibújame un cordero.

Tal vez Antoine le dibujó un cordero para tener algo que hacer en lugar de morir. Y más tarde dibujó también al príncipe en su planeta, lleno de volcanes pequeños que había que deshollinar todas las mañanas y en el que había crecido una rosa que él sentía como un tesoro y por eso quería protegerla de las corrientes de aire, para que no se resfriara. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que en realidad la rosa es la chica de la que estaba enamorado. Algo así como una metáfora. En el mundo hay un montón de corrientes de aire de las que proteger a los seres que amas. Tres días más tarde, el aviador escritor fue rescatado por una tribu de nómadas del desierto. Estaba al borde de la muerte.

Unos años después de sobrevivir a todas estas calamidades escribió y publicó su libro más famoso, que trata de un aviador que se estrella con su avión en mitad de un desierto, a mil millas de toda región habitada, y se encuentra con un niño vestido de príncipe que le dice:

—Por favor, dibújame un cordero.

Hay gente que cree que *El principito* es un libro para niños, pero es porque no saben nada de su autor ni de la historia que le llevó a escribirlo. No saben que, si te pierdes en un desierto y no mueres, lo que debes hacer es contarlo.

Es el desierto lo que te hace escritor. Es decir, la vida.

Padre

Pensaba que mi padre no ponía nunca los pies en el bar de mi tía Carmen. Antes nunca lo hacía. Mi tío Anselmo y él pasaron años peleados y sin hablarse por un asunto de dinero que tampoco tenía tanta importancia. Por eso estaba convencido de que en casa de mi tía estaba a salvo. No sabía que, en cuanto los adultos empiezan a envejecer, sienten la necesidad de hacer las paces con todo el mundo, y que entonces se reconcilian igual que se pelearon: sin sentido y a toda velocidad. Aunque yo no sospechaba nada de todo esto cuando mi tía gritó, desde la escalera:

—¡Éric, baja un momento!

No esperaba encontrar a mi padre delante de la barra, mirándome con los ojos húmedos, como si de pronto quisiera hacer creer a los demás que le importaba su hijo. Él y yo sabíamos que no era verdad.

Me detuve frente a él, mirándole. No quería recordar, pero recordaba: sus ausencias, sus gritos, sus borracheras, su falta de interés por mí. Siempre pensé que mi padre me odiaba porque mi madre se deprimió cuando yo nací. Siempre pensé que mi padre no es mi padre y que él lo sabía.

—¿No piensas darle un abrazo a tu padre? —dijo mi tía Carmen.

No hice nada. Mi padre, tampoco.

—¿Qué tienes en la cara? —preguntó él.

—Nada —dije yo.

—¿Desde cuándo estás libre? —dijo él.

—Desde hace unos días —yo.

—¿Quieres venir a casa?

—No.

Por suerte, no insistió. Ni acusó el golpe. Como si no hubiera oído nada.

—Si buscas trabajo, en mi empresa necesitan cargadores de camiones.

—Muchas gracias, pero no me interesa.

Mi tía y mi padre arquearon las cejas al mismo tiempo, como si acabaran de escuchar algo inaudito.

Mi tía nos miraba como quien ve un partido de tenis: girando la cabeza hacia un lado y hacia otro. Hasta que dejó de mover la cabeza porque nos quedamos en silencio. Como de costumbre, mi padre y yo no teníamos nada que decirnos. Es difícil entablar conversación con alguien que no te conoce lo más mínimo.

—Si quieres, puedo hablar con el encargado —insistió—. Con mi recomendación, seguro que te hacía un contrato en prácticas.

—He dicho que no me interesa —endurecí el tono de voz.

Si hiciera una lista de las cosas que ni loco quiero hacer, la primera sería «Trabajar con mi padre».

—Yo solo quiero que te vaya bien —dijo él.

«Menuda novedad», pensé yo. Como no dije nada, se puso nervioso. Creo que mi tía, también.

—Gracias por todo, Carmen —dijo él, al fin—. Ya volveré en otro momento.

Se acercó un poco a mí y me dio un abrazo. No supe cómo corresponder. No me había abrazado nunca antes. Imaginé que quería parecer un buen padre delante de mi tía. Me dio rabia. No moví ni un músculo. Él me dejó en paz y se marchó. Sentí un gran alivio cuando le vi cruzar el umbral en dirección a la calle.

Entonces me di cuenta de que mi tía Carmen me miraba con expresión furiosa.

—Te parecerá bonito tratar así a tu padre.

Pasé de darle explicaciones. Pasé, por ejemplo, de contarle cómo me había tratado mi pa-
dre cuando yo era un niño. Pasé de hablarle del hambre, de la soledad, del abandono. Los adultos siempre se ponen del lado de los adultos. Creen que las cosas son como ellos piensan y no se molestan en averiguar la verdad.

—¿En qué estás pensando? ¿Por qué no le has dicho que te interesa el trabajo? ¡Necesitas trabajar en algo decente o terminarás metiéndote en líos, como Ben!

Yo estaba muy cansado de que todo el mundo me dijera lo mismo. Iba a decirle a mi tía que yo no era como Ben cuando ella añadió:

—Yo no pienso prestarte ni un euro más, que lo sepas.

—¡Ni yo te lo he pedido! —le grité.

Nunca antes le había gritado a mi tía. Creo que los dos nos quedamos sorprendidos. También Hussam, que nos espiaba desde la cocina, en su silencio habitual.

Salí del bar dando un portazo. Eran las cinco y media.

Llamadas

Caminé hasta el metro. Quedaba mucho tiempo para mi extraña cita de trabajo, pero no soportaba la idea de volver a la habitación rosa.

Después de un viaje de tres cuartos de hora y tres transbordos, aparecí en la Plaza John Fitzgerald Kennedy. A pesar de que me costó un poco situarme, porque la Bonanova no es precisamente un barrio que haya frecuentado mucho en mi vida, al fin lo conseguí. Localicé el número que llevaba apuntado. Correspondía a un bloque de pisos muy elegante, con grandes ventanales a la calle y balcones adornados con columnas. Aún faltaba media hora para las siete, así que decidí sentarme en un banco y esperar.

Con todo lo que había pasado, me sentía atrapado en una telaraña de la que

no se puede escapar. Los Medina tenían razón: algo había aprendido al lado de Ben. Había aprendido, por ejemplo, que tener una bolsa con droga escondida en un osito de peluche encima de tu cama es peligroso (o de imbéciles). También, que si te mezclas con gente asquerosa, terminas cubierto de mierda. O que lo mejor que puedes hacer en un lugar horrible es marcharte. Me hubiera gustado que Ben estuviera allí para contarle lo que me estaba ocurriendo y pedirle consejo.

Decidí aprovechar el tiempo llamando a Al-
berto. Me había prometido a mí mismo no hacerlo, pero mi situación comenzaba a ser deses-
perada. Saltó el contestador. Colgué sin dejar ningún mensaje.

Marqué el número de Carlos. Se agotaron las llamadas sin que respondiera nadie. Insistí, con el mismo resultado. Nada. Ni siquiera había contestador. Típico del *dire*.

Solo me faltaba Laura. «El móvil al que llamas está apagado o fuera de cobertura. Deja tu mensaje y lo convertiremos en un texto y lo enviar…». Colgué.

Ahí tenía mi propio desierto. Estaba a muchas millas del lugar habitado más próximo. Creo que fue la desesperación, o la soledad, o una mezcla suicida de las dos cosas, lo que me hizo marcar el número de Xenia, aunque sabía que no iba a poder hablar con ella. Ni con ella, ni con nadie. Cuando comenzaron a sonar las llamadas, imaginé a su madre mirando la pantalla y pensando: «Seguro que es otra vez este pobre chico. No se da cuenta de que no tiene nada que hacer». Como esperaba, saltó el contestador: «Graba tu mensaje después de la señal».

Sonó la señal y grabé un mensaje. Solo que no dije nada. Grabé un largo silencio de más de dos minutos. En él iba toda mi tristeza, toda mi soledad, toda mi rabia.

Colgué, me guardé el teléfono en el bolsillo y caminé despacio hasta el elegante piso donde me estaban esperando.

Hugo

Nada más entrar, un hombre con bata azul me preguntó a qué piso iba,

aprobó mi respuesta y me abrió la puerta del ascensor. Era el portero, y le miré mucho rato porque nunca había conocido a ninguno, ni tampoco a nadie que me tratara con tanta amabilidad. Hasta daba un poco de risa verle correr para llegar al aparato antes que yo.

El ascensor era de esos antiguos, con muchas puertas y un banco de madera dentro. Me senté. Era como estar en un parque de atracciones. Una vez arriba, me abrió la puerta un hombre con chaqueta y corbata.

—¿Es usted Éric? —me preguntó.

Dije que sí, aunque casi no me salía la voz.

—Espere aquí un momento.

El piso era inmenso. Solo el recibidor era como dos veces más grande que el salón de casa de mi tía. Había un gran espejo dorado, una alfombra muy mullida y un mueble con pinta de costar una pasta. Parecía un museo. Daba un poco de cosa pisar la alfombra.

—Hola, Éric, adelante. Te estábamos esperando. Gracias por ser tan puntual —dijo una voz, antes de que apareciera un hombre de unos cincuenta años, pelo gris y aspecto de tener mucho dinero.

Me estrechó la mano y me pidió que pasara. Atravesamos un salón con más espejos y algunos sofás, y nos detuvimos ante una puerta.

—Mi mujer tiene muchas esperanzas puestas en ti. ¿Sabes que eres el primer chico que contesta al anuncio? Lo pusimos hace más de un mes. Han llamado algunas chicas, pero eres el primer muchacho. Nosotros buscamos un muchacho; creemos que es mejor. Por favor, no defraudes sus expectativas.

Me asusté. ¿Cómo tenía que comportarme para no defraudar las expectativas de la mujer del señor amable? No tenía ni idea. Me puse nervioso. Abrió la puerta, pasamos. Me quedé embelesado nada más entrar. Todas las paredes estaban cubiertas de libros. Libros desde el suelo hasta el techo, por todas partes. Un reloj de pared en un rincón marcaba el tiempo con su tictac. En el centro había un sofá, y sobre el sofá, una mujer que me observaba sonriendo. Yo no podía dejar de mirar hacia las estanterías.

—Es alucinante —dije.

—Siéntate, por favor —dijo el hombre—. Ella es Adela, mi esposa. Y yo soy Jaime. Nos gustaría escucharte leer. Si no te importa.

Tenía una amabilidad de película. Los dos miraban la herida de mi cara, pero ninguno preguntó nada. La mujer me entregó un libro que tenía preparado. «*Cuentos*, Edgar Allan Poe», leí en la cubierta. Era una edición lujosa, ilustrada, de tapa dura. Se sentaron uno junto al otro en el sofá. Ella con las manos en el regazo. Él con las piernas cruzadas. Yo me senté frente a ellos, en el otro lado. El corazón me latía de nervios.

—Por la página marcada, por favor —dijo Jaime, señalando el libro.

Había una cinta de lectura dorada entre las páginas. Abrí el volumen por la página señalada. En el encabezamiento de la página se leía: «El gato negro». Me aclaré la garganta y traté de templar mis nervios. Comencé a leer:

—No espero ni pido que nadie crea en el extraño aunque simple relato que me dispongo a escribir. Loco estaría si lo esperara, cuando mis sentidos rechazan su propia existencia. Pero no estoy loco, y sé muy bien que esto no es un sueño. Mañana voy a morir y quisiera…

El relato hablaba de un hombre, un gato y algo así como una casa embrujada. Era muy cruel y enganchaba mucho. Cuando por fin había conseguido olvidarme de la prueba y estaba más intrigado en el destino del felino, Adela levantó una mano para interrumpirme:

—Suficiente —dijo.

Me dio rabia quedarme sin saber el final. Creo que ambos me lo notaron.

—Por mí, perfecto —dijo Jaime, mirando a su mujer.

Ella asintió, dándole la razón. Al parecer, había superado la prueba.

—Nos falta concretar las condiciones económicas —dijo él—. ¿Te parecería apropiado cobrar quince euros por hora?

Hice cálculos mentales. Me emocioné. Me parecía estupendo. Más que estupendo. Lo encontraba alucinante.

—Claro que sí —dije, tratando que no se notara mi euforia.

—Perfecto. Entonces, solo queda que conozcas a nuestro hijo, Hugo —Adela pulsó un timbre que quedaba oculto en el brazo del sillón—. Estoy segura de que vais a llevaros muy bien. Él también es un lector empedernido. Siempre le ha costado encontrar gente con sus mismos gustos.

Al instante, se abrió la puerta de la biblioteca y apareció el señor de la americana y la corbata (que en realidad era el mayordomo, según supe después) arrastrando una silla de ruedas con un chaval más o menos de mi edad, muy delgado (aún más que yo), bastante alto y de rostro inexpresivo. Nada más verle, comprendí a qué se debía todo aquello: Hugo era ciego.

—Hugo, te presentamos a Éric. Va a ser tu lector.

—Hola, tío, cómo estás —saludé, tratando de ser natural en una situación tan extra-
ña.

—¿Ya le habéis hablado de pasta? Igual
se larga, como el anterior.

Adela y Jaime se incomodaron. Nadie me había hablado de un lector anterior.

—Me han hablado de pasta —tercié.

—Ah —se sorprendió Hugo, con una son-
risa cínica—. Entonces ya sabes que mis padres son unos tacaños.

—No me lo han parecido, pero estaré aten-
to —dije, y creo que intentaba ser simpático, o gracioso, para caerle bien.

—Mejor hablemos de libros —dijo—. ¿Cuáles son tus autores favoritos?

Se me disparó el corazón.

—He leído cosas horribles —dije, pensando en la biblioteca de la cárcel.

—Claro, como todos —respondió Hugo.

—Y me gustaría haber leído más.

—Nada nuevo —dijo él.

—Pero creo que mis autores favoritos, por ahora, son J. D. Salinger y Antoine de Saint-Exupéry.

—Pues menuda mierda de gustos tienes —saltó.

—Es porque en mi casa no teníamos biblioteca —dije—. Si me aburría, solo podía leer las instrucciones del microondas.

Adela y Jaime intercambiaron una mirada cómplice y se levantaron del sofá al mismo tiempo. Entendí que hacían lo mismo con cada chico que entrevistaban.

—Os dejamos un rato para que habléis de vuestras cosas —dijo Jaime, saliendo, antes de cerrar la puerta.

Me quedé a solas con aquel amargado ciego.

—¿Cuántos años tienes? —me atreví a preguntar.

—Los mismos que tú. Por eso estás aquí. Mis padres creen que necesito un amigo.

—¿Has tenido un accidente? —pregunté.

—Qué va —estiró ambas piernas, que movía a la perfección—. Pero mis padres prefieren llevarme por la casa en un cochecito, como si fuera un bebé.

—¿Y qué te pasa en los ojos?

—¿Por qué no me haces preguntas sobre tu puta madre, capullo? ¿Te da morbo saber qué me ha pasado o qué?

—La verdad es que un poco, sí —reconocí—. ¿A ti no te da morbo saber qué les pasa a los demás, en especial cuando están jodidos?

Lo pensó un poco y dijo:

—Sí, la verdad.

—No me contestes, si no quieres. A lo de tus ojos.

—No pensaba hacerlo. En realidad, no es de tu incumbencia.

—Tienes razón. Pero podríamos intercambiar información morbosa. Una frase tú, una yo. A ver quién se escandaliza más. Te apuesto a que te gano.

—¿Qué pasa? ¿Te crees muy interesante o qué?

—Igual te sorprendo.

—Mira, tío, yo paso de todo esto —dijo, enfadado—. No quiero que un borde empollón como tú venga a compadecerme. ¿De dónde has salido? ¿Eres sobrino de algún amigo de mis padres? ¿Quieres ganar dinero para comprarte unos esquís? No entiendo qué haces aquí, perdiendo el tiempo. Yo no necesito a nadie.

Es raro, pero aquel imbécil desagradable, presumido y ricachón me cayó bien. Por ninguna de estas cosas, por cierto.

—Pero igual yo sí.

—¿Qué?

—Que igual yo sí necesito a alguien.

Se quedó en silencio, con la mirada inexpresiva perdida en algún punto de la pared.

—¿Qué quieres decir?

—¿Has leído *El principito*? —le pregunté.

—Hace años.

—¿Te acuerdas del principio? ¿Cuando el protagonista dibuja un elefante dentro de una boa y todo el mundo se empeña en ver un vulgar sombrero?

—Claro. Ese pasaje es famosísimo.

—Pues ahora tú estás haciendo lo mismo.

Meditó un momento.

—¿La boa devorando al elefante se supone que eres tú?

—Todo el mundo lo piensa. Tú eres el único que solo ve un sombrero.

—¿En serio? —tono de cinismo—. Tío, no me rayes. ¿Qué pasa? ¿Te crees especial, o qué?

Bajé un poco la voz, por si acaso me oían sus padres.

—He pasado cuatro años en una cárcel de menores acusado de asesinato en primer grado —dije.

Se quedó impresionado. Auténticamente impresionado. Lo noté en su gesto, en su silencio.

—Hostia —dijo.

—¿Te interesa saber cómo lo hice o si lo hice?

—Claro, tío.

—Entonces tendrás que contarme qué te pasa para estar cabreado con toda la humanidad.

Lo hizo, más o menos a regañadientes. Fingiendo que no le importaba, que podía soportarlo:

—A los nueve años me diagnosticaron una enfermedad degenerativa de las retinas. Me dijeron que antes de los quince me quedaría ciego del todo. Debería estar contento; se ha retrasado un poco. Ahora dime tú cómo lo hiciste.

—El próximo día —solté—. Así tienes algún motivo para ser amable conmigo.

Creo que aquello le cabreó. Frunció los labios en una mueca rara. Dio la vuelta a la silla, se dirigió a la puerta y la golpeó. Enseguida apareció el mayordomo.

—Llévame a mi habitación —le ordenó, con muy mal genio.

Me quedé solo en la biblioteca, pensando que había metido la pata hasta el fondo. Tardé aún unos segundos en escuchar unos pasos que se acercaban sobre las alfombras mullidas.

Jaime entró en la biblioteca, aparentemente pletórico de alegría.

—Ha ido muy bien. A Hugo le gustas —dijo, como si eso fuera algo imposible. No supe si alegrarme o preocuparme—. ¿Cuándo puedes empezar?

—Estos días estoy libre —dije, haciéndome el interesante.

—Entonces, el puesto es tuyo. Pero con dos condiciones —levantó una mano en la que había recogido todos los dedos salvo el índice y el corazón—: que no falles ni un solo día; y que nos prometas que, pase lo que pase, no renunciarás antes de un mes.

Eso de «pase lo que pase» sonaba fatal. A pesar de ello, dije:

—De acuerdo.

Jaime me estrechó la mano. Parecía feliz.

—Entonces, hasta mañana, Éric.

Querido Éric:

Mi madre me mataría si supiera esto. Ayer, mientras se duchaba, le quité el móvil y busqué entre sus mensajes. Encontré tu número. Leí lo que escribiste y también la respuesta que ella te dio. Por poco me echo a llorar de rabia. Luego vi una perdida de otro número. Marqué el número del buzón de voz y escuché. Escuché con el corazón a mil.

Una vez me dijiste que amas el silencio. En ese mensaje solo había eso: silencio. Pero un silencio imposible de amar, un silencio obligado, dolido, cargado de reproches. De fondo se escuchaba el rumor de la ciudad. De cerca, nada. Escuché con atención, por si te oía respirar. Sabía que eras tú.¡Me moría de ganas de escuchar tu respiración! Aunque solo fuera eso, esa pequeña, minúscula parte de ti. Sin embargo, no oí nada.

¿Nada? No, eso no es verdad. Percibí algunas cosas con absoluta claridad. Por ejemplo: tu desesperación, tu soledad, tu necesidad de decir un montón de cosas, incluso tu miedo. Cuántas cosas pueden llegarnos a través de un silencio cuando necesitamos compartir lo que nos está pasando, ¿verdad? Lo que tú sientes lo siento yo también, amor de mi vida. Nuestros sentimientos se comunican, aunque a nosotros no nos dejen hacerlo.

Supe que el de la llamada eras tú, aunque no conociera tu número.

Quería que supieras todas estas cosas.

Te quiero.

Xenia

Sweety

Tomé el metro de vuelta en la Plaza John Fitzgerald Kennedy. Compré un billete sencillo, porque seguía resistiéndome a comprar una tarjeta de diez viajes, y pensé que se me estaba terminando otra vez el dinero, pero que por lo menos esta vez no tendría que preocuparme por la comida. Además, había encontrado algo parecido a un trabajo. Raro, pero un trabajo.

Tres cuartos de hora más tarde llegué a mi barrio y caminé con calma en dirección a casa de mis tíos. No tenía ninguna prisa por llegar.

Desde lejos distinguí los coches de la policía, las sirenas, la nube de curiosos. Había tres coches patrulla aparcados en la acera frente al bar Carmen. Aceleré el paso, temiendo que les hubiera pasado algo a mi tía o a mi tío. Por supuesto, no fue lo único que pensé.

Al llegar, un agente de uniforme me preguntó:

—¿Éric González Pascual?

—Soy yo —dije.

—¿Esto es tuyo? —me enseñó el osito de peluche que llevaba escrito «Pink» y «Sweety» en las patas.

Me acordé de Alberto. «Qué querría él que dijera», pensé.

—En realidad, el oso no es mío —dije.

—Ya, listillo —dijo el poli—. ¿Y lo que había dentro? ¿Sabes algo de eso?

—Os lo contaré delante de mi abogado —respondí, como si tuviera mucha experiencia en detenciones (en realidad, alguna tenía).

Vi a mi tía detenida en el umbral del bar, observándome, estrujando el

delantal con las dos manos. No sé si tenía más cara de desolación o de reproche. Negaba con la cabeza, como si no pudiera creer lo que había hecho. A su lado estaba mi tío, y en su caso no había dudas: tenía cara de querer matarme.

—Tendrás que acompañarnos —dijo el agente, sacando unas esposas que llevaba sujetas al cinturón.

Entre la nube de curiosos, reconocí al señor del carajillo y también al hermano de Marta Villanueva. También a Vero, aquella antigua compañera de clase, con un bebé en los brazos. Alguien gritó: «¡Asesino!», y enseguida hubo un coro de voces que le imitaron. Pensé en la boa que devora un elefante y en lo difícil que es cambiar nuestra manera de mirar las cosas. También pensé que aquella noche todas aquellas personas dormirían tranquilas pensando que en el barrio se había hecho justicia.

No opuse ninguna resistencia. Me esposaron las manos a la espalda, como si fuera un delincuente peligroso. Me dejé conducir al coche patrulla con la docilidad de un cordero. Cuando se cerró la puerta, sentí alivio. Ahora los gritos se escuchaban lejanos, como si llegaran de otro mundo.

El coche arrancó. La comisaría no estaba muy lejos. Pasaría la noche allí y al día siguiente tal vez me llevarían a Barcelona, al juzgado. Me harían preguntas, apuntarían mis respuestas y se las entregarían a un juez. Esta vez me juzgarían como a un mayor de edad. Si no encontraba el modo de demostrar mi inocencia, me caerían un montón de años.

En realidad, nada de eso me importaba mucho. Salvo por un detalle: Xenia. Y lloré de desesperación al pensar en ella, en sus padres, en el futuro. Disimuladamente, porque no quería que aquel par de polis me vieran llorar. La auténtica condena sería no volver a verla.

Intenté pensar en algo bueno, cualquier cosa. Laura siempre dice que incluso en los peores momentos es posible encontrar algo bueno en lo que pensar.

Estaba tirado: por fin me iba a largar del barrio.

Apuestas

Me dijeron que podía hacer una llamada telefónica. Llamé a Alberto y le dejé un mensaje:

—Alberto, tío, estoy detenido. Tenencia de drogas. En la comisaría de El Prat. Lo siento mucho, de verdad.

La celda donde me metieron era estrecha e incómoda, pero por lo menos no era rosa. Me tumbé en el colchón (estaba bastante sucio) y pensé: «No podré dormir en toda la noche». Media hora más tarde me dijeron que tenía una visita. No sabía que se podían recibir visitas cuando acaban de detenerte. Igual estas cosas también pasan solo en mi barrio.

Me llevaron a una especie de sala de espera. Era parecida a la de un hospital, con asientos blancos de plástico y una planta artificial horrorosa. Esta vez no me esposaron. No sé por qué, no me sorprendió nada encontrarme allí con Horacio Medina en persona. Llevaba su americana y su corbata impecables, como si acabara de vestirse para venir a verme. Le acompañaban dos de sus armarios habituales, dos Medina grandes como dos armarios, vestidos de negro riguroso. Uno de ellos llevaba unas botas vaqueras de color rojo. Me fijé porque cantaban un montón. Era imposible no fijarse.

—Hola, chavalín —saludó el capo—. Qué alegría volver a verte tan pronto.

Me senté frente a él y escuché lo que tenía que decirme. Debía de ser algo importante cuando había venido a verme él en persona.

—Lamento mucho que estés en apuros —mintió—. Ya sabes que me caes bien. He venido a ofrecerte un trato. No pienses que lo hago con todo el mundo.

El guardaespaldas me mostró unos papeles que alguien se había encargado de preparar minuciosamente.

Yo seguía sin decir nada.

—Me han dicho que la poli ha registrado tu cuarto y te han pillado cuarenta gramos de…

Me estaba poniendo nervioso. ¿Para qué me contaba lo que los dos sabíamos?

—¿Podrías ir al grano? —espeté.

—Tenencia. Es grave, ¿sabes? Si además se demuestra que eres un camello y que perteneces a una banda criminal, pueden caerte diez o doce años.

—Pero yo no pertenezco…

Ladeó la cabeza, me miró con una ternura muy falsa.

—¿Sabes lo fácil que resulta incriminar a un pardillo como tú? Solo necesito un par de testigos que digan que te han visto vendiendo en la puerta de una discoteca. Nada más sencillo. Por dinero la gente dice cualquier cosa. Y lo otro todavía es más fácil. Y, además, es verdad. Si tienes mi droga, es que trabajas para mí. Te va a caer un buen marrón, chavalín. No sabes cuánto lo siento.

—¿Y cuál es el plan B? —pregunté.

—El plan B es el bueno —sonrió—, y no solo porque lo he tramado yo. Te cuento: sales en libertad en unas horas, sin cargos, y los análisis de la policía demuestran que lo que te han incautado no era cocaína, sino polvos de talco.

—Ya. ¿Y eso a cambio de qué?

—A cambio de que me firmes unos papelitos que te he traído.

Me enseñó los papeles que llevaba el guardaespaldas. Cesión de propiedad. Calle del Profeta, 20. Querían mi piso. El lugar que ellos mismos habían convertido en un centro de distribución de droga.

—Podemos mandarte a la cárcel o llegar a un acuerdo —continuó Horacio Medina—. Tú eliges.

Prefería la segunda opción, y él lo sabía muy bien. Los Medina siempre lo saben todo, nunca dan un paso en falso. Es como jugar al póquer con cartas

marcadas, siempre sabes que te va a salir bien. Aunque, por muy buenas que sean tus cartas, nunca puedes estar seguro de lo que tiene tu rival. Por eso decidí jugármela. Tenía buena mano.

—Yo también tengo un trato que proponerte.

Lo dije con voz firme. En el póquer, tan importante es tener buenas cartas como convencer al otro de que las tienes. Horacio arqueó las cejas, sorprendido. Se recostó en el asiento. Sacó un chicle verde de un bolsillo de su chaqueta, lo desenvolvió a cámara lenta, se lo metió en la boca y comenzó a mascarlo. Toda la escena quedó perfumada con un delicioso olor a clorofila.

—Si no se te da bien ir de farol, mejor te retiras —dijo.

Ben nunca quiso enseñarme a jugar al póquer, aunque yo se lo pedí muchas veces. Aprendí en la cárcel y tuve buenos maestros. Hay cosas que en la cárcel se aprenden mejor que en cualquier otro sitio.

—Tú me sacas de aquí sin cargos y yo, a cambio, te cuento dónde estaba tu sobrino Ángel antes de su muerte —dije.

Al capo se le endurecieron las facciones. Dejó de mascar. Su plan B resultaba no ser el mejor. Había un plan C. Y tal vez un plan D, como muy pronto descubriríamos.

—Qué sabes tú de eso —dijo.

—Algo.

—No puede ser. Es un farol.

—Tendrás que arriesgarte.

—Muy bien, pues subamos las apuestas. Has empezado tú —dijo, doblándose hacia delante y desafiándome con la mirada—. Te propongo otra cosa y es mi última palabra: tú me firmas los putos papeles y me cuentas lo que sabes de mi sobrino, y yo no me meto con Xenia.

Solo oír el nombre de Xenia en boca de aquel matón de barrio, supe que la

negociación se había acabado. Aunque yo tampoco podía saber si él iba o no de farol. Como para disipar mis dudas, prosiguió:

—A tu chica le gusta escribir cartas, ¿lo sabías? Nunca olvida poner su dirección en el remite. Es muy guapa, por cierto. Ahora que está de vacaciones va todos los días caminando al gimnasio, siempre por la misma ruta. Resultaría tan fácil que casi es aburrido.

—¡Déjala en paz! —grité, perdiendo de pronto toda la serenidad que había mantenido hasta ese momento.

—De ti depende, chavalín. Si firmas mis papelitos y me cuentas eso que sabes de Ángel, igual me lo pienso.

Lo firmé todo. Les regalé mi piso. El piso que Ben compró para los dos y con el que había soñado durante toda su vida. También les conté todo lo que había visto dos noches atrás: los gritos, la borrachera, el paquete con la droga, la camiseta, la bola de grasa asomándose a la ventana… Mientras me escuchaba, me pareció que el jefe mascullaba algo entre dientes, algo así como «puto gordo traidor». Cuando terminamos, el guardaespaldas recogió los documentos y los guardó en una carpeta.

Horacio Medina se levantó despacio, se sacudió los faldones de la chaqueta, me dirigió una mirada paternal y dijo:

—Hay que reconocer que tienes agallas, chavalín. Y que debes de ser un buen jugador de póquer. Algún día, me gustaría jugar contigo.

—¿Cómo sé que no le haréis nada a Xenia? —pregunté.

—Tienes mi palabra —dijo, muy serio—. Jamás he faltado a ella. Si Ben o tu madre estuvieran aquí, podrían confirmártelo.

Otra sorpresa. ¿Horacio Medina conocía a mi madre? No es que me interese mucho, pero me sorprendió. Ya se iba cuando le formulé la última pregunta:

—¿Cuándo podré marcharme?

Arqueó las cejas otra vez y me miró desde su superioridad.

—¿Marcharte? No, no. Ese era el primer trato, chavalín. Antes de que te empeñaras en apostar demasiado fuerte. Ahora tendrás que conformarte con que no le ocurra nada malo a tu novia y con que el cabreo que tengo no me dure mucho. Tómatelo con calma —me propinó dos bofetones amistosos en la mejilla y se marchó, con ese aire de vencedor que siempre le acompañaba. Yo volví a mi celda y a mi colchón duro, a tratar de asimilar mi derrota.

III
RESPLANDOR

Alberto

Por la mañana llegó Alberto, con cara de preocupado. Era sábado. Venía en chándal y zapatillas de deporte. Había escuchado mi mensaje aquella mañana cuando volvía de co-
rrer. Poco a poco, iba recuperando la normalidad después de unos días tristes en que solo había podido ocuparse de la muerte de su
madre.

—Lo siento, tío, he estado fuera del mundo —me dijo, a modo de disculpa—. ¿Qué ha pasado?

Se lo conté todo más o menos en orden, sin ocultarle ni un detalle. Mi piso, el gordo, Ángel, los Medina, la paliza, el regreso, mi tía, la droga, la detención y la visita del capo.

—Esos tíos te han tendido una trampa —fue su conclusión, sin dejarme ni terminar.

—Y yo he caído en ella como un idiota.

—Oye, podría ser peor. Podrías haber vendido la droga, por ejemplo. Entonces sí que estarías perdido.

—¿Sí? ¿Estaría peor a como estoy ahora?

Alberto me miró. La tristeza de su mirada era una respuesta.

—Bueno, debemos partir de lo que tenemos. La tenencia no es el peor de los delitos. Además, eran cuarenta gramos, no dos kilos. Eso también cuenta. Y

tenemos tu caso, tus cuatro años de internamiento por nada. Diseñaré una estrategia, no te preocupes. ¿Confías en mí?

En realidad, no confiaba en nadie más. Alberto es un tío legal.

—Solo te pido una cosa —le dije—: no quiero que Xenia sepa nada de esto. Y si tengo que volver a la cárcel, quiero que me prometas que le dirás algo.

—Dispara.

—Que ya no la quiero.

—¿Cómo? —se echó para atrás—. No te pongas dramático, tío. Si le dices eso, le partirás el corazón.

—Sí, ya lo sé. Y me odiará. Pero luego encontrará a otra persona. Oye, lo he pensado toda la noche. Si tengo que volver a la cárcel, lo haré yo solo. No quiero que por mi culpa ella vuelva a entrar allí, ni que sea la novia de un presidiario. Xenia es diferente, ¿sabes? Se merece mucho más. Alguien mucho mejor que yo. Prométemelo.

—Está bien.

Lo hizo a regañadientes, pero lo hizo. Después se fue a hablar con no sé quién, a hacer llamadas y a pensar en sus estrategias. Para ser abogado, hay que saber muchas más estrategias que leyes.

Al cabo de una hora, regresó a mi estrecha celda acompañado de un policía.

—Éric, arréglate. Nos vamos.

No entendía nada. ¿Eran las influencias de Horacio Medina, que se había apiadado de mí? ¿Las eficaces estrategias de mi abogado? ¿O que el juez había sentido lástima de mi cúmulo de desdichas?

—El asunto no ha llegado al juez —aclaró mi abogado—. No hay materia de delito. Es decir: no has hecho nada. Te han tendido una trampa, sí, pero no exactamente la que pensábamos.

Yo estaba confuso.

—¿No he hecho nada? ¿Vas a decirme que al final lo de la bolsa sí eran polvos de talco?

—No —Alberto meneó la cabeza—. Era harina. De trigo, de esa tan fina y especial que utilizan los pasteleros.

Hábitat

El policía de la entrada se despidió de mí con un «hasta pronto» que no me dio muy buena espina. A pesar de ello, el calor del sol me confirmó que estaba libre, y que caminaba por la calle al lado de mi abogado en chándal. Como si todo fuera normal.

Le dije a Alberto que no iba a dormir ni una noche más en casa de mi tía. Que quería largarme del barrio.

—Está bien. Hoy te vienes a mi casa —dijo—. Más tarde haré una llamada y veré si te encuentro algo mejor, ¿de acuerdo? ¿Tienes dinero?

—Algo —le dije.

Me quedaban ocho euros.

Fuimos en coche hasta el bar Carmen. Alberto me esperó en la puerta mientras yo recogía mis cosas y me despedía de mi tía: la única persona a quien sentía que le debía una explicación.

Aún le duraba la cara de decepción cuando me miró desde detrás del mostrador. Los clientes del bar callaron para observarme, como si hubiera entrado un Medina. Fue una sensación rara. Le pedí a mi tía que fuéramos arriba. No quería hablar en la cocina, delante de Hussam. No me fiaba de Hussam. Estaba convencido de que trabajaba para Horacio. Uno de los muchos vigilantes que tenían en diversos puntos del barrio, que le avisaban de todo medio segundo antes de que ocurriera.

Mi tía me siguió escaleras arriba de mala gana. Le dije que me iba y que seguramente esta vez sería para siempre. Le dije que, si me quedaba en el barrio, nunca conseguiría dejar de ser una mosca atrapada en una tela de araña. Le dije que yo no era como ella, o como Ben, o como mi tío Anselmo, o incluso como mis primas, no sé, gente fuerte que pueden vivir toda su vida en un lugar así porque ya se han acostumbrado a la ley de la selva. Le dije que yo, a saber por qué, soy distinto. Igual lo llevo en los genes. Igual me parezco a mi madre, que también se largó, o puede que haya salido a un padre que no sé quién es y que también era distinto, o débil, o lo que sea (al llegar a esta frase, mi tía arrugó los labios, con disgusto). El caso es que nadie puede vivir fuera de su hábitat, y yo siento que el mío está en otro lugar. Yo quiero estudiar, quiero ser profesor de una cosa inútil y quiero olvidar los primeros dieciocho años de mi vida cuanto antes. No esperaba que me entendiera, pero por lo menos quería que estuviera informada por mí, porque le agradecía de corazón todo lo que había hecho esos días, y también durante la revisión de mi juicio, y cuando de pequeño me cambiaba un millón de besos por un bocadillo de tortilla.

Nunca había visto llorar a mi tía Carmen, pero aquel día creo que se le humedecieron los ojos. Solo un poco, porque es una mujer dura. Me observaba seria como una estatua, hasta que dijo:

—Si algún día te encuentras a Marcelo, dile que su madre le comprende.

Después me dio un abrazo sin palabras, largo y de verdad, y añadió:

—Tengo clientes esperando —y se largó a toda prisa escaleras abajo.

Metí la ropa de Ben en un par de bolsas de plástico junto con una de sus barajas de póquer. Eché las bolsas en el maletero del coche de Alberto y nos largamos de allí bajo la atenta mirada de todos los clientes que a aquella hora tomaban sus aperitivos tempraneros.

Sargento

Alberto vivía en un piso de Poblenou con su novia y un gato negro que se llamaba Vader. No tenían hijos y el piso no era muy grande: solo una habitación (la de ellos), la cocina, un baño y un salón con un sofá cama.

Aquel primer sábado Alberto y yo comimos en una pizzería (invitó Alberto) y repasamos todos los detalles de lo que había ocurrido. Le di unas mil veces las gracias por haberme sacado de la comisaría y por dejarme quedar en su casa, y él dijo mil veces que ojalá lo hubiera hecho antes. Con él no sentía que estaba frente a mi abogado. Me sentía en la compañía de un amigo. También hablamos de Xenia, de lo difícil que resultaba mantenerme apartado de ella, de las mil veces al día que deseaba que todo aquello se arreglara.

Estábamos terminando de comer cuando sonó su teléfono y mantuvo una conversación breve.

—Hay alguien que quiere conocerte. No te asustes, viene hacia acá.

Pensé en Xenia. Siempre tenemos tendencia a pensar en aquello que más deseamos. En lugar de eso, quien apareció fue un hombre fornido, con gafas de sol, camisa blanca y vaqueros, que incluso sin uniforme parecía un policía.

—Te presento al sargento Roig —dijo Alberto—. Nos conocemos desde la universidad.

Los miré a los dos, sin entender nada. El sargento Roig tomó asiento, pidió un café con hielo y se recostó en la silla. Se notaba que él y Alberto se tenían mucha confianza. Hablaron un rato de sus cosas, entre risas y anécdotas. Luego, el sargento Roig comenzó a contarme un montón de cosas. Me hablaba solo a mí, como si Alberto hubiera desaparecido de pronto.

Me contó que en la policía estaban organizando una operación que pretendía asestar un golpe definitivo al clan de los Medina. Ya tenían mucha información de Horacio Medina y de algunos de sus hombres de confianza y, por primera vez en mucho tiempo, estaban cerca de trincarle. Contó que estaban seguros de que iba a ocurrir algo en los próximos días. Se iba a celebrar el entierro por todo lo alto del desdichado Ángel y a él iban a acudir muchos miembros del clan y todos sus colaboradores. Se decía que incluso iban a dejar salir de la cárcel por unas horas al mismísimo don Nicolás, aunque eso no era seguro. Aprovechando la presencia de tantos visitantes, se estaba organizando una gran timba en el chalé que los Medina tenían en Collserola. La policía también se estaba preparando. Oportunidades como aquella no se presentaban todos los días. Tenían que actuar y hacerlo bien. Por eso estaban ampliando su equipo de efectivos y

colaboradores, sobre todo con gente que conociera a los Medina y sus modos de operar. Solo en el barrio habían encontrado ya a mucha gente dispuesta a ayudarlos, aunque no todos eran de fiar.

Llegado a este punto hizo una pausa, miró a Alberto, me miró. Alberto hizo una señal de asentimiento.

Entonces el sargento Roig me explicó la diferencia entre un confidente y un informante. Ambos trabajan para la policía, pero por motivos muy diferentes. Los informantes son los que proporcionan información valiosa en una investigación criminal. Muchas veces pertenecen a las mismas bandas criminales y actúan movidos por la venganza, o porque quieren ajustar cuentas con alguien. Otras, son testigos presenciales de algún hecho delictivo y se limitan a contar lo que vieron por casualidad. Los confidentes, en cambio, son colaboradores más estrechos. Trabajan con la Jefatura Superior, a las órdenes de un juez, en la investigación de casos concretos y reciben un sueldo por ello. Es un trabajo peligroso; muchos de ellos se arriesgan a ser descubiertos por los propios delincuentes a quienes intentan capturar. Incluso ponen en peligro sus vidas, lo cual significa que no todo el mundo puede ser confidente. Hay que ser listo, conocer el terreno y estar en el bando correcto. Y tener agallas, por supuesto, para cuando sean necesarias.

Todavía no acababa de entender a qué venía toda aquella perorata cuando el sargento Roig añadió:

—Nos gustaría que fueras a la fiesta de los Medina, Éric. Queremos que seas nuestro confidente.

Rosa_solitaria

Dos minutos antes de las siete de la tarde estaba llamando al timbre del piso del paseo de la Bonanova. El mayordomo me hizo pasar a la biblioteca. El reloj de pared marcó las siete mientras el mayordomo entraba de nuevo empujando la silla de

ruedas de Hugo.

—Hola, tío, cómo te va —saludé.

—Quiero que me digas si eres un asesino o no —soltó, a bocajarro.

—Después. Primero leeremos. Para eso me pagan tus padres. ¿Qué quieres que te lea?

Sobre sus rodillas traía un ejemplar de *El guardián entre el centeno*. Me lo entregó.

—Creía que mis gustos literarios te parecían una mierda —dije.

—Empieza. Estás perdiendo el tiempo.

—Tienes razón —abrí la primera página y leí (aunque podría no haberlo hecho, porque me sé esa novela casi de memoria)—: *Si de verdad queréis oírlo, la primera cosa que os interesará saber es dónde nací y cómo fue mi asquerosa infancia y qué hacían mis padres y todas esas mierdas estilo David Copperfield, pero la verdad es que no me apetece hablar de eso. Primero, porque me aburre y segundo porque a mis padres les daría un pedazo de ataque si contara sus cosas personales…*

Durante dos horas y 117 páginas leí sin interrupción. Casi media novela. Hugo me escuchaba atento, pero sin ninguna reacción, como si no le importara. En realidad, yo sabía que le importaba. Que solo estaba hecho polvo y se hacía el duro. El reloj de pared marcó los cuartos y las horas. Cuando dio las nueve, Hugo dijo:

—Es la hora. Dime si eres un asesino.

Cerré el libro.

—Igual te decepciona saber la verdad —dije.

—La verdad nunca decepciona.

—No lo soy —respondí.

—Lo imaginaba.

—Pero he conocido a algunos —añadí.

Arrugó los labios en una mueca de desdén antes de decir:

—Con esa imaginación tan portentosa, deberías hacerte escritor.

Se acercó a la puerta y la golpeó con la mano, como había hecho el día anterior. Al instante, apareció el mayordomo.

Iba a decirle que me encantaría ser escritor, que estaba pensando contar todo lo que me había pasado desde el día en que salí de la cárcel, y que me gustaría leérselo a él antes que a nadie. Pero él ya se alejaba. Solo pude añadir:

—Hasta mañana, tío.

Iba a pedirle a Jaime si me podía avanzar algo del dinero de mi nuevo empleo de lector por horas, pero el mayordomo me dijo que «los señores habían salido de compras». Mi fortuna ascendía a poco más de cinco euros. Por lo menos aún tenía para comprar un billete de metro.

De camino a la casa de Alberto, me entretuve mirando mi perfil de Twitter. Tenía un seguidor: Alberto. Cuánta actividad.

También entré en el muro de la biblioteca, a ver si alguien había visto mi opinión sobre *El principito* y se había animado a dejar un comentario. Comenzaba a gustarme aquello de las redes sociales.

Me llevé una sorpresa agradable al descubrir que tenía un mensaje privado. Era de Elena, mi amiga la bibliotecaria. Decía: «¿Llamaste al anuncio que te envié? ¿Va todo bien?». Contesté enseguida. Le conté que había conseguido el trabajo y que la invitaba a un café el día que cobrara mi primer sueldo. Ella también debía de estar conectada, porque contestó al instante: «Acepto encantada». Tuve que dejar de sonreír como un memo porque los otros usuarios del metro me miraban raro.

La segunda sorpresa fue descubrir que mi opinión de la novela de Saint-Exupéry tenía tres comentarios. Los dos primeros eran de usuarios de la biblioteca a quienes el libro también les había gustado mucho y compartían mi entusiasmo. El tercero lo firmaba una tal Rosa_solitaria. Decía: *«Cuando uno*

está verdaderamente triste, son agradables las puestas de sol. Nunca me habían gustado tanto los atardeceres como desde que no estás. Te echo de menos, Holden».

Recordé la cita de *El principito.* El corazón me dio un vuelco. Lo leí media docena de veces, para estar seguro. Esta vez la corazonada no me engañaba. Era su estilo, la habría reconocido entre un millón de mensajes. Rosa_solitaria, la rosa de mi planeta diminuto y lejano, era Xenia.

Sam

No era buena idea quedarme en casa de Alberto. Me percaté el domingo por la mañana, cuando me desperté a las once después de mi primera buena noche desde que estaba en libertad y me encontré al gato Vader mirándome fijamente. Sobre la mesa había una nota de Alberto que decía: «Tienes desayuno en la cocina. Nosotros nos hemos ido a desayunar al bar de abajo».

No es justo que no puedas desayunar en tu casa un domingo porque tienes un okupa en tu salón. Me di cuenta de que tenía que irme de allí y no resultar un estorbo. El problema era que seguía sin tener adónde ir. Me preparé un vaso de leche y una tostada con mantequilla y me di una ducha. Recogí el sofá-cama, barrí un poco el salón, abrí bien las ventanas para que todo se ventilara y habría limpiado el baño si los propietarios del piso no hubieran llegado justo en aquel momento.

La novia de Alberto era muy simpática, pero me trataba con esa amabilidad un poco artificial de quien en realidad desea mantenerse al margen.

Le dije a Alberto que teníamos que hablar y le pedí que me buscara un lugar al que ir mientras conseguía alquilar una habitación en alguna parte. Al principio se mostró reticente, pero no tardó en dejarse convencer. Por muy buena persona que fuera, y por muy amigo que me considerara, nadie desea llevarse los problemas del trabajo a casa. Y yo era, por encima de todo, un problema de su trabajo.

Un poco antes de mediodía me dijo que había encontrado una solución temporal y que quería presentarme a alguien.

—Un hombre especial. Te va a gustar.

Me despedí de su novia, recogí mis cosas y subí al coche. Condujo hasta el Paralelo. Nos metimos en una callejuela estrecha, aparcamos y llamamos al timbre de un piso de fachada estrecha y sucia. Una voz jovial nos invitó a pasar a través del telefonillo.

En el rellano de la escalera nos esperaba un señor de pelo gris y cara redonda, vestido con unos vaqueros y una camiseta rosa. Lo primero que vi del piso fue un enorme crucifijo colgado de la pared y un rótulo donde se leía: «En mi casa todos son bienvenidos».

—Te presento al padre Samuel —dijo Alberto, señalando al hombre.

Nos estrechamos las manos. Pasamos a la cocina y el padre Samuel nos invitó a cerveza. Yo preferí una naranjada.

Alberto ya le había hablado de mí al sacerdote. Yo, en cambio, no sabía nada de él.

—El padre Samuel, o Sam para sus amigos, lleva años trabajando con expresidiarios. Les ofrece un lugar donde dormir y tres comidas diarias mientras encuentran su primer trabajo o localizan a su familia. También trabaja con personas que necesitan desintoxicación y con enfermos mentales.

—Aquí tenemos de todo —sonrió, bonachón, el hombre—, pero nunca habíamos tenido inocentes. Serás el primero.

Me enseñó dónde iba a dormir. Era un cuarto tan pequeño que más bien parecía un armario. En el suelo había un colchón, un juego de sábanas y otro de toallas. El baño era compartido. No era un palacio, pero por lo menos allí no molestaría a nadie.

—Aquí desayunamos a las ocho, comemos a las dos y cenamos a las nueve. Si no puedes venir, tienes que avisar —dijo Sam.

Le dije que no llegaría a las cenas porque justo a esa hora terminaba de trabajar.

—En ese caso, te dejaré algo en el microondas.

Me cayó bien aquel hombre. Conocí a algunos de mis compañeros de piso. Eran por lo menos doce. Todos parecían fantasmas buscando el camino para volver al mundo de los vivos. Igual ellos pensaron lo mismo de mí.

—No es una maravilla, pero por lo menos no te sentirás incómodo. Y es temporal —dijo Alberto, cuando ya se iba a su casa.

—Tío, muchas gracias. Es mucho más de lo que tenía antes de que aparecieras.

Venganza

Kevin Martínez, también conocido como «bola de grasa», «bola de sebo» o, simplemente, «el gordo», fue encontrado muerto en su piso de la calle del Profeta la madrugada del domingo al lunes, después de que una vecina de la misma escalera, alertada por los gritos, avisara a la policía. La mujer declaró que momentos antes de que comenzara el escándalo había visto entrar a tres hombres «muy grandes» enteramente vestidos de negro que ya le sonaban de otras veces. Dijo también que su vecino recibía muchas visitas a diario, «todas de drogadictos, camellos o prostitutas».

En el interior del piso los agentes incautaron 470 gramos de cocaína, 190 de heroína, varios teléfonos móviles y elementos para el corte y la preparación de la droga, así como más de dos millones de euros en metálico, escondidos debajo del fregadero de la cocina y envueltos en papel de periódico. En el piso también había un balcón donde el propietario cultivaba plantas de marihuana, al parecer para consumo propio. Encontraron a Kevin de bruces en el cuarto de baño y con la cabeza metida en la bañera. Le habían cortado el cuello con un cuchillo de cocina y se había desangrado «de la misma manera que lo hacían antiguamente los cerdos el día de la matanza». Eso es lo que escribieron los agentes de la policía en el atestado.

Yo pude comprobarlo con mis propios ojos. El sargento Roig me pidió que los acompañara a registrar el piso. Fue un poco raro poner los pies allí, en la que se suponía que tenía que haber sido mi casa, y que ahora se había convertido de la noche a la mañana en el escenario de un crimen. Si no hubiera sido por ese pequeño detalle, hasta me habría parecido un lugar agradable.

La policía no tuvo ninguna duda a la hora de atribuir el crimen a los Medina. El cerebro debía de haber sido Horacio, seguramente después de lo que yo le dije la noche de mi detención. Los autores materiales podían haber sido cualesquiera de los matones que le acompañaban a todas partes. Igual el mismo que me había pegado a mí pocos días antes. La causa era clara: la venganza.

Kevin llevaba ya algunos meses utilizando al joven e ingenuo Ángel para sus negocios. Se aprovechó de que Ángel era muy ambicioso y estaba enfadado con su tío (que todavía no le dejaba participar de los líos de la familia) para hacerle el socio de una estafa. Comenzó a desviar droga de los paquetes de Horacio. La cortaba a su manera: con más pureza. Luego la preparaba en papelinas de un gramo y de medio, que Ángel vendía en las discotecas del Maremágnum. El crío se llevaba el treinta por ciento y Kevin se forraba sin correr riesgos. El único peligro era ser descubierto, pero ni siquiera era muy grande: su encubridor era el sobrino predilecto del jefe.

Con respecto a la muerte del chaval, nadie sabía muy bien qué pudo pasar. Tal vez intentaron robarle. O solo tropezó y se cayó al agua. Con lo borracho que iba, lo más normal es que se ahogara. Igual nunca se sabrá. Igual que Kevin nunca sabrá que aquella noche yo estaba vigilando. Es lo que tiene caminar muy a menudo por la cuerda floja: crecen las posibilidades de caer al vacío.

Así que en el fondo yo fui el culpable de la muerte de Kevin. La policía habló mucho de venganza. «Horacio Medina siempre se venga de quienes se atreven a traicionarle», decían. Nadie pensó en Ben. A nadie se le ocurrió que también yo acababa de vengar su muerte.

Lo más curioso de todo, según me dijeron, fue que el velatorio de Kevin y el de Ángel se celebraron en dos salas contiguas del mismo tanatorio. El de Ángel congregó a todas las líneas del enorme clan de los Medina, todos de negro riguroso, algunos llorando la muerte de su pariente con grandes berridos, como si realmente se lamentaran mucho de lo ocurrido. En el centro de la reunión, amparada por todos, estaba su madre, que era la viva imagen del desconsuelo. Al lado, en el silencio más absoluto, el féretro de Kevin se pasó el día solo. Tal vez fue que sus parientes sintieron miedo de encontrarse con el famoso clan. Tal vez, que hacía mucho que nadie de su familia sabía de él, ni quería saber. Por la tarde solo su vecina del primero acudió a despedirse de él y le rezó un padrenuestro a su cadáver. O puede que solo fuera para asegurarse de que de verdad estaba muerto y que a partir de esa noche podría

dormir tranquila.

Desenlace

El domingo por la tarde llegué a casa de Hugo diez minutos antes. Pregunté al mayordomo si estaban en casa los señores y me dijo que sí. Pedí permiso para ver a Jaime. Me rogó que esperara en la biblioteca.

Jaime no tardó ni un minuto. Se presentó en batín y pantuflas. Imaginé que esa era su indumentaria de domingo por la tarde.

—Tú dirás, Éric —fue su saludo, solícito.

—Tengo que contarte una cosa —dije, con timidez.

Se puso a la defensiva. Arrugó el entrecejo. Dijo:

—Te comprometiste a no abandonar por lo menos en un mes.

—No, no, no pienso abandonar —pareció sorprendido—. En realidad, el trabajo me gusta, y Hugo me cae bien. A veces es un poco borde, pero lo comprendo. Yo también lo sería si estuviera en su lugar. Supongo que tiene que acostumbrarse. En realidad, quiero hablarte de otra cosa. De algo que me preocupa un poco.

—Tú dirás.

—Es sobre mí. Prefiero que lo sepáis lo antes posible. No sé si Hugo os ha contado algo…

Tenía la esperanza de que me hubiera allanado el camino, pero Jaime negó con la cabeza.

—Hugo no se comunica mucho con nosotros, últimamente —contestó.

Debí de lanzar un bufido o igual mascullé algo, no sé. El caso es que se dio cuenta de lo mucho que me costaba lo que tenía que decir.

—Oye, relájate —añadió—. En realidad, no nos importa nada lo que hayas hecho en el pasado. Nos interesa que estés con nuestro hijo en el presente. Y ojalá pudieras ser su amigo en el futuro. Lo demás, nos da lo mismo —hizo una pausa, tal vez valoró la necesidad de darme alguna explicación más y al fin prosiguió—: Mi mujer y yo lo hemos pasado muy mal viendo cómo avanzaba su enfermedad. Hemos visto a nuestro hijo muy infeliz. Desde que tú vienes, está mucho mejor. Tenemos muchas esperanzas puestas en ti. Nos da igual de dónde hayas salido. Lo único que nos importa es que no te marches.

Caray. Esperaba cualquier cosa de Jaime, menos aquello. Balbuceé un agradecimiento, creo. Él preguntó, mirando al reloj de pared:

—Ya casi es la hora. ¿Necesitas algo más?

—En realidad, sí —dije, haciendo un esfuerzo—. Voy un poco mal de dinero —me quedaba lo justo para mi billete de vuelta—. ¿Podrías avanzarme las horas que ya he trabajado? Con eso llegaré a fin de mes y…

—Claro, eso está hecho —dijo él, resolutivo—. Te lo preparo ahora mismo. Mi mayordomo te lo entregará al salir. Y ahora, me marcho. No quiero molestar vuestro rato de lectura. Por cierto, ¿qué estáis leyendo?

—*El guardián entre el centeno* —presumí, aunque me pareció que él se quedaba igual.

Me estrechó la mano y salió de la habitación, al mismo tiempo que llegaba el mayordomo empujando la silla de Hugo.

Saludé:

—Qué hay, tío. ¿Preparado?

No dijo nada. Abrí el libro y comencé a leer por donde lo había dejado la tarde anterior. Leí más de 150 páginas sin detenerme, mientras él me escuchaba en silencio, sin mover ni un músculo. Cuando el reloj dio las nueve, nos faltaban dos capítulos para alcanzar el final. Noté que le daba rabia no poder terminar. Le entendí muy bien: a mí me hubiera pasado lo mismo.

—¿Quieres que me quede un poco más y lo terminamos? —pregunté.

Fue la primera vez que le vi reaccionar a algo. Levantó la cabeza, con los ojos perdidos en algún punto del vacío, y dijo:

—¿No tienes que irte?

—Claro, pero no podemos quedarnos así, sin saber el final. ¿Quieres que termine?

—Tú ya conoces el final. Tú ya la has leído.

—¿Quieres que termine o no?

—¿Tú qué crees?

Abrí de nuevo el libro y terminé de leer, sin prisa, hasta la última página.

—Me ha gustado —evaluó Hugo, después de tres segundos de pensarlo—. Retiro lo de que tus gustos literarios son una mierda. Siento haberlo dicho.

—No pasa nada —dije—. Hasta mañana, tío.

En ese momento, creo que sentí que íbamos a ser buenos amigos. No sé por qué, ni cómo me di cuenta. Solo sé que lo noté.

Al salir, el mayordomo me entregó un sobre. Lo abrí en el ascensor, mientras bajaba sentado en el banquito de madera que me recordaba a una atracción antigua. Contenía noventa euros. Dos billetes azules y uno naranja. El primer sueldo de mi vida.

Observé aquellos preciosos billetes y por un segundo me sentí el tío más rico del mundo.

Entrenamiento

Se acercaba la noche de la timba de los Medina. El sargento Roig me llamó para preguntarme si sabía jugar al póquer.

—Sí, pero estoy un poco oxidado. Hace tiempo que no juego.

—Pues deberías entrenar un poco. Vas a tener que jugar.

—¿Y qué se supone que voy a apostar?

—De eso nos encargamos nosotros —repuso.

Así que aquella noche, al llegar a casa, saqué de una bolsa la baraja de Ben y salí de mi cuarto en busca de algún compañero de partida.

No tardó en animarse un sirio que, como decía mi tía de Hussam, apenas hablaba español y un gallego que solo tenía dos dientes. Los dos habían salido hacía poco de la Modelo y tenían un panorama bastante chungo. Lo sabía porque a veces les escuchaba hablar con el padre Samuel.

El sacerdote estaba reclinado en un sillón, frente a la tele, adormilado, como cada noche a aquellas horas. Debió de notar que en la cocina estaba ocurriendo algo, porque se levantó y vino a fisgonear.

—Eh, ¡vosotros!, ¿no estaréis organizando una timba de póquer?

—Sí —dije.

Lanzó un grito furibundo:

—¿Sin mí? ¡Ni hablar!

Abrió un armario de la cocina y sacó un bote de garbanzos crudos.

—Apostaremos esto —dijo, repartiendo garbanzos entre los jugadores.

Poco a poco, todos los integrantes del piso se fueron uniendo a la partida.

El padre Sam resultó ser un jugador estupendo. Nos desplumó a todos un par de veces. Al final, acabé ganando yo. Mi botín: ochenta y nueve garbanzos.

Fue un buen entrenamiento.

Nos acostamos felices a las cinco de la madrugada.

Timba

No pensaba que me fuera a poner tan nervioso la noche de la timba de los Medina. El sargento Roig repasó conmigo varias veces lo que tenía que decir y qué debía hacer si me descubrían. Los micros eran muy discretos (e inalámbricos) y quedaban bien escondidos debajo de mi americana y mi camisa blanca. Era la primera vez que me vestía así y me sentía un poco disfrazado, aunque por lo menos llevaba mis vaqueros negros. Roig me había dicho que habría un dron de vigilancia sobrevolando la mansión y grabándolo todo y que más de dos docenas de agentes estaban preparados para actuar. También me contó que yo no era el único infiltrado, pero que por seguridad ninguno conocía la identidad de los otros. Antes de salir, me entregó un sobre lleno de billetes de cincuenta.

—Cien mil euros —dijo—. Quiero que los pierdas jugando con Horacio.

—¿Que los pierda?

—Mientras gane, no pensará en otra cosa y podremos actuar.

Tomé un taxi hasta mitad de camino y continué a pie hasta la entrada de la finca, donde un par de gorilas me pidieron la invitación. Se la enseñé (me la había dado el sargento) y me dejaron pasar. Caminé por un sendero de tierra iluminado por velas hasta llegar a una piscina (también iluminada) detrás de la cual se veía a Horacio Medina recibiendo a sus invitados.

Pareció alegrarse de verme.

—Qué elegante estás, chavalín —saludó—. ¿Has cambiado de opinión? ¿Vienes a pedirme trabajo?

—Quién sabe —sonreí, procurando parecer natural.

Por suerte, llegó otro invitado y se despidió de mí con un:

—Pasa, come, bebe, diviértete.

Me dispuse a hacerle caso. En el salón principal había muchas mesas llenas

de comida. Conté hasta cinco mostradores de bebidas, donde te servían todo lo que pidieras. Me acerqué a uno de ellos y pedí una naranjada.

—¿Con vodka? —me preguntó el camarero.

—Mejor sin nada, gracias.

Con el vaso en la mano continué la ronda de reconocimiento. Había mucha gente. Hombres de todas las edades, aunque abundaban los vejestorios. Las mujeres eran todas guapas y jóvenes, y llevaban muy poca ropa. Bellezas a sueldo, como les gustaban a los anfitriones.

En la terraza estaba ya preparada la mesa de la partida. Más allá, los guardaespaldas de Horacio habían tomado posiciones. En una timba como esa, hay que estar preparado para cualquier cosa, pensé. Ellos debían de saberlo mejor que nadie.

Salí al jardín. Observé a los invitados. Escuché algunas conversaciones. Se hablaba de Ángel, pobrecito, de lo bueno que era y el futuro prometedor que le esperaba. Nadie decía que era un borracho y un idiota. También se hablaba de Kevin, a quien el jefe había dado su merecido. Algunos cerraban negocios. Negociaban el precio de algo que valía mucho, pero mucho dinero.

En uno de los corrillos descubrí una cara que me resultaba familiar. Estaba riendo la broma que acababa de hacer alguien y enseguida se puso a contar chistes a toda velocidad. Me costó un poco reconocerle sin el delantal y hablando como una cotorra. Era Hussam, el cocinero del bar de mi tía.

Me pasé un buen rato más fingiendo que no era la primera vez que estaba en un sitio tan lujoso, reconociendo caras que me sonaban de algo e intentando que los latidos de mi corazón no delataran mi nerviosismo. De pronto, una voz femenina a mis espaldas me sobresaltó:

—¿Éric? ¡No me lo puedo creer! ¿Eres tú?

Me volví y descubrí a una belleza rubia con minifalda, encaramada en unos tacones de diez centímetros y con un cuerpo impresionante, que me sonreía con sus labios pintados de rojo pasión.

El corazón me dio un vuelco de alegría. ¡Era Merche! La única amiga de verdad que tuve en la prisión. La única persona de entre todos los presentes a quien me alegraba de ver. Tuve el impulso de darle un abrazo, pero me contuve a tiempo. Recordé que el sargento Roig me había recomendado ser discreto. Un confidente no debe hacerse ver. No debe saltar de alegría abrazando a una de las chicas más preciosas de la fiesta, por ejemplo.

—¡Merche! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué quieres que haga? —repuso ella—. Trabajar.

Otro vuelco del corazón. Esta vez de rabia, de tristeza. Recordé lo que Merche me contó en la cárcel. Ojalá pudiera evitar que se dedicara a esto.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Qué haces aquí?

—Negocios.

—¿Al final te han captado? —puso cara de pena.

—Supongo que era nuestro destino —disimulé—. Nadie escapa nunca de lo que es.

Me moría de ganas de decirle la verdad, pero aquel no era el lugar ni el momento. Además, tal vez ella ya no era la amiga que yo conocía. Tal vez ahora trabajaba para Medina, o era una de sus chicas favoritas. No podía fiarme de ella. Lanzó otra pregunta:

—¿Estás contento de estar aquí, por lo menos?

Decidí utilizar otra frase de *El principito* para hacerme el misterioso:

—Nadie está nunca contento donde está.

Alrededor de la mesa de la terraza comenzaba a arremolinarse la gente. Me despedí de Merche sin ni siquiera besarla en las mejillas. Debió de pensar que la despreciaba por lo que era. En realidad, solo sentía tristeza. Hubiera preferido no encontrarla allí. No saber que se acostaba con aquellos hombres asquerosos.

Me acerqué a la mesa de la timba. Horacio Medina ya estaba allí, sentado en

una butaca de brazos que parecía un trono. Detrás de él, el gorila de las botas de piel roja.

—¿Vas a jugar, chavalín? —me preguntó.

Asentí.

—¿Sabes que aquí apostamos fuerte?

Saqué el dinero y lo puse sobre la mesa. Abrió mucho los ojos. Debió de preguntarse de dónde lo había sacado, en qué negocios andaba que él no conocía.

—Siéntate —me ordenó—. Ya empezamos.

Obedecí. Creo que nunca había estado tan nervioso. Ni la noche en que me detuvieron por la muerte de Marta Villanueva. Ni el día de mi primer juicio. Ni cuando llegué a la cárcel. Horacio Medina se dio cuenta y preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Es mi primera timba —confesé, y por lo menos eso era verdad.

Bebió un sorbo largo de un vaso lleno de un líquido color caramelo y puso ojos de querer contarme secretos del pasado.

—¿Te he contado que yo conocí muy bien a tu madre? —preguntó.

No quise contestar. No me gustaba el tema. No quería saber cómo había ido la cosa. ¿La conoció en una fiesta del capo? ¿Por aquel entonces los Medina ya contrataban fulanas para sus fiestas? ¿Mi madre ya era prostituta o se convirtió después de conocerlos? ¿Se acostó con ella? Pero él tenía muchas ganas de hablar.

—Me caes muy bien, chavalín. A veces pienso que te pareces un poco a mí.

Estuve a punto de largarme, pero recordé que no podía. Sentí deseos de decirle que él y yo no nos parecíamos en nada. Ni por dentro ni por fuera. Además, resultaba evidente. Él era moreno y yo, rubio. Él era fuerte y yo, canijo. Él era un delincuente y yo, un tío legal. Por suerte, la partida comenzó enseguida y Horacio se calló de una vez. Un crupier nos repartió las cartas y el juego empezó.

Lo más difícil fue recordar que debía perder. Fue fácil, al principio. Tuve

una primera mano horrible: solo una pareja de ases. Perdí diez mil euros de una vez. Horacio se animó, como el sargento Roig había previsto. En la segunda mano me cayó un full, pero Horacio tenía buenas cartas. Se lo noté desde el principio, mirando sus reacciones. Le temblaba un ojo cuando las cosas le iban bien. Muy poco, había que fijarse. En el póquer es importante engañar, pero también conocer al rival. Horacio era un rival fácil de conocer.

Durante cuatro o cinco manos, me pareció que no sospechaba nada hasta que de pronto preguntó:

—Oye, chavalín, ¿no crees que tienes muy mala suerte esta noche?

Disimulé, claro. De la mejor manera que se me ocurrió: intenté ganarle una mano. Conseguí una escalera. No estaba mal. Otro de los jugadores tenía un full de dieces y sietes. Me despedí de treinta mil euros más.

De pronto, Medina me miró y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿Qué coño estás haciendo? Aquí solo queremos jugadores de nivel.

Un camarero nos ofreció unas bebidas. Yo pedí una naranjada.

—Al chavalín le traes un whisky —dijo Horacio, antes de acercarse a mí y decir—: Voy a darte un aliciente. Si así no ganas, ya no sé qué tengo que hacer.

Puso sobre la mesa el contrato de cesión de mi piso en la calle del Profeta. El que me obligó a firmar la noche que vino a verme a comisaría. Pensé: «Voy a ganarle. Voy a recuperar mi piso».

—¿Y tú? ¿Qué pones? —preguntó él.

Puse todo lo que me quedaba. Sesenta mil y el sobre.

—Bien. ¡Vamos allá! —se animó, y ordenó al crupier que repartiera cartas.

Me cayó un trío de dieces. Horacio no pestañeaba. Pensé que no tenía buen juego. En el primer descarte llegó el cuarto diez. Faroleé un poco, fingí que me desanimaba, para que los demás se confiaran.

—Lo vemos —ordenó de repente Horacio.

Los otros jugadores enseñaron sus cartas: un full de reyes y cuatros, dobles parejas, nada… Le tocaba el turno a Horacio, que sonreía con picardía, y yo intentaba no temblar sosteniendo mi póquer.

—¿Me la has estado jugando, chavalín?
—preguntó Horacio—. ¿Tú también eres un puto traidor?

No sé cómo se había dado cuenta. Será que los jugadores expertos de póquer se dan cuenta de todo. Sentí un calor horrible subirme por la espalda mientras pensaba la respuesta. No supe qué decir.

En ese momento, la policía irrumpió en la sala como una exhalación. Diez, veinte, treinta agentes. Se oyeron gritos, algún que otro disparo, la gente echó a correr y hubo desbandada general. A algún camarero se le cayeron las copas y las bebidas que llevaba en una bandeja. Horacio salió a toda prisa, protegido por el gorila de las botas rojas, y echó a correr a través del jardín. Yo aproveché la confusión —y que me había quedado solo— para hacer trizas el contrato que Medina había dejado en el centro de la mesa y arrojarlo al suelo. Entonces me di cuenta de que las cartas de Medina habían quedado sobre la misma mesa. Les di la vuelta, lleno de curiosidad. Tenía una escalera de color. Lo máximo. Ninguna mano le hubiera ganado.

El jardín estaba lleno de policías. Los había de uniforme y también de paisano. Todos ha-bían sacado sus armas reglamentarias y apuntaban hacia Medina y sus guardaespaldas, que estaban acorralados. Había policías vestidos de esmoquin y disfrazados de invitados a la fiesta. Los había con americana blanca y pajarita, vestidos de camareros. Y los había ligeros de ropa y con zapatos de tacón de aguja, como Merche.

Merche también había sacado su pistola y encañonaba a Medina mientras me buscaba
con la mirada. Yo estaba en la mesa, hablando con
los ayudantes del sargento Roig.

Los dos sonreímos al comprender.

Éxito

Fue una operación policial sin precedentes. Horacio Medina cayó, junto a ocho de sus más estrechos colaboradores. Se incautaron más de tres kilos de droga, además de mucho dinero en metálico. La hazaña salió en los periódicos. Hablaron de ella los informativos de todas las televisiones. El sargento Roig concedió varias entrevistas en los medios en las que habló de las ventajas de contar con un buen equipo y con «un grupo bien seleccionado de colaboradores valientes y anónimos».

En los días que siguieron a la operación ocurrieron muchas cosas. Alberto me ayudó a demostrar que el piso de la calle del Profeta me pertenecía legalmente y por fin pude recuperar lo que era mío. Un poco después lo puse a la venta, porque no me apetecía nada la idea de vivir en el lugar donde habían asesinado al gordo. Cada vez que quisiera ducharme me acordaría de cómo murió y se me pasarían las ganas. Mejor buscar otro lugar, donde no haya muerto nadie. Un lugar sin recuerdos desagradables que olvidar. En cuanto consiga venderlo, invertiré el dinero en comprarme otro. Un lugar que pueda considerar mi casa.

Al día siguiente de cobrar mi primer sueldo como lector por horas, le escribí un mensaje a Elena y la invité a merendar. Charlamos durante más de tres horas, sobre todo de libros. Me dijo que echaba de menos dar consejos a los usuarios de la biblioteca, aunque su nuevo trabajo no parecía disgustarle. Le pedí si le importaría seguir dándome consejos sobre qué libros podía leer. Y le hablé de Hugo. Le dije que iba a necesitar algunas recomendaciones extra. Por último, le conté (con un poco de vergüenza) que quería estudiar literatura en la universidad, que ya lo tenía decidido. Se le iluminó la cara al decir:

—¡Qué buena noticia, Éric! ¡Es una gran elección!

Ni por un segundo me miró mal, ni me dijo que eligiera otra cosa. Ella no pensaba que la literatura fuera inútil ni nada semejante. Me gusta la gente así. Estaba tan entusiasmada que hasta me atreví a preguntarle si creía que alguien como yo podría ser escritor.

—Claro que sí. Para ser escritor, solo se necesita una historia que contar y muchas ganas de trabajar para hacerlo. Tú tienes ambas cosas —respondió, y creo

que estaba un poco emocionada. Añadió—: Deberías empezar a escribir tu historia enseguida.

Fue el empujón definitivo, lo que necesitaba. Descubrí que tal vez son los demás quienes te convierten en escritor, aun sin saberlo.

Tres días después de la operación contra los Medina, fui a ver al sargento Roig a su despacho. Necesitaba pedirle un favor. Le hablé de Xenia, de sus padres, del pasado, del sombrero, la boa, el elefante, de lo difícil que es pensar cosas distintas y del futuro. El único futuro que de verdad me importaba: ella. Le pedí que me ayudara.

El sargento telefoneó a la madre de Xenia y le contó la diferencia entre un informador y un confidente. Le dijo que yo ahora era confidente, uno de los mejores que había conocido, y que iba a continuar siéndolo. También le dijo que soy una persona responsable, buena y no sé cuántas cosas más que dan mucha vergüenza. Le pidió como un favor personal que su marido y ella hablaran conmigo y me escucharan. Se comportó como un amigo de verdad, el sargento. La madre de Xenia le escuchó hasta el final, sin ponerse borde ni interrumpirle ni una sola vez. Luego le dio las gracias y le dijo que pensaría seriamente en todo lo que le había dicho.

Unos días más tarde recibí un mensaje:

Siento haber sido tan dura contigo, Éric.

Te pido disculpas de todo corazón.

Era de la madre de Xenia.

Con Marcelo no ha habido forma. Continúa sin llamarme. No sé si lo hará algún día. Le sigo en Twitter y de vez en cuando me entero de algo de su vida. Que

está casado, por ejemplo. Su marido se llama Germán y trabaja en una tienda de un gran centro comercial (y también tiene Twitter). Más de una tarde he querido dejarme caer por allí y hablar con él, decirle que me gustaría volver a saber de Marcelo, aunque nunca hablemos del pasado ni del barrio ni de Ben. Hasta ahora no me he atrevido a hacerlo. No sé si tengo derecho a irrumpir en su vida y recordarle todo aquello que él quiso olvidar. Creo que querer a una persona también consiste en respetar todas sus decisiones. En especial, las que menos te gustan.

Ya no quedan asuntos pendientes en mi lista de cosas urgentes, muy urgentes e importantes.

El segundo libro que le leí a Hugo fue *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. Le pareció una mierda.

Al día siguiente de la llamada del sargento Roig, cuando salía de casa de Hugo y caminaba hacia el metro, vi a Xenia sentada en uno de los bancos de la plaza, mirándome. Sonreía. Estaba preciosa. Tenía cara de haber conseguido una victoria que parecía imposible. Estaba sola, ni rastro de madres o padres vigilantes. Corrí hacia ella, la abracé, la besé en los labios. Ella susurró en mi oído:

—Por fin…

Yo no sabía qué decirle. Tenía tanto que decirle. Elegí lo primero que se me vino a la cabeza. Le dije que no quería separarme de ella nunca más.

Por ahora, lo hemos cumplido.

periscopio

VERDAD

Absuelto del cargo de asesinato, del que fue injustamente acusado a los 14 años de edad, y una vez probada su inocencia, el ahora joven Éric sale del Correccional de Menores tras cuatro años de internamiento. Sin embargo, la reinserción en una sociedad cargada de prejuicios resultará una realidad todavía más dura: no volver a caer en la delincuencia cuando el entorno parece empeñado en ello, continuar los estudios, encontrar un trabajo, alejarse de su barrio. Xenia le ayudó a superar unas barreras que creía infranqueables, pero, ¿será el amor una fuerza suficiente para superar las dificultades ahora?

¡LLEGA LA CONTINUACIÓN DEL BEST-SELLER DE CARE SANTOS *MENTIRA*!



edebé

www.edebe.com